Serie

SANGRE BAJO EL HIELO



CURIOSA OBSESIÓN

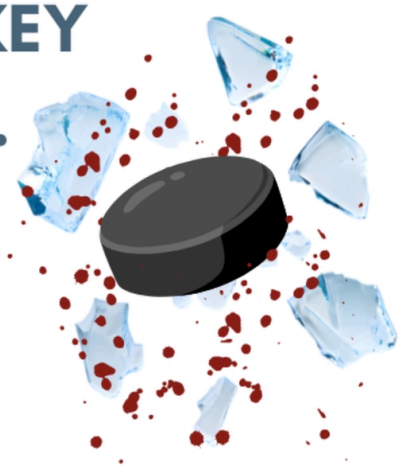
LUCERO GIL

SERIE

SANGRE BAJO EL HIELO

A DARK HOCKEY ROMANCE.

VOL.1



CURIOSA OBSESION



Título: Curiosa obsesión.
Serie: Sangre bajo el hielo vol.1
2026, Lucero Gil
Corrección: 2026, Lydia Chas
Diseño de la cubierta: 2026, Luce Monzant
Maquetación 2026, Lucero Gil
Ilustraciones: 2026, Ash Quintana
1ªedición: 2026, Marzo.

La corrección se realizó siguiendo los parámetros establecidos en la última edición de la Ortografía de la lengua española (2010)

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*, bajo las sanciones establecidas por las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.
Obra registrada en la Propiedad Intelectual.
Todos los derechos reservados.

A las curiosas

A las que necesitan sentir cosas nuevas y su fantasía más ardiente es que un enmascarado las persiga en la oscuridad y les diga que son una buena chica, mientras hace que se atraganten y pongan los ojos en blanco

.

¿Vas a ser una buena chica para mí, caramelito?
Más te vale, porque pienso devorarte entera.
ATT: Declan Devereaux.

Mensaje importante

Antes de leer este libro recomiendo leer la historia de la hermana de la protagonista para evitar los *spoilers.*

Turista es una historia corta de mafia y un *dark romance* nivel leve.

Introducción

El Trastorno disociativo es una afección mental que causa una desconexión entre pensamientos, recuerdos, emociones, conciencia e identidad, generalmente como respuesta a un trauma severo. Permite a la persona escapar de recuerdos difíciles, se manifiesta en síntomas como amnesia, despersonalización (sentirse desconectado de uno mismo) o la presencia de identidades alternativas, siendo el Trastorno de identidad disociativo (TID) el más conocido, también llamado personalidad múltiple.

ADVERTENCIAS

Querida/os Lectora/es.

Si has leído mis obras con anterioridad, sabrás que contienen gran contenido oscuro. *Curiosa obsesión* no es la excepción.

Entre sus páginas podrás encontrar:

-Romance tóxico.

-Stalker.

-Violencia y asesinatos.

-Lenguaje inadecuado.

-Temas delicados como el suicidio, autolesiones, pensamientos y conductas delictivas.

-Personajes de m+-oralidad gris o negra.

-Uso de la fuerza, privación de libertad y consentimiento dudoso.

-No consentimiento o violación.

-Uso de drogas y sustancias ilícitas.

-Mención y referencia a un trastorno mental.

Si eres sensible a estos temas y no son de tu agrado, este no es tu libro. Te agradezco mucho por haber considerado leer una de mis obras y te envío un abrazo enorme. Si, por el contrario, disfrutas de lecturas cargadas de oscuridad, tensión, sorpresas y erotismo, bienvenida a una historia que no podrás soltar hasta terminar.

Como autora, me siento en la responsabilidad de comentaros mi posición ante estas advertencias. Me preocupo por vosotra/os y no me vale solo con deciros por encima lo que vais a encontrar. El acoso, secuestro o abuso de poder no son temas que debamos romantizar en nuestras vidas. Esto es un libro, es ficción y, como muchos otros, acaba de la manera en la que su autora desea que acabe. No es la realidad y bajo ninguna circunstancia debes aceptar este tipo de conductas en tú día a día.

Tu salud mental es importante para mí.

Un/a lector/a de Dark Romance debe ser un/a experta/o en ver a leguas esas banderas rojas que no debe permitir en una relación.

Dicho esto: Bienvenidas a experimentar una curiosa e insana obsesión, caramelitos, espero que estéis listas para ser devoradas.

Que disfrutéis. Esto es por vosotras y:
Os quiero ??

Prologo

Juramento de los Bloodhawks

«Somos halcones».

Nacimos para cazar en silencio, volamos cuando otros se arrastran y observamos desde las alturas.

Vemos lo que nadie ve, ubicamos nuestro objetivo y, cuando descendemos… no fallamos.

No hay refugio ante nosotros, ni salvación, ni segundas oportunidades.

Somos la precisión en el caos, la resistencia en la tormenta, la sangre fría y la furia en el instante preciso.

El hielo no nos quiebra, nos impulsa. El frío no nos detiene y la sangre no nos asusta.

Ganamos con propósito, golpeamos con instinto, sobrevivimos con honor y, cuando el hielo se tiñe de rojo, entonces todos saben que hemos estado aquí.

Somos halcones y el hielo es nuestro cielo



CAPÍTULO 1

La primera oportunidad se da, la segunda se gana y la tercera no existe.

Boston, Massachusetts. 1 de octubre.

—Entonces… ¿qué opinas?

Alargo aún más el brazo por encima de nuestros cuerpos y fuerzo la vista, releo una y otra y otra vez las mismas palabras mientras intento asimilarlas.

Es una locura, y no lo entiendo. Vale, el concepto es simple y comprendo las palabras a la perfección, pero no me cabe en la cabeza que algo como esto le pueda suceder a una recién graduada, es decir, los equipos de esa magnitud buscan profesionales con mucha trayectoria, con un nombre hecho y una reputación intachable, no a chicas de veintidós años sin los planes muy en claro.

No tiene sentido.

Y sí, para mi propia desgracia, soy del tipo de persona que da mil vueltas a las cosas. Desde pequeña, tengo un pensamiento estructurado, me gusta la coherencia, la planificación, el orden, la puntualidad y la lógica, también me gusta la moda y… mi sonrisa ensayada. Todo ello forma parte de quien soy, es la única forma de mantener la fachada y necesito la fachada porque es lo único que conozco, lo único que me hace sentir segura. Sea como sea, tengo un principio básico, y es que creo que todo sucede debido a tres activos principales: el motivo, el motivante y la motivación.

El motivo es la causa; el motivante, aquello que quieres sentir al conseguirlo; y la motivación es el empeño que pones en ello, todo lo que te dices a ti misma para no abandonar en el proceso.

Cuando algo me parece una incógnita, busco esos tres elementos e intento descifrarlos, pero en este caso no logro encontrar sentido alguno al hecho de que yo pueda resultar un motivo atractivo para un equipo de hockey multimillonario capaz de permitirse los mejores psicólogos deportivos del gremio.

—Pres, escucha, presta atención a esto, por favor —farfullo con cierto fastidio mientras intento sobreponerme a la sensación incómoda que me produce su cuerpo aplastando el mío.

Preston es un gilipollas integral y un ser necesitado de atención excesiva, pero también es el hijo del mejor amigo de mi padre, mi amigo de infancia y mi novio falso, por eso le aguanto, por eso le dejo tumbarse sobre mí y estar tan cerca. Es inofensivo, aunque su principal objetivo del día de hoy es fastidiarme. No es la primera vez que nos acurrucamos en plan amigos, pero hoy está muy intenso y pegajoso con todo el tema de la fiesta de cumpleaños sorpresa que planeó, supuestamente, para mí. Te haré un resumen de ella, invitó a mis dos mejores amigas y, el resto de los asistentes, unos cien, son sus estúpidos compañeros de fraternidad y chicas con poca ropa que no he visto en la vida.

Esto parece Proyecto X en lugar de la celebración de mis veintidós años, pero ni siquiera voy a molestarme en pensar en ello porque no puede darme más igual.

Tengo el ceño fruncido, los labios contraídos en una mueca y una sensación de presión importante. Noto todo el cuerpo en tensión y gruño por lo bajo cuando siento que Preston me lame el cuello. Espera, ¿qué coño hace? Lo empujo un poco, me revuelvo y me centro de nuevo en el correo, pero no consigo que se disipe la sensación de incomodidad. Le he pedido ya cuatro veces que pare y se aparte, pero el muy idiota parece un pulpo y es incapaz de quitar sus tentáculos de encima de mi piel. Es asqueroso y me desespera.

Esto es imposible de sobrellevar.

No puedo continuar con ello.

Odio tener que ser la portadora de malas noticias y decepciones, pero hasta aquí he llegado, he terminado de fingir que puedo lidiar con este idiota solo para mantener contentos a nuestros padres. Además, se le pone un aliento asqueroso cuando bebe tanta cerveza artesanal, y eso es casi siempre que lo veo, una vez a la semana, por lo cual, cada segundo que paso a su lado, siento unas ganas inmensas de devolver sobre su cara.

—Preston, por favor, esto es importante.

—Gilipolleces.

Me empuja con fuerza contra el sofá cuando intento levantarme y, a pesar de que me desconcierta un poco ese deje de severidad en su actitud, cedo, pero soy incapaz de reprimir un bufido de fastidio.

—Si vuelves a intentar lamerme, te golpearé —le advierto.

Apoyo la espalda sobre el material mullido del sofá y levanto los brazos por encima de la cabeza de Pres mientras él acomoda la cara sobre mi pecho. Según él, los latidos de mi corazón, le resultan relajantes; según yo: no me importa tener su cara entre la tetas siempre y cuando no intente algo extraño.

«Nos encantaría contar con alguien con su ejemplo académico y futuro prometedor en nuestras filas, señorita

Thompson, estamos seguros de que, con su empeño y disposición, nuestros chicos estarán en las mejores manos».

La pantalla del móvil se bloquea y gruño cuando pierdo el contacto visual con la oferta de empleo que recibí por mail esta mañana. Preston respira sobre mí de forma entrecortada y entonces lo siento. Se me expande la mirada y me salta el corazón de forma dolorosa en el interior de la caja torácica, se me acelera el pulso y, de un segundo a otro, la realidad me golpea con la fuerza de una apisonadora. Preston Blackwell Miller, el chico que es mi amigo de infancia, el que me pidió como un favor personal que aceptara ser su novia falsa para contentar a nuestros padres y aceptó mis condiciones para ello, se salta todo nuestro acuerdo y viola del todo mi confianza ahora mismo mientras me presiona su erección contra el coño y hace cosas extrañas con la lengua en el lóbulo de mi oreja.

Puaj.

Siento el impulso de golpearlo, de empujarlo y volver a gritarle que se quite de encima, pero noto que me quedo sin fuerzas cuando una voz en mi cabeza me dice que por qué haría eso si, al fin de cuentas, lo he dejado llegar tan lejos porque soy incapaz de sentir una mierda.

No.

Sé que ese pensamiento es una gilipollez, pero me rompe por dentro la verdad dolorosa que esconde.

—Joder, Preston, qué asco —gruño y lo empujo por los hombros para que se aleje de mí. Él abre los ojos con sorpresa y luego me dedica una mirada compleja cargada de culpabilidad.

Entonces lo sé. No sé cuando ha pasado, pero lo veo con claridad. Preston se ha dado cuenta de lo que me pasa e intenta aprovecharse de ello.

He luchado durante años por mantener oculta esta parte de mi realidad, pero mi mente estaba tan centrada en la oferta de empleo que me hacen y en lo increíble que es la oportunidad que no he podido caer en la forma en la que Preston me vulneraba.

—¡Preston!

—Vuelve a largarte a donde quiera que estuvieras y deja que yo me ocupe.

¿Ocuparse de qué?

Es como si un cristal rasgado se hiciera añicos dentro de mí y la comprensión me golpea. Sabía que él podía sospechar lo de mis estados de disociación, a veces son muy evidentes, pero me convencí a mí misma de que lo tenía controlado, así como creía tenerlo a él. Siempre lo he considerado demasiado estúpido y enfocado en su propio culo como para fijarse de esa forma en mí, pero ahora veo que estaba equivocada.

Preston es de los oportunistas, como un ave de carroña que ve a un animal herido en el camino y se aprovecha de su forma de agonizar.

—No sé qué mierdas dices, pero apártate ahora mismo.

Frunzo aún más el ceño y sacudo las piernas para que Preston se levante, pero este no se mueve ni un centímetro y solo chasquea la lengua con fastidio, así que lo empujo y eso parece contener un poco su energía, porque me acaricia las mejillas, chista e intenta calmarme como si yo fuera un niño pequeño en medio de una pataleta en lugar de una mujer adulta que le revoca el consentimiento a lo que coño sea que esté intentando hacer.

Su aliento ebrio me golpea el rostro y se me revuelve el estómago, la sensación se intensifica cuando Pres me aprisiona los brazos, me separa las piernas y frota el bulto debajo de su vaquero contra mis bragas de manera violenta y efusiva.

Joder.

—Detente ahora mismo, pedazo de imbécil, déjame ir.

Es más fuerte que yo y lo demuestra en cada embestida mientras me aprisiona las muñecas y jadea sobre mi rostro.

—La última vez ni siquiera te enteraste, cariño, seré igual de rápido, lo prometo.

¡¿La última vez?!

Lo veo todo rojo, siento que no puedo respirar y el latido de mi corazón se siente como un tambor atronador en el interior de mi pecho.

—¿A qué te refieres, Preston? —Pregunto sin apenas voz—. ¿Me has…? ¿Me has tocado antes sin mi consentimiento?

—¿Es realmente no consentido cuando no lo detienes?

Hijo de puta, por supuesto que lo es, y mucho más si lo hace siendo consciente de que mi cabeza no está ahí.

—¡Que te jodan! —grito e intento hundirle las uñas en lo que alcanzo de sus manos.

Hace un segundo estaba aturdida, muerta de miedo, cargada de incertidumbre y con ganas de vomitar, pero ahora mismo solo siento rabia. Una rabia ciega, como si quisiera asesinar a este imbécil y dar de comer su cadáver a los tiburones.

Su erección presiona de forma dolorosa por encima de mis bragas mientras él mueve las caderas. Lo miro a los ojos y solo veo malicia y crueldad ahí. Me libera las manos y no pierdo la oportunidad, lo golpeo, lucho contra él, pero sigue siendo más fuerte y se me dibuja una mueca de horror cuando noto como mueve las manos por en medio de nosotros e intenta hacerme las bragas a un lado por debajo de la falda.

—¡Maldita sea, Preston, para! —grito desesperada—. Yo que tú, no haría eso —le advierto y sus ojos perdidos en su propio deseo se encuentran con los míos. Siento pánico, es cierto, pero no se lo voy a demostrar, no ahora que tengo su atención y puedo golpearlo en donde más le duele. No me rendiré sin pelear esta pelea—. Se lo contaré a mi padre si no te retiras ahora mismo.

—A la mierda tu padre, Martina.

¿A la mierda mi padre? ¿A la mierda?

—¡A la mierda tú! —Lo veo todo rojo, no puedo pensar con claridad y la fuerza de las emociones que a veces me abandonan por completo me derrumban—. Eres un puto novio falso, Pres, ¡falso! ¡¿Es que no recuerdas una mierda de nuestro trato? —pregunto a la vez que aprieto las piernas y me sacudo para que se aparte.

—A la mierda el acuerdo. A la mierda la presión de mi padre, a la mierda tú y ese estúpido equipo de hockey en Canadá que

quiere contratarte. —Bufa y se incorpora solo para desabrocharse el cinturón y los vaqueros.

¡¿Qué coño?!

Me levanto de inmediato, lo empujo con las piernas e intento poner distancia entre nosotros. Me arden los ojos repletos de lágrimas sin derramar y se me escapa un grito agudo cuando Preston aparece delante de mí y me bloquea con su cuerpo la puerta de salida.

—¿Qué crees que haces? —pregunto con rabia y arqueo una ceja antes de lanzar una mirada incrédula a su polla semidura, que ahora está libre de ataduras y apunta en mi dirección.

—Darte tu regalo de cumpleaños, cariño.

¿Mi regalo de cumpleaños? ¿Mi puto regalo de cumpleaños? Esto no puede ser verdad.

Mataría a este imbécil.

Respiro con dificultad debido a la rabia, pero me obligo a hacerme entender a mí misma que esto es real, está pasando, no puedo disociarme de ello así que mi única opción es dominar mis propios demonios y lidiar con este idiota.

—¿Cual es mi regalo de cumpleaños exactamente? —pregunto mientras finjo que su estúpida y flácida polla no me da una idea.

—Follarte.

Ay, qué mono…

¡Pues que te den! Pedazo de hijo de puta, eso no va a ocurrir en esta vida.

Si es que no ha ocurrido ya…

Casi pierdo las fuerzas ante ese pensamiento, me golpea el pecho como si fuera plomo y me hace sollozar de forma casi imperceptible.

No.

Eso no puede ser, me habría dado cuenta, ¿no? Nunca he tenido un episodio tan grave.

—¿Qué te hace pensar que quiero que me folles, Preston? —pregunto al fin después de obligar al pánico a dar un paso atrás en mis pensamientos—. Oh, espera, ¿ha sido el trato que

hicimos? ¿O los seis meses que llevo diciendo la palabra «no» cada vez que intentas cambiar la cláusula sobre el sexo? O, no, espera —finjo sorpresa con el mayor de los sarcasmos—. ¿Es que sonaba muy cachonda mientras te hablaba de la oferta de trabajo y te pedía que pararas de frotarte contra mí como un jodido jabalí?

El pánico ha rechazado la oferta, dice que no se va, y que Preston es un imbécil.

—Venga ya, Martina, deja de darle tantas vueltas a todo. —El muy idiota resta importancia a mis palabras y esboza una sonrisa engreída mientras abre un condón con los dientes y se lo coloca sobre la polla.

Cada vez se me hace más difícil creer lo que veo, sentir que vivo en la realidad y no en una maldita pesadilla.

Se me acelera el pulso aún más, si es que eso es posible, e intento respirar para poder pensar con claridad y ayudarme a mí misma a salir de esta.

Es la primera vez que llega tan lejos en su insistencia, es la primera vez que se pasa tanto de la raya.

—Toda la mierda que has dicho es una gilipollez absoluta. No puedes aceptar ese trabajo, Martina, ambos lo sabemos. Tu madre se volvería loca si te vas tan lejos de su control y, bueno, ya sabes, tu padre y el mío quieren que nos casemos pronto y los llenemos de mocosos.

¿Cómo?

Sus palabras me recuerdan con exactitud por qué es mi novio falso en lugar de uno de verdad.

—Vamos, cariño, dijiste que me dejarías follarte el día de tu cumpleaños.

No lo hice.

Puede que le haya dejado creer en esa posibilidad mientras lo ignoraba de lleno y me centraba en mis cosas, como hace unos segundos, pero solo para quitármelo de encima. Ni de coña quiero la polla de Preston dentro de mí, no, ni en un millón de años. Él es un baboso y solo le doy la hora porque somos amigos de la infancia y nuestros padres insistieron. Fue

imposible decir que no, pero, a diferencia de lo que mi madre creía, no me he enamorado de Pres en estos seis meses, ni lo haré jamás.

Hago una reprimenda mental a la versión mía del pasado que aceptó este ridículo, y otra a la que no dejó claro a este imbécil que no podría follarme nunca.

—No quiero, Preston, ¿sabes qué? En realidad, no quiero nada de esto. He cambiado de opinión sobre nuestro trato. No voy a casarme contigo ni a tener a tus hijos nunca, y es una tontería seguir con esto solo para librarnos del control de nuestros padres.

Intento caminar hacia la puerta con la barbilla en alto, doy por zanjada la situación y le intento demostrar una valentía que no siento. Estoy agotada y temerosa, pero tengo la esperanza de que Preston recapacite. No lo hace, se mueve de prisa y se coloca detrás de mí, me rodea el cuello con el brazo antes de que pueda girarme para enfrentarlo y presiona tan fuerte que creo que me va a asfixiar. Grito mientras él manipula mi cuerpo a su antojo y habla a centímetros de mi rostro. Es entonces, solo entonces, que me doy cuenta de las consecuencias de los actos estúpidos que llevo cometiendo desde hace seis meses.

Solo quería escabullirme un poco de mis padres y sus ideas, tener un poco más de libertad y avanzar en la búsqueda de mí misma. Creí que Preston lo entendía, que éramos iguales en eso, pero no podía estar más alejada de la realidad.

Levanto la mirada y noto que se le han oscurecido los ojos. El negro de las pupilas se ha tragado por completo el marrón del iris y se le ha borrado la sonrisa juguetona, tiene las fosas nasales dilatadas mientras respira con dificultad y me enseña los dientes en una mueca que hace que se me ponga la piel de gallina. Me da un vuelco el estómago, pero, esta vez, no siento arcadas ni ganas de vomitar, solo adrenalina y la necesidad voraz de acción que trae consigo el instinto de supervivencia.

Nunca esperé esto de él, pero no lo quiero, así que se acabó.

Es él quien manda todo a la mierda mientras me ataca. No voy a desgastar mi paz ni un segundo más mientras intento

cambiar, o ayudar a cambiar, a una persona que no quiere hacerlo. Preston no es mi proyecto psicológico, nunca lo ha sido, nunca lo será y, a decir verdad, no quiero que lo sea. Lamento profundamente haberme permitido verlo de esa manera solo por los años de amistad que creía que nos unían y la presión que nuestros padres ejercían sobre nosotros. Lamento no haberle detenido a tiempo y permitir que nuestras interacciones escalaran, porque las creía inofensivas. Lo subestimé. Lamento haber dejado que mi cerebro se disociara cuando estaba con él y no haber notado lo que pasaba, la forma en la que él se equivocaba con lo que en realidad sucedía.

Lamento no sentir nada, estar tan vacía.

Joder.

Para mi desgracia, es demasiado tarde para las lamentaciones.

Miro a ambos lados del despacho y me doy cuenta de que no tengo escapatoria, solo dejé que me encerrara aquí porque quería hablar de la oferta de empleo lejos del escándalo, pero me distraje tanto con ello que no me di cuenta de que Preston estaba hilando su propia fantasía. «Follarme en mi cumpleaños», porque según él, estuve de acuerdo con eso.

—No puedes cambiar de opinión, Martina —sentencia molesto y noto en su tono que lo dice muy en serio, ni siquiera me hace falta mirarlo para confirmarlo—. Llevo seis meses esperando esto y no puedes librarte solo porque has cambiado de idea.

¿No puedo cambiar de opinión? Porque tú lo digas, hijo de puta, puedo hacer lo que quiera y lo haré.

Puedo porque me da la gana, porque tengo voz, porque soy mi propia persona y tomo mis propias decisiones. Odio estas gilipolleces, me superan, pero agradezco la fuerza que me insuflan. Este imbécil necesita descargar y leer el maldito formulario completo de los derechos humanos, pero sobre todo necesita centrarse en la libertad de decisión del individuo y en el apartado llamado «Consentimiento».

No intentes psicoanalizar, Martina, él no es tu proyecto psicológico.

—¿No puedo porque tú lo dices? ¿O solo porque no es lo que quieres escuchar?

La pregunta brota sin que pueda controlarla y me muerdo el labio inferior mientras me ofrezco a mí misma una respuesta. Sé con seguridad que, en el mundo pequeño que es el cerebro de este hombre, ambas opciones son correctas.

—Me prometiste follar esta noche —argumenta. Y, de repente, un gran peso llamado realidad vuelve a caer sobre mis hombros de manera abrupta.

Necesito ayuda.

Debí haberlo parado con más ímpetu, debí haberme marchado, en realidad, debí haber cortado con él hace, al menos, cuatro meses… cuatro meses, Martina, ¡cuatro! Los primeros dos fue divertido ver cómo se esforzaba en brindarme sus atenciones para que considerara el noviazgo de verdad, a partir del tercero dejó de intentarlo porque sabía que contaba con la aprobación de nuestros padres.

Lo segundo que me golpea de lleno, es él, todo él, su expresión arrogante, su actitud de desafío, la forma en la que me lanza contra el sofá, coloca su cuerpo entre mis piernas, el modo en que las mantiene abiertas e ignora la manera en la que me cierro, el miedo que siento, la bilis que me sube por la garganta y lo impregna todo de un sabor amargo. Lo poco que puedo respirar mientras él me inmoviliza del todo el cuello con el brazo que tiene alrededor.

Está dispuesto a asfixiarme.

Odio la manera en la que cree que posee algún tipo de derecho sobre mí, odio su polla semidura y cubierta con un preservativo, lista para ir en busca de su propio placer sin que le importe una mierda lo que pienso sobre ello.

Me daba igual que se tumbara sobre mí, e incluso que se frotara un poco, siempre que respetara mis límites; pero ahora se ha pasado de la raya, y pagará por ello.

—Esto es importante para ti, ¿verdad, Pres? —pregunto despacio casi sin voz mientras le doy palmaditas sobre el brazo

con el que me rodea el cuello para demostrarle que me hace daño.

Él se destensa un poco, suspira y parece un pelín aliviado, como si yo al fin lo entendiera, como si, por primera vez en la relación, él tratara con alguien razonable en lugar de con una arpía que le roba la diversión.

—Ya sabes que sí, cariño —musita en mi oído y su aliento me hace estremecer debido a la incomodidad—. No tenemos por qué esperar, no tenemos que contárselo a nuestros padres, vamos a casarnos de todas maneras.

¿Cómo es que tiene tan claro el hecho de que vamos a casarnos si ni siquiera me lo ha pedido? ¿Es solo por la influencia de las palabras de nuestros padres? ¿O quizá es por lo mismo por lo que yo lo he dejado pasar durante seis meses? Porque le da igual. A lo mejor Preston también siente que no tiene otra opción.

—Tienes razón, cariño —le digo despacio y él me sujeta la barbilla, me manipula el rostro e intenta besarme, pero le aparto la cara y me muestro juguetona—. No tan deprisa. No es así como lo quiero y para mí esto también es importante, ¿recuerdas? Quiero que sea en tu habitación —invento y hablo con el tono más serio que puedo mientras su cuerpo me aplasta la espalda y noto la calidez y humedad de su polla entre las piernas—. No sabemos si tu padre tiene cámaras en su despacho, será mejor que no se encuentre con algo como esto. —Procuro que suene a broma, pero también es una amenaza. Preston es tan imbécil que no tendrá ni idea del sistema de vigilancia que su padre utiliza en su hogar—. Además, he dejado allí mi bolso de viaje con algo especial que quería usar para ti esta noche.

Por el rabillo del ojo veo como frunce el ceño, noto que duda un par de segundos, pero le poso la mano sobre el brazo y lo acaricio con las uñas mientras me encojo todo lo posible para no sentir su polla en mi trasero.

—Si lo vamos a hacer, quiero hacerlo bien. Pres, por favor, ya lo he entendido.

—Joder, claro, cariño.

En cuanto se me quita de encima, se guarda la polla y se sienta en uno de los brazos del sofá, noto como si me liberara de un bloque muy pesado que se cernía sobre mi espalda y me aplastaba con su peso. Una parte de mí temía que no cayera en el truco, pero ahora que lo ha hecho, y a pesar de saber que aún no estoy a salvo del todo, no me siento tan amenazada.

Jack Brehm escribió en mil novecientos sesenta y seis sobre la psicología inversa o la reactancia, yo confío en sus palabras. Sé que, al disminuir mi resistencia ante Pres, he reducido su tensión y roto su expectativa, lo que me devuelve un poco de tiempo, control y margen que pienso utilizar en mi favor.

No necesito gritar o enfrentarme a él de forma física, donde es claramente superior, para recuperar el control, a veces basta con hacerle creer que él lo tiene mientras haces tu jugada; y, si no, hazte pis encima. He leído que eso suele funcionar para ganar algo de tiempo en un intento de agresión sexual.

Me pongo de pie y me acomodo la falda, le regalo una sonrisa seductora, que le ofrezco como despedida, y no, ni siquiera es para el Preston que tengo sentado delante, sino para el niño pequeño que fue mi amigo en el pasado y que jamás intentaría agredirme.

Se le ilumina la mirada como a un cachorrito. Mantengo el móvil prieto entre la palma, le lanzo un beso mientras me asomo a la puerta y le digo que le enviaré un mensaje cuando esté lista para que me encuentre en su habitación. Efectivamente, le envío un mensaje, pero desde mi coche, en el que le digo que, si sabe lo que le conviene, no volverá a acercarse a mí a menos que quiera que nos veamos en los tribunales. Después de eso, silencio su chat, y la única razón por la que no lo bloqueo, a pesar de que no me interesa en absoluto lo que tenga que decir, es porque así tengo registrada la forma en la que se hunde él solito. Conociéndolo como lo conozco, sé que lo hará y puede que lo necesite más adelante.

La he librado esta noche, pero eso no pasará siempre.

Necesito encontrar la ayuda que requiere mi problema. Necesito sentir algo, algo que no sea superficial, algo que no tenga que fingir.

Quiero conocer mi verdadero yo, ser una Martina diferente, vivir.



CAPÍTULO 2

Cuanto más grande es la herida, más privado es el dolor.

Boston, Massachusetts. 1 de octubre.

—Necesito volver ahí y matarlo…

Veo el movimiento en la pantalla, a pesar de que van en la parte trasera de un Uber, Briella se gira hacia la puerta y su melena marrón chocolate ocupa casi toda la pantalla, pero Zoey la sostiene por los hombros.

—No, no hagas eso —resuelve Zoey en tono tranquilo—. Martina lo ha gestionado bien, aunque debe de haber sido aterrador, ahora solo nos necesita a su lado cuando decida ir a la policía y denunciarlo.

Amo a mis amigas, pero es agotador ocultar ante ellas el secreto que guardo.

—No voy a denunciarlo, chicas —les confieso cansada y ambas me miran con fijeza mientras se le expanden las miradas—. Se lo diré a mi padre, él se lo dirá al suyo y Preston tendrá suficiente castigo solo con ellos dos.

—Martina… —Briella es la que intenta hablar, pero yo niego con la cabeza.

Sé lo que piensan y, la verdad, es que me gustaría que este momento terminara. De hecho, me gustaría que nunca hubiera existido. Noto los recelos de mis mejores amigas, e incluso los míos propios, además de mi vergüenza sin necesidad de pronunciar palabra alguna, pero sería excesivo, exhaustivo, y una pérdida de tiempo gutural desgastarnos con conversaciones triviales que no van a cambiar mis pensamientos. Preston se pasó de la raya hoy, y es muy cierto que, si no hubiera funcionado mi jugarreta psicológica, no sé cómo hubieran terminado la situación. Vi oscuridad en sus ojos, oscuridad que estaba dispuesto a liberar conmigo y sentimientos de rechazo tan arraigados en él que necesitaba manifestarlos en mí. Vi todo eso aunado a su ira y sentí miedo.

También me aterrorizó comprobar que alguien se había dado cuenta de mi secreto. No debió haber pasado, pero si hay una cosa que tengo clara es que, el hecho de romper nuestro compromiso para siempre, y hacer que se enfrente de lleno a la ira inmensurable de su padre por avergonzarlo ante el mío, es lo peor que le puede suceder, así que, para mí, es suficiente.

Suspiro y acomodo la almohada debajo de la cabeza, Zoey me sonríe con condescendencia desde el otro lado de la pantalla y Bri frunce el ceño. Es increíble cómo puedo saber lo que piensan a través de tan leves expresiones y me recuerdo, con cierto pesar, que se les da muy bien eso de sentir y mostrar sus emociones. No como a mí, que siempre estoy contenida bajo una bruma, una bruma que me ha absorbido de tal forma que ahora es casi imposible ver a través de ella. Siempre llevo una máscara y le demuestro al mundo una felicidad y una calma que, en realidad, no siento. La realidad es que lucho sola y en silencio por encontrarla algún día. Oculto y tengo miedo de mis verdaderas emociones, porque, en el fondo, no las comprendo, no sé por qué están ahí, o si yo las provoqué, y es por eso que elegí intentar entender las de los demás.

Por ejemplo, ahora estoy en casa, protegida bajo mi manta de plumas y vestida con mi pijama favorito, pero, a la vez, aún estoy en ese despacho, sobre ese sofá, con el cuerpo de Preston encima mientras me hace quién sabe qué cosas y no siento nada.

Nada.

Tengo los nervios a flor de piel y noto como se me acelera el pulso. Creo que apenas lo estoy asimilando y ahora mismo el corazón me late desbocado por puro pánico. Cada vez que pienso en ello la boca me saliva con asco.

Lo que más me carcome de todo lo sucedido esta noche no es ni siquiera la situación en sí, sino las palabras de Preston al insinuar que nuestro noviazgo era algo orquestado por nuestros padres y que, debido a eso, yo ya sabía que no podía aceptar el trabajo en Toronto. Es así como él se ve, como ambos nos vemos, como dos personas incapaces de alejarse de la vida que sus padres han ideado para ellos, aunque no sea la vida que desean.

«Conozco a Baxton Thompson», me digo a mí misma para intentar tranquilizarme. Sé que mi padre es intransigente en ocasiones y que es capaz de hacer cualquier cosa por los activos de su empresa, pero sé que no me pondría a mí sobre la mesa, él jamás sería capaz de negociar con mi vida de esa manera. Me quería junto a Pres, porque creía que era un buen partido, que nos queríamos y que me trataría como a una princesa, pero que lo intentara con él fue una sugerencia, una que acepté para hacerlo feliz, sí, pero no una imposición.

—Martina. —Zoey llama mi atención y me saca de mis profundos pensamientos. Recuerdo que las tengo en videollamada y, entonces, niego despacio con la cabeza mientras acepto el hecho de que me he disociado una vez más.

—Chicas, avisadme cuando lleguéis a casa. Estoy bien, lo prometo, pero necesito hablar con papá.

—Pero, Martina, lo que Preston dijo… —replica Briella y calla de inmediato cuando la fulmino con la mirada.

—Lo que Preston dijo no es verdad, pero necesito escucharlo de la boca de mi padre. Os llamaré por la mañana, todo irá bien, estaré bien, lo prometo.

—¿Y la oferta de empleo en Toronto?

El peso del móvil en mis manos se multiplica con las palabras de Briella y recuerdo que aún no he contestado a ese correo. Debería haber sido fácil, la respuesta era «no» y lo tenía claro, pero quería hablar con Preston y con mis padres antes de ello, solo por presumir

un poco el logro de que un equipo de esa categoría me quiera contratar.

Ya no lo tengo tan claro.

Decir qué, que un equipo canadiense profesional de la NHL solicite a una psicóloga deportiva recién graduada trabajar para ellos es extraño, es un eufemismo, extraño sería que me lo solicitara cualquier equipo de instituto, cualquier liga infantil local, incluso cualquier centro especializado, pero esto… esto es otra liga. Esta oferta es un jodido sueño imposible hecho realidad. Un sueño al que ni siquiera he aspirado, porque no lo vislumbraba, así que, por eso, no lo comprendo. Los equipos profesionales están a otro nivel, y no asimilo el hecho de que uno quiera contar conmigo. Creí que pasarían muchos años de esfuerzo antes de poder si quiera optar a algo parecido. Un puesto como ese traería consigo renombre y prestigio para mi carrera; pero, además de eso, me ofrecen un sueldo excelente, alojamiento gratuito, coche de empresa y suplemento salarial por traslado.

Es una locura.

—Lo pensaré esta noche —aseguro y mis amigas se miran entre ellas, preocupadas, antes de volver a centrarse en mí.

—Quieres estar sola, ¿verdad? —farfulla Zoey y se abraza a sí misma, su cabello rubio ceniza cae hacia adelante cuando agacha la mirada y parece triste, frágil, asustada. Sé que lo siente por mí y sé cuánto le afecta a ella, pero asiento, porque tiene razón—. ¿Nos llamarás por la mañana antes de hacer cualquier locura como tomar un avión con destino a Toronto?

Un nudo en el estómago me causa reflujo porque sé que esa pregunta es más bien una súplica literal. No hace falta que las llame, ellas lo harán, y como no conteste, se presentarán aquí, pero vuelvo a asentir porque no quiero ser ese tipo de amiga que las deja atrás, no quiero disociarme de la realidad con ellas ni que mi cerebro defectuoso las aleje de mí.

Ellas son lo mejor que tengo, lo único que es real.

—Iremos enseguida si nos necesitas.

Briella se hace con el móvil y lo manipula antes de cortar la videollamada. Suspiro de alivio y respiro de forma consciente para

no estallar.

Pero quiero hacerlo.

Quiero ser capaz de gritar, de llorar, de enfadarme.

Quiero ir en busca de respuestas y las voy a encontrar.



CAPÍTULO 3

Tu verdadera grandeza no se mide por lo que alcanzas, sino por lo que superas.

Boston, Massachusetts. 1 de octubre.

Me di un baño caliente, me froté la piel por más de veinte minutos y se me escaparon algunas lágrimas debido a la rabia y la impotencia.

Maldije lo que me sucede y cómo lo empeora el sentir que cada día se hace más grave. Creí que no sentir nada por momentos podría ser una ventaja para mí, para la Martina que finjo ser, pero la forma en la que Preston pretendía aprovecharse de ello me ha demostrado que no. Me siento estúpida por haber confiado en él, por haber escuchado sus ridículas palabras, por haber creído que él podía ser capaz de hacerme sentir… algo. No

es así, y solo recibí sus desastrosas muestras de amor porque quería ver feliz a mi padre.

Ahora que lo pienso en perspectiva: es una locura, no puedo creer hasta donde me ha llevado mi miedo a defraudar a mis padres, el miedo a que dejen de verme como la hija perfecta. Me he forzado de más por mantener la fachada, he ido demasiado lejos y ahora solo puedo aprovechar mi determinación mientras camino, firme como un soldado, al despacho de mi padre para aclarar la situación. Me da mucha pena tener que sacarlo de su ensoñación sobre nietos regordetes con el apellido Blackwell. No quiero que sus negocios se vean afectados, pero no me voy a permitir callar esto, no pienso disociarme con respecto a esto ni un segundo más, ni permitirme hundirme más en esa jodida miseria.

—No vine aquí para esto, Baxton, solo quiero poder hacer con el cuerpo de mi madre lo que quiera y tú no eres nadie para opinar sobre ello.

¿Briana?

Me detengo tras la puerta entreabierta antes de llegar a tocarla y escucho la voz de mi hermana. Parece alterada, pero eso no es ninguna novedad, puesto que habla con papá. Briana es su hija mayor, me saca unos trece años, y tanto ella como Brandon, son hijos de su primer matrimonio. Un matrimonio que terminó cuando la madre de mis hermanos se suicidó. Briana tenía doce años y Bran ocho, él pareció llevarlo mejor; ella no. Desde entonces, no hay día en el que Briana y papá se vean sin culparse el uno al otro de la decisión que tomó Mavie. Por suerte o por desgracia, eso ya no pasa muy a menudo, puesto que ella, durante unas vacaciones familiares, desapareció, y meses después nos enteramos de que salía con alguien. Formó una familia preciosa con la que vive en Grecia, tiene un esposo espléndido que la considera su muñeca y la trata como tal, pertenecen a la Bratva, lo cual es un secreto a voces, y viven en su propia isla privada. Briana evita a papá como a la peste, y por eso sé que, si ella está aquí y ni siquiera me ha avisado, no puede ser por algo bueno.

—¿No soy nadie? Oh, espera, señorita sabelotodo, la última vez que lo comprobé era el esposo de Mavie y, por tanto, el único con poder legal sobre sus restos. ¿Es qué no tienes idea de leyes? ¿Para eso te pagué la carrera de derecho? Maldita sea.

Eso es justo lo que mi padre no debe hacer cuando habla con Briana, pero, por alguna extraña razón, no lo entiende. Cree que ella es como Brandon, o como yo, pero no es así, papá espera que Briana asienta y cambie sus pensamientos para que él se salga con la suya; o que, si utiliza un tono más severo, ella no será capaz de igualar su energía, pero se equivoca de lleno, y ya debería haberlo comprendido. Briana es como él, aunque a los dos les disguste reconocerse en el otro. Estoy a punto de entrar e intervenir para apaciguar la situación, cuando escucho unas palabras que me anclan en el suelo y me roban el aliento de golpe.

—Oh, espere, señor Thompson —argumenta Briana con desdén —. ¡La última vez que lo comprobé eras el marido que la engañaba! Perdiste cualquier derecho como esposo cuando metiste a Vera en su cama e hiciste que mi madre se suicidara.

¿Qué?

Me quedo anclada en el lugar, confusa y aturdida, y noto como abandona mi cuerpo cualquier atisbo de energía.

—¡Briana! —grita escandalizada mi madre y descubro que ella también se encuentra en el despacho—. ¡¿Es qué nunca vas a olvidar eso?!

Mi madre se ofusca y siento que no puedo respirar mientras aún intento procesar las palabras de mi hermana.

—No queríamos que pasara, ¿vale? Fue un error y Mavie tomó malas decisiones en consecuencia. ¿Nunca nos vas a perdonar por ello?

¿Un error? ¿Perdonar? ¿Malas decisiones por ello?

Un calor asfixiante se adueña de mi cuerpo.

La relación de mis padres, ¿es así como nació? ¿Mientras mi padre era infiel a la madre de Briana y mamá lo permitía?

Siento que me flaquean las fuerzas y me fallan las piernas. Puede parecer una trivialidad, una tontería, pero para mí se me

cae el mundo encima. Toda mi vida he sido la princesa de papá y la niña consentida de mi madre, no me ha faltado nada y, cuando quería o necesitaba algo, ni siquiera tenía que verbalizarlo antes de verlo materializado. Creí que mis padres eran perfectos y por eso necesitaba agradarlos. Me desvivía por hacerlo, por mostrarles una felicidad que me disgustaba no sentir, demostrarles que estaba agradecida y que yo no era como… Briana.

Joder.

Todas las secuencias de las peleas entre ellos me asaltan sin piedad, me ahogan. Desde que era muy pequeña la vi defender su verdad con gritos y reproches, pero ellos siempre le impusieron que callara. Más papá que mamá, ella intentaba estar al margen, pero eso no la hace menos culpable. Creí que Briana era una hija desagradecida y algo depresiva por la pérdida de su madre, creí que estaba demasiado centrada en su propia guerra personal y que no sabía lo que decía, que hablaba de forma retórica al decir que papá había matado a su madre, que estaba equivocada. La juzgué durante años y, a veces, me preguntaba si realmente teníamos delante a la misma persona, al mismo padre, porque el que yo veía era incapaz de hacer daño a nadie. Pero ahora entiendo a lo que se refería, y no solo la mató papá, sino también mi madre, ella fue su cómplice y yo soy el producto vivo de la traición que se llevó por delante lo que mi hermana más quería.

Esto es demasiado.

—¡¿Perdonar?! —grita Briana, incrédula, y noto que se me caen las lágrimas mientras se me encoge el corazón—. ¿Es qué queréis ser perdonados? ¿Lo habéis sentido alguna vez, Vera? Yo creo que no, solo os faltó montar una fiesta en el funeral de mi madre, celebrasteis una boda a meses de su entierro mientras estabas embarazada. ¿A ti te parece que eso es sentir al menos un atisbo de pena o vergüenza por lo que habíais hecho?

Dios mío.

—Ella ya no estaba, Briana, quizá no lo hicimos bien…

—No —la interrumpe Briana—. No estaba, y para ti fue muy conveniente que no estuviera, para ambos lo fue —responde a mi madre, pero luego mira a papá—. Pero no para mí y me torturaste por ello, me torturaste porque vi como la metiste en su cama y se lo conté. Me martirizaste por delatarte e intentaste hacerme creer que era mi culpa, pero no lo fue. Hoy en día soy una adulta, papá, y si algún día quieres enfrentarte a mí como un hombre, y con la verdad por delante, te estaré esperando.

No puedo respirar, me ahogo. Tiemblo y se me rompe el corazón por mi hermana. Ahora comprendo el porqué de tantas cosas, la forma en la que evitaba pasar tiempo con ellos, como se negaba a mirar a mi madre a pesar de que ella intentaba ganarse su confianza, o como contestaba con odio a cada palabra de papá. Pero lo que más me duele entender es que esta es la verdadera razón por la que Briana se cortaba a sí misma en secreto y huía; es la razón por la cual, cuando eligió a Stepan como su familia, nunca más lo soltó, nunca más volvió a pisar esta casa, ni siquiera de visita, porque Stepan exigió a papá que fuéramos Brandon y yo a la isla. Mi hermana sufría, sufría de verdad porque ellos mataron a su madre y también la mataron a ella. Aún así, se molestaban y la trataban con rabia porque ella no era capaz de pasar página y olvidar el episodio como ellos lo hicieron.

¿Brandon lo sabe?

—Todos cometemos errores —bisbisea mi padre.

—Pues los errores se pagan, Baxton —responde mi hermana y recupera su tono neutral.

—¡¿No crees que ya lo he pagado suficiente?! —gruñe mi padre y lo veo dar un golpe en el escritorio desde la escueta rendija de la puerta—. Ni siquiera me miras, tengo nietas y no puedo estar a su lado.

—No eres bueno para nadie, Baxton Thompson. No te quiero cerca de mis hijas ni del niño que estoy esperando y no voy a disculparme por ello…

Espera, ¿qué? ¿Briana vuelve a estar embarazada? Ay, Dios, ¡qué bien! Después del percance que sufrió, pensó que nunca

podría ser madre, y ahora está a punto de ir a por el tercero.

—No dejaré que te lleves el cuerpo de Mavie, Briana —dice papá derrotado y vuelvo a centrarme en lo que sucede delante.

—No he venido a preguntarte, sino a informarte. El traslado ya fue completado, Brandon está de acuerdo conmigo y Stepan se encargará de borrar cualquier huella o resistir cualquier medio con el que intentes luchar. Pero sé que no lo harás, Baxton, porque no te conviene.

—i¿Crees que el matón de tu marido me da algún miedo?! Ese hombre es un criminal, es él quien debería estar atemorizado...

—¿Eso es una amenaza? —interrumpe mi hermana con tono letal y me pone la piel de gallina.

Briana es abogada de profesión, pero es una fiera cuando se trata de su familia. Mi padre sabe que no tiene ninguna posibilidad contra ella, aunque intente disimularlo con palabras duras y fuerza bruta, ya no. Conmigo y con Brandon quizá, pero no con Briana y la familia que ha construido con Stepan, está perdido.

—Briana —le advierte papá.

—Oh, por favor, Baxton —interviene mi madre y el descaro en su voz me pilla desprevenida—. Deja que se lleven el cuerpo de su madre donde quieran. Ni que fueras cada viernes allí a dejarle flores.

No reconozco a mi madre en esas palabras ni el tono despectivo con el que habla, no lo entiendo, parece una persona totalmente distinta. ¿Quién es y cómo ha podido estar siempre escondida ante mis propios ojos?

—Tienes razón en una cosa, Briana, ya no eres una niña, eres una mujer y tienes tu propia familia, una buena familia, aunque todos sois unos criminales. Si no eres capaz de entender con eso el error que cometimos, no podemos hacer más, no nos vamos a pasar la vida mendigando tu respeto, así que, Baxton, por favor, deja que se lleve el cuerpo de su madre.

—Si se lo lleva, no volveré a ver a las niñas, Vera...

Lo que noto en la voz de papá es dolor, pena, vergüenza, e incluso arrepentimiento.

—Martina te dará nietos algún día, incluso Brandon lo hará, pero has perdido ese tren con Briana, cariño.

—Me alegro de que, por primera vez en años, hablemos con la verdad por delante y estemos de acuerdo en algo, Vera —reconoce Briana y mi madre bufa.

—No tengo tiempo para estas tonterías —refunfuña mi madre —. Por cierto, ¿has confirmado con Preston si Martina se queda a pasar la noche?

¿Cómo?

—Vera…

—Ese chico es idiota, Baxton, no es capaz de enamorar a nuestra niña, hemos elegido mal.

—¿Elegido? ¿Pasar la noche? —pregunta Briana con incredulidad—. Decidme que no habéis arreglado la relación de Martina con ese capullo de quinta.

Ay, no, por favor, no. Decid que no…

—¿Crees que voy a permitir que termine con un matón como tú? No, señorita, puede que Stepan tenga dinero, pero tenemos más clase que eso.

—Joder, qué asco, sois incluso más repugnantes de lo que pensaba.

—¿A dónde crees que vas? —pregunta mi padre cuando Briana le da la espalda.

Las voces se acercan a la puerta y doy un paso atrás de forma instintiva, pero no puedo respirar, no puedo pensar con claridad y apenas puedo sostenerme.

—Voy a buscar a mi hermana para contarle lo que tramáis a sus espaldas.

—No es necesario, Bri. —Empujo la puerta del todo y doy un paso tembloroso hacia adelante. Mi madre ahoga un sollozo y se le ensancha la mirada, mi padre gira la cara, incapaz de verme, avergonzado y pesaroso—. Lo escuché todo.

—Martina. —Mamá intenta acercarse, pero interpongo la mano entre nosotras. No la miro, no soy capaz, pero sé que está

llorando y algo dentro de mí se desmorona para siempre.

Es la primera vez que la hago llorar. Siempre, y quiero decir siempre, me he preocupado de no ser una molestia, de ser la hija que ellos soñaban y no poner lágrimas en sus mejillas o pesar en sus rostros como lo hacía mi hermana. Mis padres han sido mi ancla, mi motor, mi única realidad, incluso cuando me disocio de la realidad y sueño con ser una Martina que tiene una vida diferente, pienso primero en ellos, en que siempre han estado ahí, en que me han tratado como una princesa y en que quiero compensarlos y que, por ello, debo mantener mi farsa y seguir siendo la Martina que finge ser feliz y tener una vida perfecta. Siempre me he dicho que tenía que ser mejor hija que mi hermana. Ellos solo me pedían ciertas cosas insignificantes a cambio de todo lo que me daban, cosas que me sentía dispuesta a dar a pesar de que me estaban matando.

Ya no.

Lo que acabo de escuchar esta noche, me parte por la mitad.

Me destroza.

—Necesito estar sola —digo y niego con la cabeza.

Quiero llorar, debería poder llorar, necesito poder hacerlo, pero no me sale.

—¿Puedo pasar la noche contigo?

Briana asiente y me da la mano mientras mis padres sollozan y niegan con la cabeza. Ellos no lo saben, pero Bri tiene un piso cerca del cementerio, en el que, seguramente, la esperan Stepan y las niñas.

—No, por favor, cariño, no te vayas. —Me asalta mamá y se aferra a mi ropa. Por primera vez, desde que tengo uso de razón, la veo como a una extraña—. Puedo explicarlo, cometimos un error…

—No, mamá. La infidelidad es una traición, un acto consciente con intención de hacer daño. No solo traicionasteis a Mavie, luego habéis martirizado a su hija solo porque os recordaba vuestra propia vergüenza. Y yo, sin conocer el alcance de su sufrimiento, os he defendido ante ella todo este tiempo.

La he minimizado, y la he utilizado como un referente de la hija que no quería ser para vosotros.

—Martina…

—Era tu esposa, papá —le reprocho y lo interrumpo, joder, ni siquiera me siento capaz de escuchar su voz—. Construyó contigo todo esto de lo que estás tan orgulloso, tu dinero, tu legado, esta casa… y le pagaste irrespetándola en su propio hogar. —Los ojos de Briana se llenan de lágrimas y me mira con atención—. Le pagaste haciendo daño a su hija porque veías en sus ojos las consecuencias de tus malas acciones y eso no te dejaba en paz.

—Martina, yo…

—Preston ha intentado violarme —digo con fuerza y aprieto los puños a cada lado de mi cuerpo mientras asimilo la realidad en esas palabras—. Su padre lo ha presionado para que avancemos en la relación y mantenerte contento. ¿Estás feliz ahora, papá?

Briana y mi madre sollozan, pero es mi hermana la que se acerca y me rodea con los brazos.

—Voy a matar a ese pedazo de mierda.

—No —farfullo, me aparto y busco su mirada—, pero gracias por esto, Bri. —Veo la tristeza en los ojos de mi hermana—. Me has despertado justo a tiempo de no desaparecer. No quiero desaparecer —bisbiseo.

—Y no lo harás, ratita —me reconforta.

Ahora entiendo la verdad, una verdad que mis hermanos han visto con anterioridad y me han escondido solo porque mi fachada de niña mimada no les ha permitido conocerme, ni a ellos ni a nadie. Brandon se marchó de casa hace años, pero recuerdo su cambio drástico después de su enfermedad. Lo achaqué a la forma en la que mi padre no paraba de gritarle que era un estorbo y que ni siquiera podría ser el gran jugador de baloncesto que esperaba; o a lo mucho que se enfadó cuando decidió estudiar psiquiatría, aunque no se enfadó conmigo cuando elegí ser psicóloga y especializarme en deporte por lo mucho que vi sufrir a mi hermano después de perder su soñada

carrera. Pero sí le dijo a Bran que esperaba más de él como hombre de la familia.

Joder, necesito salir de aquí ahora mismo, ¿como he podido pasar por alto tantas cosas? ¿Cómo he podido estar tan ciega?

—Eh, vamos, yo te sujeto.

Es lo último que escucho antes de que Briana me arrastre y me saque del despacho.



CAPÍTULO 4

Las primeras impresiones pueden engañar.

Toronto, 2 de octubre.

—Me. Importa. Una. Mierda. —Fulmino con la mirada a Lucien mientras este entra y sale de la boca de una rubia. Ella me mira con atención, con lujuria, mientras lo recibe e intenta sonreír.

Se me revuelve el estómago y se me escapa una mueca de asco.

Voy a matar a este imbécil.

Debo pensar esa frase, al menos, unas ochenta veces al día. Uno no muy lejano dejará de ser solo una voz molesta en mi cabeza y se convertirá en un hecho, en una realidad. Me cargaré a alguno de estos cuatro y mearé sobre su tumba.

Esto del sexo en la mansión se les está yendo de las manos. Nuestra representante legal no da a basto con los certificados de confidencialidad y está harta de las llamadas a deshoras cuando

estos lumbreras no son capaces de encontrar el documento archivado en sus putos móviles y necesitan que se los envíe una copia por correo. Ya ha amenazado con marcharse, y perder a la señora Philips no es una jodida opción para mí, es mi única aliada confiable entre tanto dichoso caos.

—He dicho que tienes una puta habitación, Lucien, úsala.

—Estoy muy a gusto aquí —ronronea y acaricia un pezón erizado mientras la rubia se derrite su brazo—. Creí que te gustaba mirar, capitán —farfulla, pero me doy la vuelta y lo ignoro lo mejor que puedo.

Me gusta mirar, pero en ambientes controlados y en situaciones que yo mismo creo; ahora, más bien, el rostro desencajado de esa chica y sus muecas grotescas de placer depravado me empiezan a poner nervioso.

—Y compartir… —añade Lucien con un brillo de maldad en sus ojos oscuros mientras esboza una sonrisa digna del gato de Cheshire—. Vamos, hombre, hace mucho que no nos honras con tu presencia en un grupal. Vive un poco, joder.

—Como no te vayas a una habitación cerrada ahora, te corto la polla —lo amenazó mientras me alejo—. A ver donde queda tu orgullo en el exhibicionismo después de eso.

—Me gustaría ver como lo intentas, hijo de puta.

Le saco el dedo medio a la vez que subo las escaleras, pero no me vuelvo a mirarlo ni una sola vez más. Dejo salir el aire que contenía en un bufido frustrado y avanzo despacio, mientras Lucien me grita un improperio tras otro y se me ponen los ojos en blanco sin que lo pueda evitar. Sé que no cumplirá mis ordenes, al menos no hasta que se corra, y lo hará solo porque puede, y porque le encanta ser un puto dolor de cabeza. El mayor de todos, en realidad. Hoy no tengo la energía suficiente como para enfrentarme a su gilipollez.

Acorto los escalones de tres en tres con grandes zancadas y subo al cuarto piso, que es donde se encuentra mi planta privada. Respiro profundo e inhalo el suave olor de la paz. Huele a lavanda e incienso, porque se supone que es una mierda relajante. Miro durante un par de segundos el aire que sale del humidificador, me

fijo en como trabaja con esmero con el fin de lograr calmarme. La mayoría de las veces funciona, pero hoy no.

Mi planta privada es mi santuario, pero hoy no se siente como tal, ningún lugar se siente como tal cuando estoy en este estado.

Han pasado ocho años y, aún así, he vuelto a ver a esa mujer en la cara de esa chica.

Respiro profundo para reprimir la punzada de dolor en mitad del pecho, recorro la estancia y me digo a mí mismo que estoy a salvo, que todo va bien, que lo hemos logrado y que esto, además de muchas otras cosas, forma parte de lo que hemos construido. Mi espacio personal es sagrado y no debería perder el control y permitir que esos pensamientos me roben ese hecho. Las plantas privadas de mis compañeros también deberían ser sus santuarios, pero a esos idiotas les encanta el alboroto, también tienen una tendencia insana y escandalosa al exhibicionismo desde que…

No. No voy a permitir que eso se cuele en mi cabeza.

Cierro los ojos con fuerza, aprieto los puños y rechino los dientes mientras visualizo nuestra mansión, nosotros la construimos, la diseñamos, cambiamos el lugar que nos destrozó y lo transformamos para que nadie más sufriera en su interior, hicimos de lo que fue nuestra cárcel, nuestra fortaleza, y cumplimos uno de los sueños que teníamos incluso desde antes de que aquello nos cambiara. No veo dolor cuando recorro estas pareces, como lo vi en ese entonces, solo victoria.

La mansión está insonorizada, aunque ese es un detalle innecesario, puesto que estamos en mitad de la nada. Los chicos y yo nos mudamos aquí hace dos años, pero iniciamos la construcción hace cuatro, cuando firmamos nuestro primer contrato con los Toronto Bloodhawks. Siempre tuvimos la idea en la cabeza, siempre supimos que acabaríamos viviendo en ella, todos juntos, solo era cuestión de reunir el capital y poner las cosas en marcha. Secret Garden antes era una propiedad abandonada, una que conocíamos a la perfección porque, cuando éramos adolescentes, solíamos venir aquí para el campamento de hockey de verano, el maldito The Hallaway Program nos los quitó todo, pero a la vez nos unió y nos hizo imparables. Ese maldito

campamento consiguió de la peor manera que las gilipolleces de críos se esfumaran para siempre de nuestras cabezas. A partir de ese momento, tuvimos que pensar como hombres, hombres que guardan un gran secreto cuyas pruebas están enterradas bajo esta propiedad, por eso la compramos cuando logramos nuestro sueño y nos convertimos todos en titulares dentro de un mismo equipo.

La zona es tranquila y exclusiva, tiene su propio bosque, e incluso un acantilado con una caída mortal de más de treinta metros como delimitante. Es seguro, y estamos a solo veinte minutos del edificio de los Bloodhawks en el centro de Toronto, pero, lo mejor de todo, es que nadie sabe que vivimos aquí, al menos nadie que no haya firmado antes un certificado de confidencialidad y esté legalmente vinculado a guardar el secreto. Eso evita mucho el hecho de que los *paparazzis* nos acechen como buitres con tal de conseguir un titular cada segundo de cada hora, y también que mis compañeros ocupen las portadas de las revistas con sus extravagantes atrocidades.

Esta mansión no es solo una forma más de proteger nuestro secreto, es también una forma de protegernos de nosotros mismos.

Me vibra el móvil con un mensaje y lo abro mientras me tumbo boca arriba en la cama *queen size*. Es un correo electrónico del entrenador Holland y bufo antes de abrirlo. Ser el capitán de los Bloodhawks es agotador. Somos un equipo de primera división de Toronto y en ascenso en la NHL durante las últimas tres temporadas, desde que llegamos mis chicos y yo y nos hicimos con el mando. Estamos a pocos días de inaugurar la temporada con un partido contra los Vancouver Serpens, y el entrenador no deja de tocarme los cojones. No consigo que los idiotas de mis amigos se centren y, aunque como cada año por estas fechas, intento darles un poco de manga ancha, está de más decir que los entrenamientos tras la vuelta de las vacaciones dejan mucho que desear y que, por eso, el entrenador lo paga conmigo.

«Tenemos una nueva psicóloga interina».

A la mierda mi vida.

Me siento de un bote y se me tensa la mandíbula ante esa información. Es una putada y me enfurece. No importa lo mucho que me esfuerce en echar a los dichosos psicólogos unos tras otros, siempre aparece uno nuevo.

¿Es qué no escuchan los rumores, joder? Porque me encargo personalmente de esparcirlos por las redes. ¿Quién cojones puede estar tan desesperado como para lidiar con nosotros?

Abro el correo y leo entre líneas deprisa. Su nombre es Martina Thompson, veintidós años, recién graduada, programa combinado y con honores, de Boston… Anda y, cómo no, ha aceptado el alojamiento para empleados.

Se me ponen los ojos en blanco por sí solos y elevo el labio superior en una mueca de desapruebo. No me apetecía lidiar hoy también con esta mierda. Creí que, después de lo que le pasó al último infeliz que intentó meter sus narices en el interior de nuestras cabezas, tendría un poco más de margen, me encargué de que aquello circulara en las redes por meses, incluso el pobre señor Forbes grabó un vídeo en el que animaba a sus compañeros profesionales a no acercarse a, cito textualmente, «los cinco desequilibrados enfermos que juegan en los Bloodhwks», pero Holland se las ha apañado para encontrar a alguien tan desesperado como para tragarse su palabrería y caer de lleno en su trampa.

Me pregunto cómo se vera esa pobre idiota sin blanca que es capaz de mudarse tan lejos de su hogar solo para acudir al llamado de un equipo con tan mala fama con los psicólogos. Y no, no es solo que no duran porque nos encargamos de ello, es que, después de irse, son ellos los que necesitan terapia, si es que tienen la suerte de no desaparecer del mapa.

«Te paso su currículo», escribió Holland. «Solo es una chica lista recién graduada y con ganas de independencia, Devereaux. Haz que los muchachos sean buenos con ella, por favor, le he insistido mucho para que acepte y tengo un buen presentimiento con esta chica».

No voy a comprometerme a eso.

Aunque algo tengo claro, y es que mis amigos serán mucho más amables con ella que con el pobre Terry. A los chicos les gusta halagar a nuestro personal femenino, incluso hacen apuestas sobre quién se la folla y la desecha primero o, si ella lo permite y le apetece, la follamos en grupo. En realidad, ellos follan, a mí me gusta mirar, participar es más complicado.

Abro el archivo adjunto y la foto de una chica sonriente me da una bofetada en el rostro.

Joder.

Se me contrae el abdomen y me digo a mí mismo que esto va a ser malo que te cagas.

La chica que me devuelve la mirada desde el otro lado de la pantalla es…

Me detengo en mitad de mis propios pensamientos e intento analizar y comprender las emociones que me asaltan. Mi imaginación trabaja deprisa, se me calienta la sangre en el cuerpo y, mientras escucho en mi cabeza palabras que no quiero, noto un amago de erección en mitad de mis piernas.

¿Qué cojones?

Martina es, ella parece… vale, voy a decirlo, joder, parece un sueño y necesito unas putas gafas para que no me ciegue la forma en la que brilla su sonrisa, es una sonrisa enorme, preciosa y… falsa.

¿Ese es el detalle que me pone cachondo? Mira que soy complicado.

Sé cómo lucen ese tipo de sonrisas, aprendí a detectarlas desde aquel verano, me juré a mí mismo no volver a pasarlas nunca por alto, pero me sorprende en cantidad lo bien fingida que es esta. Casi me la creo, casi, es una profesional. Apoyo los codos sobre las rodillas y me inclino hacia adelante mientras la observo de lleno. Es una foto de carnet, pero eso no me impide hacer *zoom* en la pantalla y analizar hasta el más mínimo detalle. Ella parece tener complexión delgada y un pecho medio. Tiene unos labios voluminosos jodidamente bonitos pintados de un color burdeos. La imagen de esos labios alrededor de mi polla me asalta la conciencia, el pensamiento es tan nuevo y sorprendente que me

levanto de un salto, ahogo un gruñido y tiro el móvil sobre la cama.

¿Qué está…?

Eso hace siete años que no pasaba.

Respiro profundo, inhalo durante seis segundos, exhalo durante el mismo tiempo y sacudo la cabeza en busca de aclarar mis ideas. Solo fue un pensamiento al azar, seguro que no se repite. Vuelvo a sostener el móvil en la mano y detecto un ligero temblor, pero lo ignoro y me fijo ahora en la nariz pequeña y perfilada de la chica sonriente en la pantalla. Tiene los ojos verdes azulados, con detalles amarillos, y la piel tostada. Parece frágil, pequeña, delicada, mi mano podría abarcarle del todo la cara y asfixiarla, destrozarla mientras llora y suplica por ayuda.

Joder.

Me asalta la imagen de ese rostro retorcido, con los ojos en blanco, sudor en la sien y la boca abierta mientras la tengo sentada en mi regazo y la monto de espaldas. Bloqueo la pantalla y ahogo un jadeo. Se me frunce tanto el ceño que resulta doloroso. Me miro las manos y solo puedo verlas abarcando esa cintura tostada y delicada, o echas un puño mientras sujetan ese cabello ondulado y voluminoso de color caramelo, o acariciando el rojo de esos pómulos que resalta las pecas doradas que tiene en la zona de la nariz.

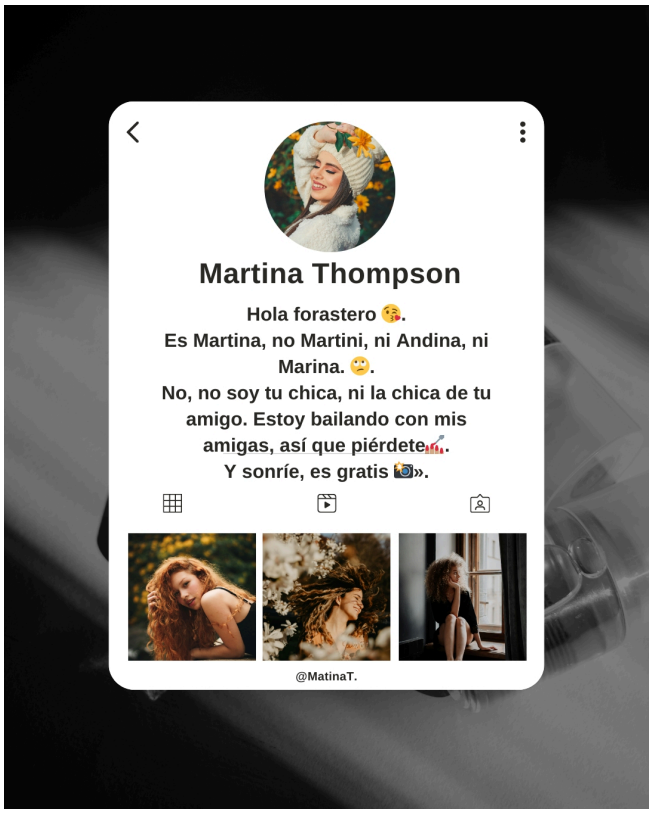
La madre que me parió.

¿Qué cojones me pasa?

Martina Thompson es guapa, no, en realidad, es jodidamente guapa, pero he visto infinidad de mujeres guapas que no han despertado en mi cuerpo ni el más mínimo interés. Ni una sola vez, ni una, en siete jodidos años.

Eso me intriga.

Abro la aplicación de Instagram y coloco su nombre en el buscador, un perfil animado pero glamuroso, lleno de colores pasteles brillantes me da, literalmente, la bienvenida.



Casi sonrió ante esa tontería. Me gusta ese deje de reproche y ese carácter directo, pero veo sus fotos y, en todas ellas, distingo la misma sonrisa enorme, brillante y… fingida. Falsa, y me pregunto qué otras cosas de lo que muestra a los demás también lo son.

Boston University, beca parcial, programa combinado para carrera y máster en solo cinco años. Se graduó con honores e hizo muchos créditos extras. Es lista… pero todos esos logros suponen muchas horas fuera de casa, de la vida en general. Por lo que veo en su perfil, tiene pocas amigas, pero viven de forma intensa y no se pierden experiencias sociales. Salen etiquetadas las mismas dos chicas en la mayoría de las fotos, también un chico, pero menos que ellas.



Viajan a menudo, muchas escapadas incluso a ciudades cercanas, ¿qué hay dentro de la casa de esta chica que la hace querer estar fuera todo el tiempo, o rodeada de sus amigas? No es que me interese de forma personal, ni que esté *stalkeando* el Instagram de la primera mujer en siete años que casi me la pone del todo dura con una simple foto de carnet, no, esto es solo por el hecho de que los psicólogos del equipo suponen nuestro mayor peligro. Que Martina sea preciosa, y que mis amigos vayan a pelear por follársela, solo acentúa mi jodido dolor de cabeza.

Los psicólogos hablan, escuchan, se toman en serio su trabajo y les gusta saber cosas. Eso, en un grupo como el nuestro, es como cometer un pecado capital por el que se te condena a la muerte.

Martina aún no lo sabe, pero ya está condenada.

El último pobre diablo que ocupó su puesto indagó demasiado. Para mi puta sorpresa, fue Kirian quien se rompió delante de él, o eso es lo que dice, pero estoy seguro de que ese hijo de puta solo quería quitarse al vejestorio de encima y que viniese alguien en su lugar a quien se pudiera follar en grupo con los chicos dentro de la propia consulta después de los entrenamientos. La mayoría de ellas abandonaban la estancia por sí mismas después de ser

usadas y desechadas por los crueles e imbéciles jugadores de la NHL.

Estoy deseando descubrir cuánto dura Martina, y cuanto tarda en desaparecer el brillo fingido en esa preciosa sonrisa.





CAPÍTULO 5

Intenta, falla, aprende y repite.

Boston, Massachusetts. 4 de octubre

—No, no me gusta. —Zoey solloza despacio y hunde el rostro en el hombro de Briella, que le aparta el cabello rubio ceniza de la cara con una caricia amigable.

Aprieto los dientes y tengo que utilizar toda mi fuerza de voluntad para no hacerlos rechinar. Zoey es la más sensible de las tres, su propio pasado olvidado la hace ser así, y sabía que rompería a llorar al despedirnos, pero, aún así, no he podido evitarlo.

Odio no poder evitarlo.

—Zoey, yo…

—Está bien —me corta Brie y dejo escapar con cierto alivio todo el aire que no sabía que contenía—. Nos parece bien, Martina, tienes que hacerlo.

—Pero… —replica Zoey y el llanto se traga por completo cualquier palabra que fuera a pronunciar.

Algo dentro de mí se rompe y me siento como una amiga de mierda.

Para mí, mi Zoey es como una rosa, la conozco desde que la amiga cercana de mi madre y su marido la adoptaron con nueve años, ella había perdido la memoria debido a un accidente, uno parecido al que les quitó a sus padres y la dejó huérfana. Mi Zoey es hermosa, pero toda esa belleza la hace delicada, frágil, visible y bastante llamativa a los ojos de los demás, eso no siempre es bueno, y más cuando estás llena de cristales resquebrajados por dentro. A lo largo de los años, mi amiga ha sido una diana para las miradas de los chicos con y sin buenas intenciones. Briella y yo nos hemos ocupado de mantenerla a salvo y de ser su refugio, pero eso no me hace más optimista, temo que el tallo de esa flor delicada se pueda romper en cualquier momento, que alguien lo parta, o que entregue todos sus pétalos y se quede sin nada a cambio. Quiero protegerla siempre y, además de eso, supongo que odio el hecho de hacer daño o decepcionar a cualquier persona a la que amo, por eso me pasa lo que me pasa, es más fácil disociarse de la realidad y mostrar una fachada. Todo se ha roto y, aunque estoy preocupada por alejarme, tengo que confiar en que Briella la protege. Como una confirmación a eso, ambas tenemos el mismo impulso y la abrazamos.

—Nada de llorar. Iréis a visitarme enseguida, me aseguraré de que me den un piso lo suficientemente grande como para poder recibiros.

—No es justo que tengas que irte, Martina, eres la afectada y aún así pierdes...

—Esto no es una pérdida. —Sonrío de oreja a oreja, le resto importancia a mi propio miedo, incertidumbre y dolor, pongo mi fachada de la forma en la que mejor se me da y monto el espectáculo de siempre—. Será mi primera experiencia laboral real, ¿recuerdas? Y, además, es una experiencia de la hostia.

—Pero no sabes nada de hockey, ¿estás segura de que es realmente lo que quieres?

No. No estoy segura en absoluto y voy a tener que estudiar, pero necesito alejarme de aquí.

Hasta hace tres días creía ser una persona, hoy me siento tan distinta que no sé ni quien soy, pero deseo conocerme. Mi vida perfecta, mis planes en proceso de realización, mis sueños materializados… todo eso que creía tener y querer en realidad no lo quería. Solo era parte de los planes que mis padres soñaban para mí y habían incrustado de forma consciente en mi interior, de una manera tal que se me hacía imposible llevarles la contraría y ser la hija desagradecida que no podía concebir ser.

Acabo de cumplir veintidós años y lo que descubrí de mis padres me trastorna, además de lo que estuve a punto de sufrir a manos del hijo de puta de Preston por su culpa. No puedo entender como pude estar tan ciega todo el tiempo, como es que nunca me di cuenta o me cuestioné nada, obedecí, comprendí y accedí. Creí que era lo que quería, lo que debía hacer, pero ya no, porque el único camino que quiero seguir a partir de ahora es el que yo trace para mí misma sin el control sutil ni la influencia de nadie.

Nunca me gustó Preston, joder. Nunca me llamó la atención, pero accedí a salir con él porque hacía feliz a papá, creí que papá solo quería lo mejor para mí y me obligué a darle una oportunidad. No será tan malo, me dije, y mira cómo resultó.

Sin embargo, eso no me duele tanto como lo de mi hermana y me reprimo a mí misma porque, en el fondo, siempre lo intuí. Siempre supe que algo iba mal, que no cuadraba, que mi hermana no estaba loca y que no es el tipo de persona capaz de odiar de esa manera sin ningún motivo. Ella me amaba, fue una hermana genial y me lo demostraba a pesar de que invadía su espacio continuamente y ella quería estar sola, me llamaba ratita, se preocupaba por mí y, a pesar de eso, nunca quise saber sobre su dolor, nunca pregunté. Lo dejé estar durante veintidós años… y eso me mata.

Y todavía me queda llamar a Brandon. Sé que mi hermano tiene otra historia que contar sobre mis padres, otra que tengo miedo de escuchar.

—Estoy segura de que es lo que necesito —aseguro y esta vez miro directa a Briana, que se había mantenido en un segundo plano para darme algo de intimidad con mis amigas—. Necesito empezar

de nuevo, lejos de ellos y de su influencia, conocerme a mí misma, saber quién soy cuando no estoy cerca de Baxton y Vera Thompson.

—Esa es mi ratita callejera —farfulla mi hermana y me aprieta los cachetes como solía hacer cuando era una niña. Se me llenan los ojos de lágrimas al recordar como mi madre le reñía cada vez que me llamaba de esa manera solo porque lo consideraba un apodo malintencionado y escondo los labios para que ella no vea como tiemblan—. Te adaptarás.

—Gracias por el dinero, prometo que…

—Ni se te ocurra o Stepan te delegará del puesto de cuñada favorita.

—¡Lo sabía! —chillo victoriosa—. Me encargaré de que Brandon también lo sepa en las próximas vacaciones familiares.

—No se lo digas a Natalia. —Briana abre los ojos como si acabara de reparar en que la esposa de su cuñado, a la que quiere como una hermana, también es la cuñada de Stepan—. Necesito esos trajes de muñeca.

Oh, Dios, no. No quiero saberlo.

—Pasajeros del vuelo a Toronto, embarquen por la puerta número seis —dicen por megafonía.

—Ese es mi vuelo —confirmo y recibo cuatro abrazos a la vez. Me dejo arropar por ellos.

—Es tu vuelo al crecimiento, ratita.

—Te vas de viaje al autoconocimiento —argumenta Briella con tono solemne y la señalo mientras se me expande la mirada y la sonrisa.

—Esa es buena —le digo y ella hace una mueca de autosuficiencia.

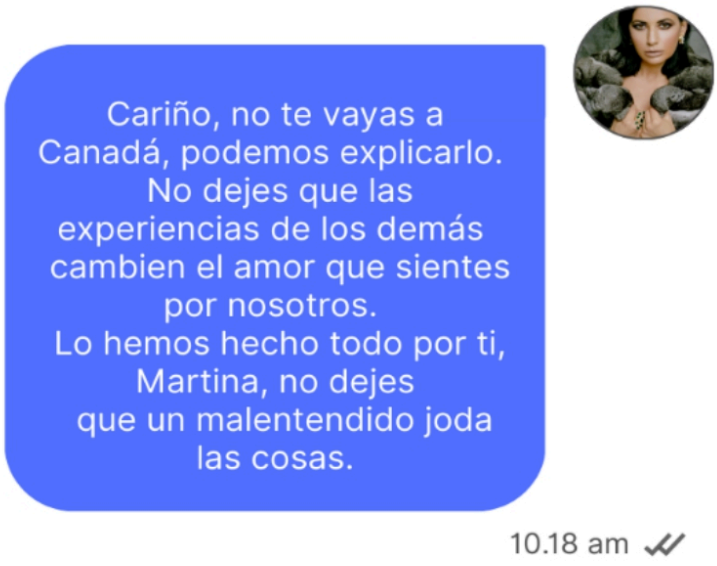
—Vas de camino a ser tú misma —solloza entonces Zoey y noto como me derrumbo —, pero sin olvidarte de los demás.

Ay no, Zoey, me matas. Su miedo al abandono me destroza muchísimo.

—Nunca. Os quiero demasiado —murmuro con un último abrazo, me yergo, invoco todo mi valor y me digo a mí misma que no me va a dar tiempo a extrañarlas porque siempre las tendré.

Me doy la vuelta, camino con decisión y desaparezco por la puerta de embarque. Miro atrás un par de veces, les muestro mi mejor máscara, y me disocio de esta parte de la realidad mientras pienso en hockey y en lo mucho que tengo que estudiar si quiero parecer una entendida de ese deporte.

Una vez en mi asiento, abro el móvil dispuesta a seguir mi conversación sobre hockey con la IA, pero veo un mensaje de mi madre. Se me acelera el pulso y noto que me sudan las manos, me planteo no abrirlo, pero soy incapaz. Son demasiados años de condicionamiento, mi madre puede ser muy controladora y, para mí, esa era su forma de demostrar su amor.



¿Un malentendido? Alucino con su capacidad de restarle importancia a algo que provocó el suicidio de una persona o una posible violación.

Lo han jodido todo.

Salgo de la conversación y dejo el mensaje sin contestar. Sé que llegará un momento en el que sea inevitable enfrentarme a ello, pero ese momento no es ahora. Primero necesito aclarar mis pensamientos y encontrar las herramientas que me ayuden a sentirme cómoda, a no disociarme cuando la realidad me supera, a no dejar que me manipulen.

No.

Empiezo de cero para mí misma, pero desde el conocimiento y sé que saldrá bien, solo puede salir bien, ¿verdad?

Abro el buscador y, después de ver unas cuantas de las caras de los jugadores que pronto se convertirán en mis pacientes, hago un poco de turismo cibernético por la ciudad de Toronto para entretenerme mientras los demás pasajeros abordan el avión y colocan su equipaje. Después de unos diez minutos, y justo antes de poner el modo avión, porque los pilotos anuncian que es momento del despegue, un local rojo en un barrio moderno y llamativo atrapa de lleno mi atención cuando aparece anunciado a un lado de la pantalla, «Le Salon des Ombres. Descubre ante tus ojos aquello que solo puedes imaginar». Me atrapan sus colores y su temática oscura y sensual. Abro la página web del sitio y lo que veo me deja sin aliento.

Joder.

El corazón me late muy deprisa, como si se encendiera, pero cuando la azafata se acerca y me pide que ponga el modo avión en el teléfono, yo ya he guardado la información del local y tengo claro cuál será mi primer lugar a visitar en esa preciosa ciudad.

No voy a vivir como se espera que viva, lo haré como quiero vivir y aún tengo que descubrirlo.



CAPÍTULO 6

Un simple hola puede conducir a miles de cosas.

Toronto. 9 de octubre.

Mi piso es bonito, es pequeño, de concepto abierto, minimalista y elegante. Me hace sentir toda una adulta independiente y empoderada. Se encuentra situado en el complejo de apartamentos que pertenece al club, a cinco minutos en coche del edificio del equipo, muchos trabajadores viven allí, incluso algunos jugadores, así que no me siento para nada sola o desprotegida a pesar de ser nueva en la ciudad y acabar de hacer un gran cambio. Tal como pedí, el piso tiene dos habitaciones extras a la mía, y es un alivio, porque necesito que las chicas vengan a visitarme a menudo casi tanto como respirar.

El sábado, después de instalarme, me di la primera ducha calentita y vi la nueva temporada de los Bridgerton en mi nuevo salón. Hay un par de sofás de dos plazas y, por suerte, no son de cuero. Puede que odie un poco la tela helada y que chirría ante cualquier movimiento. El domingo fui de compras, culpable, pero es

que dejé toda la ropa en casa y vaya si hace frío. No pienso morir en el intento de sobrevivir sin mis padres y solo puedo agradecer a Briana y Stepan por haber puesto una flota de *blacks cars* a mi disposición. Ni de coña quiero usar las de mis padres y que localicen mi ubicación a través de mis gastos. Por eso las deje en casa de Zoey, para no caer en la tentación.

Mi madre me revienta el móvil con llamadas y mensajes. He pedido a mis amigas que la informen cada día de que estoy bien, pero ella ha amenazado con presentar una denuncia como persona desaparecida si no me escucha hablar. Sé que forma parte de su manipulación, pero también sé que terminaré cediendo con algún audio.

El lunes tuve una reunión con mis nuevos jefes, me enseñaron las instalaciones y el edificio de los Bloodhawks, que es una pasada. He visto instalaciones deportivas de equipos profesionales antes, bueno, una vez, cuando los Boston Rivers se planteaban fichar a mi hermano como uno de sus delanteros. Sus instalaciones eran respetables, pero esto es una locura. El edificio ocupa una esquina completa y tiene unas cinco plantas. Mi oficina está en la tercera y está demás decir que es maravillosa. Tengo un escritorio muy bonito equipado con la mejor tecnología, un diván, sofás mullidos y la escultura enorme hecha de mármol de una pareja en pose cariñosa y desnuda delante de un ventanal con vistas al este de la ciudad. Conocí a la representante del dueño del equipo, una mujer muy amable, y su secretaria me acogió de maravilla, me explicó mis funciones y me deseó la mejor de las suertes, le di las gracias por la gran oportunidad. Le pregunté si podía darme los datos del psicólogo anterior, puesto que me parece interesante contar con algo de asesoramiento sobre estos chicos, pero dijo que su experiencia no terminó de forma satisfactoria y que no quería ser molestado. Me decepcionó esa respuesta y se instaló en mi interior una especie de bruma cargada de temor desmedido; pero, aún así, me llevé los expedientes de los jugadores a casa y los he hojeado unas cuantas veces en mis descansos. Me niego a buscar cómo terminó la experiencia del anterior psicólogo en internet y dejar que eso condicione la mía.

Hay veintitrés jugadores en activo y acabo de cerrar la sexta carpeta: Declan Devereaux, el central y capitán del equipo, además de una de las cinco estrellas principales. Tiene veinticuatro años, originario de Toronto y desde muy pequeño vive y respira hockey. Intento obligarme a seguir con el resto de expedientes, pero el azul de sus ojos se ha clavado en mis retinas, no me deja respirar y no me puedo sacar su imagen de la cabeza.

Es endemoniadamente guapo.

Está claro que trabajar con estrellas del hockey será un desafío, pero ese no es el único que me atormenta; es martes, el jueves será mi primer día de trabajo, y hoy tengo algo importante que hacer.

Me elevo las gafas de sol con un dedo y me obligo a respirar profundo. Es de noche y no las necesito, pero son lo suficientemente grandes como para cubrir el antifaz, y la mujer con cero experiencia en estas cosas que vive dentro de mí me dice que no puedo quitármelas.

Una puerta roja e imponente se cierne delante de mí, como si me analizara, y un cartel negro brilla sobre ella en detalles neón, Le Salon des Ombres. Casi me siento una Alice diminuta perdida en el país de las maravillas delante de una puerta que me implora que la abra mientras me da señales contradictorias. Puede que esto sea justo lo que necesito, o puede que termine de ser mi perdición.

Estoy a punto de hacer una locura, pero si algo tengo claro, es que me apetece hacerla.

Siento una curiosidad inherente que anhelo satisfacer y que, ahora, nada me lo impide.

Bufo por lo bajo y me reprimo a mí misma, me siento idiota y eso me cabrea. He venido hasta aquí por una razón y no debería permitir que se difumine debido a mis propios recelos. Eso es lo que pasa siempre, me disocio y no vivo la vida en la forma en que me gustaría, pero nunca más, no pienso darme la vuelta como si fuera una cobarde.

Después de darle muchas vueltas a todo, me concedo a mí misma el derecho de tener curiosidad, es algo normal, válido y muy lógico, por eso existen locales así, porque no soy un bicho raro y hay mucha más gente como yo.

Nunca perdí mi virginidad, o, al menos, eso creo. Después de esas palabras de Preston ya ni siquiera estoy segura, pero ahora entiendo que no fue solo por el hecho de que estuviera demasiado ocupada graduándome antes que el resto. La forma en la que mi madre influyó en mi decisión se despliega ante mis ojos de una manera bestial. El como me suplicó que esperase tener un marido y yo lo transformé en mis pensamientos en que quería esperar a conocer alguien especial, por mí y por ella. Luego creí que era un poco asexual y que el sexo, simplemente, no era una de mis preocupaciones, que no me hacía sentir nada, porque incluso el poco porno que llegué a ver alguna vez me parecía demasiado impersonal. Solía saltar largas partes de esas escenas en busca de momentos de conexión emocional, no solo física, pero no los encontraba, es por eso que he venido aquí a ver si tengo algo más de suerte.

La puerta se abre antes de que llame y me encojo sobre mí misma mientras se me escapa un grito ahogado. Un hombre exageradamente alto y corpulento la ha abierto, lleva una máscara que le cubre todo el rostro, es negra, tiene un relieve de las facciones que brilla en azul neón y algunas formas que no logro distinguir muy bien pintadas en algunas partes. Creo que una de ellas son unos patines de hielo. Ladea la cara y la luz roja del interior le da de lleno, lo ilumina y me permite fijarme un poco más en los detalles. Embelesada, descubro un número once en blanco recubierto por bordes azules y plateados, copos de nieve, patines, *sticks*, y un diminuto y casi imperceptible antifaz.

La máscara es bonita, pero algo intimidante.

Mi mirada desciende por el traje de tres piezas que se ajusta a unos músculos desarrollados y definidos. Me abruma su belleza masculina y la forma en la que rezuma elegancia y, a la vez, misterio. El traje grita caro y echo a medida por todas partes; además lleva una camisa negra entreabierta en el pecho y una corbata alargada roja mal colocada, como si se la acabara de quitar, o, al menos, lo hubiera intentado.

Es sexi.

El enmascarado tiene el cabello oscuro y peinado hacia atrás, engominado y, cuando sus ojos se agrandan por debajo de las rendijas de la máscara, unos abismos de color azul hielo me lanzan una mirada depredadora que me hace sentir indefensa.

Ese azul.

Reconozco esos ojos como si los hubiera visto antes. Recuerdo los ojos azul celestes del capitán del equipo que he estado hojeando en el expediente, y me digo a mí misma que me recuerdan a los suyos. Son hermosos, pero, a la vez, tan misteriosos que creo que sería un imposible llegar a conocer lo que ocultan. Me siento vulnerable ante ellos, como si estuviera en desventaja, pero de una forma diferente a cuando Preston me atacó, o a cuando escuché a mis padres. Esos ojos me hacen sentir expuesta del todo, abierta en canal, como si pudieran ver de lleno a través de mi alma. Me mira como si me conociera y esa sensación se alarga en el tiempo mientras ninguno de los dos aparta la vista del otro.

¿Sabe quién soy? Eso es imposible, menuda estupidez de pensamiento, pero siento que sus ojos me miran como si también me reconocieran.

Antes de que pueda hablar, se aparta y extiende el brazo, me invita a pasar, pero deja un espacio para ello apenas inexistente. Me fijo en que lo que tiene detrás de él es un pasillo y, cuando entro, de lado y con muchas dudas, me topo de lleno con su pecho, nos rozamos, la sensación es intensa, pero no aparto la mirada, oculta tras las gafas, y trago en seco.

Él huele increíble. Es un aroma tan envolvente y varonil que me abruma al instante, me atrapa y provoca que mis entrañas se opriman por dentro, eso es nuevo. Me sorprendo a mí misma en un intento por descifrar las notas que acompañan a tan impresionante olor. Es un poco dulce e intenso, pero, a la vez, cálido y amaderado. Joder, ¿es así como huelen los hombres en Canadá? Porque creo que estoy babeando y eso es tan nuevo para mí que apenas puedo respirar.

La sensación es inquietante y un cúmulo de estímulos me golpean a la vez mientras trago el nudo sin sabor que se me aloja en la garganta. El olor de su perfume no es lo único que me debilita,

también está el calor que irradia su cuerpo y que abraza al mío, su altura o lo imponente que parece debido a la diferencia en nuestro tamaños. El brillo de sus ojos bajo las luces rojo neón, el contraste de la oscuridad, con el azul y el rojo, las sombras sobre el brillo gélido de ese tan llamativo y claro tono de hielo glacial.

Ay, joder, me siento en una realidad alternativa.

La puerta se cierra desde fuera con un golpe y pego un respingo. Se me escapa un jadeo y el pecho se me expande de tal forma que corta la poca distancia entre los dos y roza de nuevo el suyo. Noto cómo se tensa y coloca sus manos al otro lado de la pared, aprisionándome. Busco su mirada a la velocidad de un rayo y trago el nudo que se me forma en la garganta, hay algo siniestro en sus ojos y quiero moverme, avanzar y alejarme de su órbita; pero su tamaño y su presencia me paralizan. Él ladea la cara a la derecha mientras me mira con curiosidad. Casi me fundo de lleno en su cuerpo, me saliva la boca, y está tan cerca que noto el calor de sus labios, incluso creo que, si no fuera por la máscara que nos separa, él podría besarme.

Esto es raro, pero la máquina cansada y estática que es mi corazón cobra vida y late con demasiada fuerza.

Debería moverme, alejarme. No conozco a este hombre y no puedo permitir que se acerque tanto, yo…

—Puerta ocho —murmura mientras deja caer los brazos que me hacían de cárcel y su voz ronca me electrocuta, me golpea y jadeo debido a que no me lo esperaba. Se me eriza la piel, aunque él solo susurra—. Yo seré tu acompañante.

—¿Acompañante? —jadeo y él detiene el paso que iniciaba.

—Pusiste en el formulario que era tu primera experiencia y que querías que alguien te explicara las cosas. Ese alguien soy yo.

¿Por qué siento que su voz y su tono hostil me producen cosquillas en cada parte del cuerpo? ¿Y por qué sus últimas palabras suenan como el augurio de una cruel amenaza?

Vuelve a moverse, pero no reconozco mi osadía cuando le sujeto el brazo y le pido que se detenga.

—Me dejarás sola, ¿verdad? Es decir, no te quedarás conmigo mientras veo… mientras pasan, ya sabes, esas cosas.

—Se llama ver follar a otros.

Se gira de golpe y me estampo contra su pecho, ladea la cara y me observa con interés, como si fuera un bicho raro. Su máscara me abruma, y su tamaño, hostilidad y cercanía; pero, de repente, un maldito pensamiento que no sé de dónde sale me golpea sin piedad.

«Él podría levantarme entre sus brazos, le sería fácil y me gustaría comprobar la dureza de su cuerpo».

Joder, Martina.

Soy incapaz de respirar, de moverme, de apartar la mirada. Es como si quisiera memorizarlo, grabarlo en mi cabeza y no dejarlo escapar.

Llevo tacones altos, y eso hace menos significativa la diferencia de altura entre nosotros, pero, entonces siento un deseo imperioso de quitarlos y mostrarme tal cual soy delante de él, quizá así sienta la necesidad de elevarme.

No… pero, ¿qué mierdas pienso?

Hay algo en este jodido extraño y su máscara que me hace temer, pero, a la vez, me hace sentir confiada, algo nuevo para mí, que me enciende por dentro. Puede que sea la circunstancia, el hecho de que estamos aquí y vamos a ver sexo en directo juntos, yo por primera vez, o puede que, después de todo, simplemente, no soy asexual, sino que no había explorado los fetiches correctos.

—Yo también he pagado por ello, *ma petite curieuse.* —Se me calientan las mejillas y noto sus palabras como una caricia. Creo que el apodo es excesivo, pero solo puedo pensar en que esa pronunciación del francés me resulta supersexi—. Me he ofrecido a ser tú acompañante, pero eso no hará que me pierda el espectáculo. Si lo que quieres es estar sola, entonces nos despedimos aquí.

Se da la vuelta y me siento rechazada, horrorizada ante la idea de que se marche, abandonada, sola. Entonces, me doy cuenta de que eso no es lo que quiero y le sujeto el brazo con más fuerza antes de que se aleje. Él se gira, y las luces rojas del pasillo se apagan a nuestro alrededor. Nos quedamos solo nosotros y el azul de su máscara, que nos ilumina.

—Prefiero tener compañía, por favor —musito y escucho un leve gruñido de asentimiento antes de agarrarme por la muñeca y tirar

de mí.

Su osadía hace que mi cerebro cortocircuite durante un par de segundos, y me bombardean un sinnúmero de sensaciones, así como un gran desconcierto, mientras me dejo llevar y avanzo tras él a trompicones en la oscuridad. Su mano grande se traga mi muñeca por completo, abarca casi la mitad de la parte inferior de mi brazo y me quema la piel. Me hace sentir tan atrapada que apenas puedo respirar.

Es confuso, porque nunca me había agradado de tal manera el contacto masculino.

Estoy algo aturdida por la intensidad de la situación, pero, a pesar de que tengo los ojos borrosos debido a la embriaguez que me produce la presencia del enmascarado, veo como una puerta negra sobre la que luce un número ocho brillante y dorado se abre para nosotros. Él no pregunta si estoy preparada para entrar, o si me he arrepentido, no me da un tiempo de gracia o un margen de pensamiento, entra en la habitación con una gran zancada y tira de mí con tal fuerza que no me sorprende oírme chillar, ni verme perder el equilibrio y caer sobre su pecho. Sus manos me sostienen y su máscara me avasalla, trago en seco mientras él, muy despacio, me libera, se toma su tiempo para observarme. Doy un paso atrás y distingo la forma evidente y descarada con la que me da un repaso, olvido mi propia vergüenza y permito que mis ojos curiosos hagan lo mismo con él ahora que la luz lo permite del todo. Solo dura unos segundos, pero es tan intenso que parece una eternidad.

El enmascarado desvía la vista primero y, por alguna absurda razón, suspiro aliviada. Mis ojos entonces recorren la habitación, sus detalles. Es hermosa y diferente, parece una jodida fantasía. No hay mucho mobiliario aquí dentro, pero parece ser muy específico y listo para ser utilizado. Me sonrojo sin poder evitarlo solo por encontrarme en un lugar así, un lugar que solo me imaginaría sacado de una película para adultos con mucho presupuesto y elegancia. El interior de la habitación esta recubierto del todo de una tela acolchada de terciopelo rojo, este, además del negro y el dorado, son los colores dominantes en todo el local. A mi derecha hay un diván grande que bien podría tener el tamaño de una cama

individual cubierto por la misma tela, tiene un par de cojines dorados colocados encima y se apoya sobre una estructura preciosa de madera brillante y tallada con diseños espectaculares de… Ay, joder, esos son pechos y… ¿penes? Sí, hay personas desnudas que interactúan entre sí de forma sexual hasta en la talla de la madera.

Se me escapa un suspiro y paso la mirada al frente, donde un enorme cristal corta la pared enmarcado con los mismos patrones de madera tallados, pero pintados de un precioso y llamativo dorado.

A mi izquierda, un sillón tántrico de cuero negro luce sus preciosas y relucientes curvas.

Este lugar exhuma elegancia, erotismo y riqueza, creo que es encantador para vivir la fantasía.

Detrás de mí hay dos butacas elegantes y una mesa redonda de madera con una sola pata gruesa y alargada, tallada con los mismos patrones de forma ascendente, y que reposa sobre un apoyo también circular. Encima de la mesa, hay un juego de vasos, una cubitera con hielo y un recipiente de cristal con un líquido color canela, también un par de prismáticos y un juego de llaves.

Esto es tan explicito que creo que ya no necesito ver el sexo en directo, podría pasar toda la noche solo observando los detalles de las tallas, son impresionantes, y agradezco la distracción. Solo dos segundos. Porque entonces siento como me arden las mejillas, los pechos pesados y los pezones erizados, además de un ligero calor entre las piernas acompañado de un pequeño cosquilleo. Comprendo que estoy excitada en una habitación hecha para pecar delante de un enmascarado imponente e intimidante.

Me pongo nerviosa de repente al entender que esto es del todo real, así como lo que siento. Unas luces más fuertes se encienden y el enmascarado llama mi atención.

—Quítate esas gafas de sol y esa gabardina. Ponte cómoda y déjate el antifaz solo si lo deseas. Este es un lugar seguro, aquí dentro no debes tener miedo.

Me siento embobada mientras veo cómo se quita la chaqueta y la deja con una gracia inhumana encima del respaldo de la butaca. Sus ojos azul glacial me diseccionan y, visto con tanta luz, la belleza masculina de su cuerpo es aún más imponente.

Este hombre no parece de esta tierra o, al menos, no para mi cerebro. He conocido hombres guapos antes, altos, esbeltos, con cuerpos de deportistas de élite y venas marcadas, joder, mi propio hermano es un hombre así y todos los chicos con los que jugaba al baloncesto, pero el que tengo delante, a pesar de que no he visto su cara es… es extraño y del todo nuevo para mí tener estos pensamientos, y no sé si es solo por la intensidad de la situación, pero él parece un sueño húmedo andante y hecho realidad.

Él no parece pillar mi entumecimiento neuronal momentáneo, o la forma en la que babeo, porque, con cada movimiento que hace, empeora mi condición como si ese fuera su cometido. Se sienta con gracia y se le marcan los músculos en la camisa ajustada, se sube el pantalón de tela en la parte central de un tirón y ladea la cara enmascarada cuando descubre que sigo el movimiento con la mirada. Menos mal que es ajeno a cómo lo desnudo con el pensamiento ahora mismo.

Es la primera vez en veintidós años que ver a un hombre desnudo me causa verdadera curiosidad.

No puedo hacer más que tragar en seco y rezar para no caerme en lugar de sentarme y parecer una lela, y no puedo creer que sienta todo esto.

Es apabullante, aunque no incomodo. ¿Es esto lo que me he estado perdiendo? ¿Lo que tenía miedo de experimentar?

—¿Ves? —Se señala con las manos para mostrarme que no pasa nada y que puedo seguir su ejemplo. Entonces, me siento algo más valiente y me digo a mí misma que necesito respirar.

Es raro para mí, porque es la primera vez que lo experimento, pero es lo que quería, ¿no? Por eso entré a la web de este lugar y rellené el formulario, por eso estoy aquí esta noche, porque quería sentir algo, ser alguien que tiene emociones, conocer a esta Martina, confirmar que no estoy muerta.

—Gracias —farfullo mientras dejo escapar el aire que contenía. Me quito las gafas y las meto al bolsillo de la gabardina color *beige* que me hace sentir un poco Sherlock Holmes.

No levanto la mirada porque no me siento capaz, además de que me parece innecesario del todo que él sea tan consciente de mi

vergüenza. Miro al suelo mientras me bajo, uno a uno, de los preciosos Saint Laurent de diez centímetros, negros, que me regalo mí madre por mi cumpleaños, y permito que la seguridad me arrope mientras me siento un poco orgullosa de mí misma. El enmascarado tiene toda la razón, este es un sitio seguro y tengo que dejar de estar paranoica. Somos dos adultos en un lugar en el que han decidido estar, uno que no tiene nada de malo. Él es solo una persona normal y curiosa que, como yo, ha pagado por lo mismo. Puede que me parezca sexi y que despierte cosas en mí que siempre han estado dormidas, pero eso forma parte de mi propio discernimiento.

Noto su presencia imponente y el calor de su mirada sobre mí, pero no lo miro, y me digo a mí misma que todo está en mi cabeza.

Entonces, es el turno de mi cabello, estoy decidida a ponerme cómoda y vivir esta experiencia de la forma más natural y reconfortante posible, porque no tiene nada de malo, así que me saco la pinza japonesa con la que me sujetaba la melena ondulada en un moño desordenado y esta cae en capas abundantes hasta que siento sus puntas rozarme el trasero. Lo remuevo y me muerdo el labio inferior mientras se me escapa una ligera sonrisa, me río de mí misma y de lo intensa que he sido. Uno a uno, me quito los botones de la gabardina y un vestido rojo, compuesto de un corsé ceñido y una falda con capas se abre paso al exterior. Algo me dice que es demasiado, pero me gusta la moda, me gusta estar guapa y quería sentirme un poco como una muñeca. En mi defensa diré que creía que estaría sola y me apetecía vivir la fantasía mientras me sentía poderosamente sexi. Cuando dejo la gabardina sobre el diván a un lado, se me escapa un suspiro, entonces, un poco más tranquila y segura de mí misma, levanto la mirada bajo el antifaz rojo y me encuentro de lleno con dos glaciales fijos sobre mí cuerpo.

A la mierda mi seguridad.

Se me pone la piel de gallina y se me dispara el pulso al verlo de pie, me recorre el cuerpo de arriba a abajo sin ningún disimulo, y mantiene las manos apretadas en puños, tiene una pose tensa, como si se preparara para atacar. Se me entrecorta la respiración, y

el maldito calor del infierno se desata en mi interior como si le hubieran abierto la puerta e invitado del todo a entrar.

—Quizá me he excedido —murmuro y doy un paso en dirección a la gabardina, pero él camina con decisión, corta cualquier distancia entre los dos y me sujeta por la muñeca. Mis ojos se clavan en su mano sobre mi piel, es cálida, pero no se siente suave, es amenazante, como si pudiera obligarme a permanecer quieta si eso fuera lo que quisiera.

Que me entierren, pero, ¿qué clase de pensamientos son esos, Martina?

—Creí que estaría sola, esto es… quizá es inapropiado.

—NO. TE. LA. PONGAS.

«Oh». Hay algo en su orden que me hace incapaz de hacer una cosa diferente a seguirla.

El calor extraño e intenso me ahoga por dentro, me oprime y me eriza la piel. Me noto del todo sensible, mis pechos doblan su peso y mis pezones se tornan necesitados y doloridos.

Me pregunto si así es como se siente la excitación, como siempre se debería de haber sentido y, si es así, ¿por qué son las órdenes de este hombre las que me ponen cachonda? Su presencia, su olor, su voz. Si Preston me lo hubiera ordenado, le hubiera dado un guantazo y habría puesto los ojos en blanco mientras hago lo contrario a lo que pide, pero hoy me descubro asintiendo, con los labios entreabiertos y los pómulos ardientes debido al estupor delante de un enmascarado como si fuera una chica obediente y sumisa.

—Está a punto de empezar. Siéntate.

Me coloca esa mano grande en el coxis y me guía hasta el sillón que no ocupó antes. Le hago caso y, en cuanto poso el culo en la silla, las luces se apagan del todo y la única luz que se ilumina es la del cristal enmarcado.

Respiro profundo y me obligo a despejar la mente de cualquier otro pensamiento que no sea lo que estoy a punto de presenciar. He venido aquí por ello, he contratado esta sala de observación para que me dé las respuestas que tanto necesito encontrar. Escucho movimiento y centro la mirada en la habitación elegante que ahora

queda a la vista desde el otro lado de la ventana de observación: una cama redonda con el espaldar dorado tallado en madera, sabanas de seda rojas y cojines negros, son el centro de atención. Se me eriza la piel y espero inmediatez, ya sabes, una escena instantánea como en el porno, besos, preliminares sin conexión y una actuación, pero no pasa nada durante unos veinte segundos y empiezo a impacientarme.

Entonces, algo cambia y el movimiento incesante de mi pierna mientras salta en su sitio se detiene del todo. Una chica entra corriendo, grita con la cara desencajada y un semblante sudoroso cargando de terror. Se apoya en todas las paredes mientras suplica ayuda y parece desesperada. Cuando se posa frente a mi ventana, puedo ver lágrimas en sus ojos y me levanto de un salto, corro, poso las palmas sobre el cristal a la altura de las suyas y la observo de lleno.

Parece que ella también me mira.

—Ayuda —solloza y se me cae el alma a los pies—. Por favor, ya vienen.

—¡¿Qué es esto?! —protesto y mi acompañante se pone en pie, da un par de pasos firmes hacia mí y se cierne tras mi espalda, coloca ambas manos a cada lado del espejo, enjaulándome, y me roza la polla dura sobre el trasero.

Me recorre un escalofrío de reconocimiento y me pongo rígida, se me agranda la mirada y trago en seco, se me desboca el corazón. Soy incapaz de mirarlo y estoy demasiado confusa al distinguir que no es miedo o asco lo que me provoca su atrevimiento. Un maldito calor voraz me llena el vientre bajo y me consume de dentro hacia afuera mientras una electricidad estática fluctúa con una fuerza voraz en el centro de mis piernas.

¿Qué me pasa?

—¿Qué haces? —musito en un aliento mientras noto la piel de gallina.

Un grito desgarrador me distrae de mi propia confusión, centro los ojos en el cristal que tengo delante y veo, horrorizada, como cuatro chicos enormes y con máscaras similares a la de mi

acompañante, pero con colores diferentes, han atrapado a la chica y la desnudan de forma brusca en contra de su voluntad.

—¡Oh, Dios! —sollozo y la presión del desconocido se acentúa sobre mí. De hecho, se agacha para restregar aún más su polla contra mi trasero y hunde la dureza de su máscara en mi tembloroso cuello—. ¡¿Qué haces, enfermo?! Tenemos que ayudar a esa chica.

—Ella no necesita nuestra ayuda —bisbisea sobre mi piel y noto el cosquilleo que me provoca el calor de su aliento.

Me marea.

—La están… —farfullo y noto el sabor salado de mis lágrimas, ¿lloro? ¿Qué? Yo, ¿desde cuándo soy el tipo de chica que se enfrenta a los problemas llorando?—. La están forzando.

—¿Es así, *doux caramel*[1]?

Sus palabras hacen que me tense, y un ligero pánico me crispa las entrañas, ¿acaba de volver a usar un apodo cariñoso con alguien a quién acaba de conocer? Es raro, pero, a la vez, es una sensación tan nueva para mí sentirme excitada que me cuesta procesar todo lo que sucede. Él gruñe sobre mi cuello, me hunde los dedos en el hombro y deja sobre él una caricia peligrosa, noto como se estremece, como si sintiera rabia, y el relieve de la máscara se pasea por la sensibilidad de mi piel. Me confunde de tal forma que estoy a punto de gimotear.

—¿Es que no la ves? —pregunto con apenas un hilo de voz, nerviosa y tensa mientras lo miro por el rabillo del ojo—. Grita por ayuda.

—Ellos la ayudarán.

Una oleada de rabia me sobrevuela y me obliga a despertar de la bruma. Me remuevo y me grito que esto está del todo mal, ¡¿cómo puede estar tan ciego?! ¿O es que no le importa una mierda nada que no sea aprovechar la oportunidad que tiene delante y mojar esta noche conmigo? ¿No ve como esos cuatro tíos enormes y con malas intenciones van a destrozar a esa chica? Ella huye de ellos, ¿cómo puede llamar a eso «ayuda»? Y, lo más importante, ¿con qué derecho se cree para estar tan cerca de mí?

—Apártate —le ordeno y me tenso cuando sus manos me acarician el muslo.

—Mira de nuevo, caramelito.

«No soy tú puto caramelo», me apetece gritarle y conseguir que se aparte de mí de una vez, pero, por alguna estúpida razón, no es lo que hace mi cerebro. Levanto la mirada y se me cae la mandíbula al suelo al ver que, los gritos desesperados de la chica, son ahora gemidos ahogados de placer. Ella está tumbada sobre una especie de camilla con la cabeza fuera y colgando hacia abajo mientras uno de los chicos, el más alto de todos, de máscara roja y cabello negro azabache, tiene la polla dura como una piedra hundida hasta el fondo de su garganta. Otro, de piel marrón clara, máscara verde y cabello rizado, está a su izquierda y le lame un pezón, un rubio corpulento se posiciona la máscara amarilla sobre la cabeza y se hunde en medio de sus piernas mientras la saborea, y un chico más ancho, de máscara naranja y de cabello oscuro le devora el otro pecho y se lo engulle entero mientras le acaricia la cabellera al de pelo rubio y lo mira con sus ojos de colores desiguales, es como si lo animara con cada mirada, con cada caricia.

¿Qué cojones?

—¿Cuándo ha pasado esto? —farfullo—. La perseguían.

—Ella lo quería. Las fantasías se pactan por adelantado.

Una oleada de comprensión me golpea y me siento tonta, pero, a la vez, estoy muy mareada y confusa con el olor, el calor y la presencia imponente de este desconocido. No entiendo cómo o por qué me afecta tanto, no entiendo por qué, de todas las personas del mundo, encuentro a la única que me despierta y me enciende en este lugar, pero me noto ligera mientras me permito reposar la cabeza en su ancho pecho y me pregunto si sería realmente tan malo dejarme llevar como lo hace esa chica.

«Ella lo quería».

«Las fantasías se pactan por adelantado».

—¿Por qué has venido aquí, *ma petite curieuse*?

Es una buena pregunta.

He venido a perseguir algo, a comprobar algo… quizá justo esto. He venido a saber si soy capaz de sentir lo que hasta ahora he

considerado imposible y sin sentido. He venido a recordarme que tengo una vida que es mía y que quiero vivirla con la mayor intensidad aún si eso implica cometer ciertos errores.

Rectificar es de sabios, pero primero hay que errar.

He venido porque no soy ni quiero ser una copia de mi madre, ni la niña de papá, a la que empareja con los hijos de sus amigos, tampoco quiero ser una ingenua o una mujer que, hasta antes de entrar aquí, temía ser asexual porque nada la entusiasmaba.

Me doy la vuelta y todo es tan abrumador que me desarma.

La boca cálida del hombre imponente que tengo ante mí está muy cerca de la mía, y desearía que no estuviera separada por la rigidez del plástico de una máscara. Él está encorvado para mitigar la diferencia en nuestras alturas y eso me parece un acto considerado. Sus ojos brillan de deseo, me desnudan, sus palabras no pronunciadas me retumban en el interior y la forma en la que ladea la cara enmascarada me retuerce las entrañas.

Así que, ¿es así cómo se siente que alguien te mire con verdadero deseo? Este hombre no está aquí por mi padre, no me mira así porque se lo impongan, ni siquiera está aquí por mí. Al igual que yo, él solo quiere vivir el momento y sentir… algo.

Siento que ante él puedo ser libre, puedo ser lo que quiera ser a partir de este momento, una Martina diferente.

Una Martina que elige vivir a su manera.

Creo que es así y me siento igual. No sé quién es, no conozco a sus padres, su trabajo o el dinero que gana al año, no sé si le caería bien a papá o si mamá lo aprobaría, pero estoy del todo perdida en su magnetismo y en cómo me hace sentir la forma en la que me desea.

—He venido a sentir cosas… cosas nuevas —contesto con apenas un hilo de voz.

—Puedo ayudarte con eso, caramelito.

No sabía que los acentos podían ser algo erótico; de hecho, el francés me importaba una mierda hasta escucharlo en esta entonación y saliendo de esos labios ocultos. Labios que pierdo la esperanza de ver porque él eleva una venda oscura y me la ata sobre los ojos.

—¿Qué… qué haces?

—Hacer que la sensación se multiplique.

Una fuerza bruta me empuja hacia atrás y mi espalda aterriza sobre la calidez de la tela en la pared, unos labios me engullen, se funden con los míos, se pelean y los destrozan como si los odiaran, y me provocan una explosión de sensaciones que ni siquiera soñaba con experimentar.

Joder.

Un sinnúmero de sabores eclosiona en mis papilas gustativas, mi lengua no da a basto y lucha por seguir el ritmo del desconocido, mientras me dice que él sabe a delirio, a pasión y a cosas nuevas.

A partir de ahora, puedo volverme adicta a besar si la boca del otro sabe de esta manera.

Nuestros labios encajan en cada movimiento cargado de ansia, un anhelo inherente explota mis sentidos, demasiado sobreexcitados por la falta de la vista, me gritan mientras se adaptan a la intrusión, a la humedad abrasadora, al regusto a bourbon y a la suavidad de su boca, solo que no es un beso suave, la forma en la que me devora me deja sin aliento, me reclama, me engulle y me roba la cordura mientras amenaza con transportarme a otra realidad.

Nunca me habían besado así y es una locura como puedes vivir sin algo durante toda tu vida solo porque no sabes lo que te pierdes, pero una vez lo experimentas, lo necesitas.

Sin darme cuenta, envuelvo las manos en su cuello y lucho por burlar la diferencia en nuestras alturas. Me estiro de puntillas para fundirme más con él, da un paso atrás y me quedo vacía por un momento, con sensación de soledad y frío, en el limbo, pero entonces tira de mí, su impulso me levanta como si yo fuera una pluma y, como si fuera un acto reflejo, envuelvo las piernas sobre su cintura y jadeo cuando me presiona la erección sobre el coño expuesto.

Hostias.

Hundo las manos en su pelo mientras lucho por adaptarme a su ritmo y me descubro acompañando sus movimientos mientras su bulto resbala con facilidad, porque estoy mojada y se siente genial.

—Estoy seguro de que nunca has sentido una polla como esta, caramelito —bisbisea y se me agranda la mirada cuando presiona con más ímpetu y siento su longitud completa y su alucinante grosor.

Joder.

No puedo hablar porque vuelve a devorarme la boca. Devorar, porque llamar a esto besar es una jodida blasfemia. Esto no es besar, es absorber el alma, reclamar, adueñarse, poseer a otro ser humano a través de su boca sin que pueda hacer nada para evitarlo.

Los gritos del fondo se escuchan más fuertes ahora, y me pregunto si el desconocido presionó una especie de botón para elevar el volumen. Los gemidos femeninos son delirantes y frenéticos mientras que los gruñidos masculinos son más guturales y acompasados. Parecen tan reales, tan de verdad. Se me eriza la piel y noto que mi propia necesidad y deseo se multiplican.

La fricción entre mis piernas amenaza con desbordarme, pero necesito más y muevo mis propias caderas para conseguirlo mientras aparto los labios de los suyos, echo la cabeza hacia atrás y gimo porque me apetece. Le sujeto el cabello castaño, hasta ahora perfectamente peinado, y lo empuño con fuerza. Le lamo el cuello y lo igualo en intensidad solo porque quiero. Me mordisquea el hombro y se me escapa un quejido, entonces me presiona la espalda con más fuerza contra la pared y utiliza las dos manos para bajarme los tirantes del vestido, que tiene el sujetador incorporado. Mis pechos saltan libres y noto los pezones endurecidos del todo, pero no por mucho tiempo. Grito cuando se ven invadidos porque él los empuña con ambas manos, los une, los succiona y los amasa mientras se hunde muy fuerte entre mis piernas para que no me resbale. Grito cuando el calor y la humedad de su lengua tantea ambos pezones a la vez, juega con ellos, les da pequeños mordisquitos y noto corrientes eléctricas en la columna que no había experimentado jamás. Es demasiado. Aprieto los ojos ya cerrados y disfruto de la locura y la total oscuridad mientras me lame, me chupa, me mordisquea y me reclama los pechos como si fuera el único dueño de mi piel sensible. Sé que me dejará enrojecida.

—Oh, Dios —gimoteo y se aparta un poco, pero mantiene mi pezón entre los dientes unos segundos hasta que al fin lo suelta.

—Dios no te hace esto, caramelito, soy yo, pero no puedes gritar mi nombre porque ni siquiera sabes como me llamo, ¿no es así, *petite curieuse*? ¿Eso lo hace más excitante?

Asiento y sonrío despacio, porque, en realidad, sí que lo hace más excitante.

Craso error.

Él no sonríe conmigo, o es lo que creo, porque me desenreda de su cuello, me deja de pie en el suelo, me da la vuelta y me pega los pechos y la frente contra el cristal.

—Escucha —ordena y lo hago mientras noto como mi vestido y mis bragas se deslizan por mis piernas y caen. Entonces una mano grande me envuelve el coño desnudo. Chillo cuando me lo aprieta, pero entonces recibo una mordida en el hombro que me hace chillar más fuerte—. He dicho que escuches, no que puedas gritar, joder.

Se me acelera el corazón y noto algo de pánico, el tono oscuro de su voz me recuerda que hay algo que está muy mal en todo esto y me tiemblan los labios, pero soy incapaz de parar.

—Voy a quitarte la venda solo un momento, pero si me miras, pagarás las consecuencias.

Hace lo que dice, la venda desaparece de mis ojos y se desliza sobre mi cuello, me cuesta adaptarme de nuevo a la luz, pero enseguida enfoco la escena que se desarrolla delante de mí: la chica está tumbada entre dos de los chicos, recibe a uno por delante y al otro por detrás mientras gime y los monta como si fuera una amazona. A su izquierda, el chico corpulento de la máscara naranja domina boca abajo al rubio de la máscara amarilla.

—Joder —gimoteo.

—¿Crees que necesita ayuda ahora? —pregunta y me pone la venda en los ojos antes de que pueda siquiera intentar girarme para verlo—. ¿O la ves tan a gusto que quieres ocupar su lugar?

¿Ocupar su lugar?

No digo nada y creo que me castiga por ello, porque me da una palmada en el culo desnudo con agresividad. Chillo e intento ladear la cabeza, pero agarra el cabello con ambas manos y me retiene con fuerza.

—¿Qué haces?

—¿Quieres ser ella? —pregunta, pierdo presión en el pelo y noto como me hunde una mano enorme entre los pliegues húmedos. Se me abre la boca del todo, debido a los jadeos, convulsiono despacio y casi siento ganas de sollozar mientras noto el placer más intenso que he sentido en mi vida, mezclado con un poco de dolor. Esto es tan nuevo, es… joder es increíble—. ¿Quieres saber lo que se siente tener dos pollas dentro de ti, caramelito? ¿Correrte sobre ellas? ¿Mojarlas con tus jugos mientras crece un orgasmo tras otro en tu interior por lo mucho que te llenan?

Grito cuando mueve un dedo muy rápido, de arriba hacia abajo, encima de mí clítoris hinchado, y me noto tambaleante, sin fuerzas, mientras mi cuerpo convulsiona despacio debido al placer que lo bombardea. Mis pechos se estimulan contra el cristal con cada respiración. Tiemblo y noto como el placer se infla dentro de mí como si se tratara de un globo, mi cerebro se encuentra mareado, desorientado y excitado por el tono en el que este desconocido acaba la palabra «caramelito», como si fuera un gruñido sexi y enfadado que me pone a cien. No tardaré nada en explotar, estoy muy húmeda y jamás había estado tan excitada.

—¿Quieres correrte sobre los dedos de un desconocido, *doux caramel*?

Asiento mientras gimo y digo que sí al ritmo de su estimulación. El calor me corroe las venas y las noto muy hinchadas mientras un cosquilleo ruge por explotar.

—Entonces responde a mi pregunta y lo tendrás, ¿quieres ser ella?

¿Quiero ser ella?

Ahora mismo estoy tan ida debido al placer que no lo tengo nada claro… O sí.

—Hoy no, pero quizá algún día.

—Buena respuesta.

Entonces todo se distorsiona, gimo en alto y sin pudor. Me sujeto con fuerza a su camisa y me rompo sobre su mano en un millón de pedazos.





CAPÍTULO 7

El caos no es un enemigo, es combustible que lo convierte todo en movimiento.

Toronto. 9 de octubre.

Siendo el dueño del establecimiento fue fácil para mí ver su solicitud, aunque, ¿me sorprendió? Por supuesto.

Vale que ideé este plan para que ella cayera y es justo lo que hizo, pero no me lo esperaba. Inundé su móvil y su portátil con mensajes subliminales e imágenes del local, la vi investigar sobre el lugar a través de sus búsquedas de internet y vi cómo se sonrojaba y se mordía los labios debido a la curiosidad y el interés a través de las cámaras que puse en su piso antes de que ella se instalara. Solo soy culpable de ser precavido, denunciadme por ello.

La cosa es que sí, la vi prepararse para venir hacia aquí esta noche y sabía que nos íbamos a encontrar. Tenía un plan

estructurado para ello, iba a ser coser y cantar, enviar a esta chica de vuelta por donde había venido, pero se me ha ido de las manos.

Puede, y solo puede, que tenga algo que ver con el hecho de que su sola imagen me la pone como una piedra, y que me he pajeado esta semana viendo como se adapta al nuevo piso y lo hace un poco suyo, mientras estudia a los jugadores más que en toda mi puta pubertad.

Empiezo a estar muy intrigado del magnetismo que siente mi cerebro hacia esta chica.

De todas formas, no creí que nada de esto fuera a funcionar, y menos que pudiera acabar de esta manera, con ella descendiendo obediente mientras le empujo los hombros hacia abajo para que se ponga de rodillas para mí.

Es confusa y, a la vez, apabullante, la forma en la que deseo ver como esos gruesos pintados de color burdeos se enroscan alrededor de mi polla.

—Abre esa preciosa boca para mi, caramelito.

El movimiento es leve, se sonroja y le tiemblan los labios, parece algo confusa, como si dudara de la decisión o de lo rápido que avanzamos durante un par de segundos. No se lo permito, aprovecho la hendidura, me empuño la base de la polla y se la introduzco hasta el fondo de la garganta, provoco que se ahogue y se le resbalen lágrimas por debajo de la cinta que le cubre los ojos. Me da un par de golpecitos en el muslo, pero cuando le sujeto el cabello y me mantengo en su tope durante demasiados segundos, solo los utiliza para sostenerse en mí.

—Joder, qué bien aguantas, caramelito, eres toda una apneísta —la alabo cuando al fin le saco la polla unos centímetros de la boca y le permito respirar.

Hago lo mismo otras tres veces, solo porque me encanta verlo, así como la sensación de placer que me provoca. Cuando al fin me retiro del todo, la bocanada que toma es sonora y excitante, me hace estremecer. Ella recupera el aliento y yo me deleito al mirarla con la cara enrojecida, las mejillas llenas de lágrimas, y cuello y pechos empapados de saliva y líquido preseminal.

Es jodidamente hermosa, delicada, lista para destrozar.

—No puedes verlo, pero has hecho un desastre en mi polla, caramelito, quiero que la chupes hasta que la dejes jodidamente limpia.

Noto como se encoge sobre sí misma, pero parece insuflarse valor y tomar la decisión por sí sola. Eleva una mano y me empuña la base, se le escapa un jadeo mientras repasa a conciencia su largura y grosor, con movimientos envolventes, de arriba hacia abajo.

Me vuelve jodidamente loco.

Martina saca la lengua, tímida y curiosa, y me tantea el glande como un gatito adorable, asustado y sediento, pero estoy desesperado, loco y embriagado de un placer que no había experimentado en años, asombrado por la intensidad y la lujuria que esta mujer me provoca. Le agarro el cabello con más fuerza y pongo mi rostro a la altura del suyo.

—¿Crees que es así como se chupa una polla, *doux caramel*? —Se estremece, sus pechos saltan junto a su respiración y, por un segundo, me embelesa el movimiento—. Métetela en la boca y succiona, joder.

Asiente despacio, y hace lo que digo.

—Mueve la cabeza, ¿es que es la primera polla que te metes en la boca?

Su estupor la delata, no hace falta que lo diga con palabras porque su cuerpo me da la respuesta.

—¿Es eso, caramelito? ¿Soy el primero en follarte la boca? —Se atraganta y gimotea cuando tomo el mando y me hundo hasta el fondo de su garganta—. ¿Vas a ser una buena chica y dejar que me corra en tu boca? ¿Quieres saber cómo se siente eso, *ma petite curieuse*? ¿Que aumente el desastre y te llene la boca con mi semen?

Martina se estremece, pero no dice que «no» ni niega con la cabeza. Ataco su boca de la forma en la que me apetece hacerlo, como un jodido desquiciado.

—Eso es, joder, caramelito, estas hecha para mi polla. Succiona, no pares. —Ahora le agarro el cabello con ambas manos, me

agarro a ella con fuerza para no delatar mi propio temblor y guío cualquier movimiento de su cabeza mientras la uso para mi placer y ella me lo permite—. Qué buena chica eres, caramelito, que bien lo haces.

No puedo respirar. Ella apenas hace nada, solo succionar mientras le follo la boca de forma salvaje, pero es su sola presencia y docilidad la que me tienen a punto.

—Deberías ver cómo te ves desde aquí arriba. Eres una jodida obra de arte con mi polla entre los labios.

Gime y asiente mientras me succiona con vehemencia y me pierdo. Ver esto es mi perdición. El placer me invade todas las terminaciones nerviosas del cuerpo, me desborda, me tensa por completo y se derrama en el interior de la boca de Martina mientras emito un quejido ahogado.

Ella traga con dificultad alrededor de mi polla y lo hace una vez más cuando, al fin, la saco y la dejo libre, entonces hago una locura, solo porque es lo que me apetece, recojo cada gota de mí que se ha escapado de su boca con los dedos y lo devuelvo a su lugar, entre sus labios, en su interior. Es ahí donde quiero todo mi jodido semen a partir de ahora.



CAPÍTULO 8

A veces, algo bueno también te arruina.

Toronto. 9 de octubre.

Tiemblo mientras recupero el aliento y miro a Martina de rodillas en el suelo. Ninguno de nuestros psicólogos anteriores me lo había puesto tan fácil y tan difícil a la vez. Nunca uno de ellos puso un pie aquí antes del primer día de trabajo, aunque con todos apliqué el mismo plan: atraerlos al local y grabarlos mientras veían sexo en directo, o lo mantenían con alguno de los empleados para luego chantajearlos y que se fueran. Es un plan brillante, lo pongo en práctica desde hace mucho tiempo y nunca me había planteado que los chicos y yo interviniéramos de forma personal, hasta que apareció ella.

No puedo creer que esto esté sucediendo, a pesar de la semana intensa que he tenido mientras la observaba y me tocaba a mí mismo en su nombre, tenía mis dudas sobre si podría funcionar al tenerla de frente, ponerme duro por ella, correrme en su jodida boca, pero está siendo… fácil, como si

nunca hubiera estado enfermo, como si no llevara siete años viendo a mis amigos follar y lidiando con un jodido bloqueo ni con las imágenes de aquella horrible y asquerosa mujer.

No es que queramos ser unos capullos con todos los profesionales de salud mental del equipo, es que, cuando guardas un secreto como el que guardamos nosotros, ese tipo de personas se convierten en enemigos potenciales. Ahora Martina lo es y, debido a eso, no debería sentir tal necesidad de follarla, pero la siento, y esa puede convertirse en mi mejor forma para destruirla mentalmente y que se vaya por donde ha venido.

Es una locura tener todo esto de vuelta después de siete largos años.

El calor en mi sangre amenaza con entrar en ebullición y noto cómo me pongo duro de nuevo solo por observar como Martina recupera el aliento. Sus mejillas rojas se hacen con todo mi interés, sus labios carnosos entreabiertos, el hilo de sudor que le cubre la sien y los rizos pegados a su piel. Sus pechos son abundantes y respingones, perfectos para mi mano, y sobresalen libres por encima de la única prenda de ropa que le queda en el cuerpo: el corsé, no he intentado tocarlo porque ni siquiera sé cómo cojones se quita esa cosa, parece un instrumento del infierno increíblemente sexi.

Necesito saber por qué es su primera experiencia con el voyeur, y por qué justamente ahora. En realidad, hay muchos detalles de esta chica que me causan curiosidad y eso es una puta molestia porque, en general, toda persona que no sean mis chicos, me importa una mierda, incluida mi familia, así de dañado estoy… desde aquel maldito verano.

Martina.

Mis ojos se centran en la venda que cubre los suyos cuando le sujeto el cabello de la nuca y le acaricio la barbilla. ¿Cómo puede estar esta chica tan sola, desprotegida, alejada de su casa y a mi jodida merced? ¿Por qué cojones ha tenido que venir a parar aquí, entre las garras de un halcón? Es el único

lugar de donde no puedo sacarla si consigue husmear demasiado.

Según mis investigaciones, el dulce caramelo que se derrite entre mis manos viene de una familia de clase media alta de Boston, su padre es un empresario aplicado, su hermano casi se convirtió en una estrella de la NBA, pero enfermó y tuvo que retirarse. Su hermana mayor es abogada, pero no hay mucha información sobre ella, lo cual es extraño, y su madre, hija de emigrantes mexicanos, fue la secretaria de su padre antes de que su anterior esposa se suicidara y ella tomara el relevo en la cama del magnate, si es que no lo había tomado antes. Todo eso es información pública que he sacado de internet y redes sociales sin siquiera esforzarme.

Martina, por su lado, es lista, quiere y es querida, pero finge la sonrisa. Eso es otro de mis motivos de curiosidad y el único que supongo que la impulsa a aceptar esta oportunidad de trabajo en vez de elegir la opción más segura, trabajar duro para un equipo local en Boston o esforzarse aún más y crear una buena cartera de clientes en una consulta privada. Las chicas como ella no suelen tener ese tipo de aires de independencia y, aunque la oportunidad de trabajar para un equipo profesional siendo una recién graduada es buena, no es la mejor cuando está tan lejos de casa, de su seguridad y del imbécil estirado con el que mantenía una relación, pero al que, como acabo de comprobar, nunca le había chupado la polla.

—¿He estado bien? —pregunta con voz temblorosa.

Me gusta su voz taimada, la forma en la que tiembla, como sus pechos me apuntan y el modo en que, de rodillas, suplica por mí.

—Te follé con mis dedos —le explico con seguridad—, hice que lo empaparas todo y luego tú me recompensaste con lo mismo. Es todo con lo que tienes que quedarte.

Ni de coña le voy a confesar como un friki que su boca es un jodido paraíso que parece haberme despertado de la pesadilla en la que llevaba siete años. Desde que me pasó aquello, no soporto el hecho de ver a las mujeres disfrutar, bueno, en

realidad, no es así, solo odio un tipo específico de disfrute femenino, en el que ella lleva el control. Por eso me gusta ver como mis amigos someten a chicas, forma parte de la manera en la que nos redimimos y asesinamos de nuevo a esa perra. Aún con ello, había días en los que no conseguía funcionar, ni sentir… nada.

Un gruñido gutural rompe el aire y Martina se estremece. Elevo la mirada hasta la ventana de observación y descubro que la escena que allí se representa es digna de ser admirada. Localizo la máscara y me la pongo, sujeto a Martina y la ayudo a levantarse, la envuelvo por la espalda y hago que sus tetas desnudas choquen contra el cristal. Entonces, le retiro la venda y ella centra la mirada en el hombre que acaba de gruñir, Kirian, acaba de correrse dentro del culo de Gideon y este yace debajo de él sin apenas aliento.

Me cabrea saber que mañana tendré que lidiar con las consecuencias que va a acarrear todo este numerito.

—Eso parece intenso —musita Martina, pero soy incapaz de apartar la vista de su silueta de espalda, desnuda.

Doy un paso atrás y vuelvo a notar la fuerza de mi erección. Su trasero es prominente y respingón, y tiene caderas y piernas gruesas, pero su cintura es pequeña. El cabello color miel me oculta parte de su cuerpo, es abundante y rebelde, y casi parece demasiado para ella, que mide, más o menos, un metro sesenta y cinco. Comparado con mi metro noventa y dos, es una puta miniatura sin los centímetros extras que le ofrecían los tacones y, aunque me apetece follarla, algo dentro de mí se rompe cuando me recuerda que quizá ella no podrá soportarlo, es demasiado delicada, tendré que contenerme y no estoy seguro de poder hacerlo después de siete años sin estar dentro de una mujer.

No me importa, al fin, después de tanto tiempo, me apetece follar con una chica. Si contenerme es el precio *ipso facto* que debo pagar por ello, bienvenido sea.

Martina se gira para mirarme antes de volver a contemplar la escena. Kirian sale despacio del interior de Gideon y le acaricia

el cabello rubio, pero este le aparta la mano con un golpe seco, se endereza como si estuviera frustrado, recoge la ropa y se marcha del lugar mientras Kir refunfuña. Ya decía yo que mañana esto nos explotará a todos en la cara.

—No parecía muy contento —murmura Martina por lo bajo.

—Odia sus deseos —le confieso y, no sé por qué cojones lo hago, pero voy en piloto automático—. Le generan vergüenza, no es capaz de cargar con el peso de sus propias decisiones.

Ella se gira por completo y centra su atención en mí. Me observa de arriba a abajo y se ruboriza aún más cuando ve mi polla erecta, brillante de deseo y vigorosa. Entonces, algo destella en sus ojos, algo que me desconcierta por completo, pero que me enciende de una forma tan voraz que soy incapaz de controlarme… ¿curiosidad?

Corto cualquier distancia entre nosotros y mi mano le abarca toda la barbilla cuando la agarra, ella gime, pero noto como sus pezones apuntan de inmediato en mi dirección mientras el pecho le sube y le baja con grandes respiraciones.

—A veces deseamos lo que deseamos, aunque no podamos soportar asumir las consecuencias.

Le sostengo la mano y se la elevo en el aire antes de posarla sobre mi pecho. Es mucho más pequeña y frágil de lo que recordaba, y escucho una vocecita en mi cabeza que me dice que esto no puede funcionar, pero no me detiene. Voy sin frenos y a toda velocidad, jodidamente dispuesto a estrellarme. Hago descender la mano de Martina hasta que está de lleno sobre mi polla y a ella se le agranda la mirada.

—¿Y tú, *petite curiose*? ¿Estás dispuesta a asumir las consecuencias por aquello que deseas?

Espero que diga que no, que me pare, que aparte la mano y huya despavorida, pero se le dilatan las pupilas, sus ojos pierden del todo el verde y solo puedo ver en ellos oscuridad.

Es como si la bestia que vive dentro de ella se comparara con la mía, como si deseara igualarla, como si la invitara a jugar.

Doy un paso atrás y me desabrocho la camisa, intento que el subir y bajar de sus pechos no me hipnotice del todo mientras

me desnudo por completo.

—¿Todavía quieres sentir cosas nuevas? —La voz me sale ronca y grave, la piel me arde y la polla me salta, deseosa, apenas me reconozco, pero Martina asiente despacio y se muerde el labio inferior después de unos segundos de duda, eso aumenta mi impulso, ya de por sí desenfrenado—. ¿Una polla nueva, *petite*? —Sonrío y me miro la polla un par de segundos mientras hago que se mueva de arriba a abajo, como si la saludase. Martina forma una «o» con la boca y ahoga un jadeo —. ¿Crees que serás capaz de soportarme, *caramelito*?

Mi polla se yergue en toda su gloria, con toda su longitud, y yo mismo me maravillo al ver todas mis venas marcadas. Nunca la había notado tan dura, y menos después de aquel día cuando ella me… ¡no! No dejaré que ese maldito día se cuele en este momento y lo arruine, no ahora que he llegado más lejos que nunca, no ahora que hundirme en el interior de la mujer que tengo enfrente es lo único que puedo desear.

Encima, Martina asiente, despacio, no se echa atrás, no se retira a pesar de que tengo un tamaño intimidante. No puedo resistirme al calor que irradia su piel y la forma en la que llama a la mía. Necesito tocarla, recorrer su contorno con los labios. Ella parece un imán y soy incapaz de resistir su fuerza, incapaz de rechazar esta atracción, aunque no la entienda.

—Te dolerá —le advierto y noto que me descontrolo.

Una bruma de euforia me engulle por dentro y me grita que debo poseerla.

—No creo que pueda follarte suave.

Martina Traga en seco.

—Voy a perder el control en cuanto me dejes estar dentro de ti, *caramelito*, lo noto. Voy a follarte tan fuerte que me grabaré en cada espacio de tus entrañas, y vas a gritar como esa chica gritó mientras cuatro tíos la proclamaban. —Tiene los ojos aguados y brillantes, le tiemblan los labios y se los acaricio con el dedo a la vez que aprieto un poco más fuerte su mandíbula—. Puede que llores y que quieras golpearme, puedes hacerlo, pero eso solo va a conseguir que me excite más y te folle más fuerte.

Es una lástima que no puedas conocer mi nombre para que pueda oírte gritarlo con todas tus fuerzas.

Ella no sabe quién soy, pero pronto lo sabrá.

—Eso es lo mejor —bisbisea despacio y noto como se me engrosa la polla aún más. Sonrío.

—¿Quieres que te folle un extraño, *petite*? ¿Que te destroce el coño alguien a quien no conoces de nada? ¿Que te rompa mientras te come los pechos y te deja marca?

Voy demasiado lejos, lo sé, y la noto temblar con cada una de mis palabras, pero mi mente no quiere reparar ahora mismo en la cámara que nos graba. Tampoco quiere recordar los motivos por los que vine aquí esta noche ni como trunca esto mi plan inicial. Un vídeo en el que disfruta de un espectáculo de sexo en directo, uno en el que la follo con mis dedos u otro con mi polla. En mi opinión, es pura semántica y no hay diferencia ninguna, cualquiera de ellos la impulsará a irse lo más rápido posible de aquí, así que… a la mierda.

Somos personas adultas y se lo he advertido, pero ella me desea tanto como yo la deseo a ella.

A la mierda.

Martina jadea debido a la sorpresa cuando le sujeto el cabello y la empujo hacia abajo. Se tumba sobre el suelo y se le agranda la mirada llena de dudas cuando caigo delante de ella, sobre la tela acolchada, de rodillas. Le abro las piernas con rudeza y le vislumbro la brillante humedad en el precioso coño empapado. Se me escapa un gruñido, es precioso, y ningún coño antes me había enloquecido cual animal en celo. Me digo mentalmente, por un segundo más, que no debería hacer lo que estoy a punto de hacer, pero no puedo evitarlo. Gruño desesperado mientras le vuelvo a atar la venda en los ojos, luego la elevo por las caderas, me levanto la máscara por encima de la nariz y hundo de lleno la lengua en medio de sus pliegues. Chilla y aprieta los puños, se remueve y tiembla como un animalito salvaje hasta que se adapta a la voracidad de mi ataque.

La devoro.

Joder.

Hacía años que no era capaz de hacer esto; de hecho, sé que no soy un experto, pero no puedo ser amable ni delicado con ella en nada, ya se lo había advertido.

Martina tiene un coño increíble y, para mi desgracia, exquisito.

—Vas a matarme —gime mientras intenta apartarme. Es hipersensible y, como golpeo con voracidad y certeza en los puntos correctos, su cuerpo no para de temblar. Sé que está en el límite—Ay, joder. ¡Ay. Dios. Mío!

Estoy acostumbrado a las mujeres y sus diversas reacciones, incluso cuando no intervengo, soy un gran observador. Veo porno de forma regular en busca de sensaciones y también observo a mis amigos. A lo que no estoy acostumbrado, porque no me ha pasado jamás, es a chorrear líquido preseminal por el sabor de los jugos de una mujer después de que se corra en mi boca, a disfrutar tanto de ellos que me siento incapaz de soltarla.

No puedo soltarla, ni siquiera por el hecho de que convulsiona en mi boca y me suplica que pare.

Como necesito acallar mi cabeza, me incorporo y la beso en la boca para que disfrute de su propio sabor. La beso con la única intensidad que conozco, mientras me acomodo del todo entre sus piernas. Martina jadea y envuelve unas manos temblorosas alrededor de mi cuello, me acaricia la nuca, intenta seguirme el ritmo y, por alguna razón, no me siento extraño a su contacto. Eso me excita aún más. Noto que vamos a salir ardiendo. Me bombeo la polla despacio mientras lucho por no acabar aquí y ahora, y es entonces cuando entiendo lo que me pasa… y es jodidamente grave.

—¿Por qué quieres nuevas sensaciones, *caramelito*? —le pregunto con severidad antes de cernirme del todo sobre ella. Gimotea ante mi peso, pero se acomoda debajo de mí y lucha por respirar jadeante.

—Estoy harta de no sentir nada —murmura tan bajo que apenas puedo escucharla, pero lo hago y eso me envalentona.

No sé si ella ha venido aquí por una razón mayor. Se supone que siempre debo desconfiar, pero creo que es imposible. Mis halcones y yo no dejamos huellas, ni cabos sueltos, ni rincones por investigar.

—Espero hacer que sientas algo.

—Espe…

Me hundo dentro de ella hasta la mitad de mi longitud, y solo porque algo me detiene. Mi intención era hacerlo hasta el final, rudo y sin piedad, de un solo empellón, tal y como le he prometido, pero encuentro resistencia y me quedo estupefacto.

Martina grita con todas sus fuerzas debajo de mí, arquea la espalda, me araña el pecho, tiembla, solloza y se retuerce mientras intenta respirar. Me acomodo la máscara para comprobar que no se ha movido y la miro desde arriba, luego me fijo al punto en el que nos unimos y veo cómo unas gotas de su sangre me empapan la polla, la polla que he metido descubierta porque estoy tan embobado con esta chica que no me he puesto un jodido condón.

Me cago en mi vida.

Me explota el puto cerebro y creo que me voy a morir.

Soy grande y grueso, las pocas chicas con las que consigo follar siempre necesitan mucha preparación para estar conmigo, pero nunca había hecho sangrar a nadie de esa manera, por lo que eso solo puede significar una cosa y, joder, no me gusta un pelo.

—No me jodas —gruño—. ¿Por qué coño vienes a un club voyeur si eres virgen?

La pregunta me sale de la boca antes de que pueda controlarla y me doy cuenta de que sueno demasiado duro, demasiado implacable, demasiado enfadado, cuando ella me mira a los ojos y veo lágrimas en ellos. Entonces lo sé, lo comprendo, conozco cómo se siente ser un condenado.





CAPÍTULO 9

El que hace las cosas de corazón, hasta cuando pierde, gana.

Toronto. 9 de octubre de 2030

—Ya te lo he dicho —farfullo con un hilo de voz mientras me adapto a la intrusión y muevo las caderas despacio para que el dolor desaparezca.

Me encojo sobre mí misma y lucho contra la vergüenza, el ardor y las lágrimas. Dijo que dolería, pero lo último que imaginé es que acabaría llorando como una cría.

Estaba saliendo bien, joder, realmente lo disfrutaba, hasta que tomó la decisión de ser un bruto y hundirse dentro de mí con la fuerza de un animal. Me extraña poder respirar todavía, porque, por un momento, creí que me partía en dos desde dentro, no podía moverme y lo único que me apetecía era pegarle; así que lo hice, le di golpes y lo arañé en el pecho, le devolví así un poco de su propia medicina.

—Espera. —Se me agranda la mirada y, por un momento, la bruma desaparece ante el alivio—. Seguía siendo virgen.

Lo sabía, sabía que no podía haber tenido un episodio tan fuerte como para haber pasado por alto algo así.

—¿Es que tenías dudas? —Su voz me recuerda que no estoy sola y toda la situación que vivimos se reinicia para mí.

—Retiro lo dicho —farfullo con voz ahogada, mientras él se mantiene estático dentro de mí—, sentir cosas nuevas está sobrevalorado.

Se me mueve el pecho y se le escapa de la garganta un sonido y ronco que identifico como una risa disimulada. Por un segundo, me encantaría poder ver su rostro sin la máscara y saber cómo es mientras sonríe. Algo me dice que su rostro es una pasada.

—No lo entiendo —murmura y su cerebro parece trabajar a kilómetros por segundo. Está tenso como un muro y casi parece que sea él quien acaba de pasar por semejante dolor.

—No hace falta que entiendas nada. Estaba aquí porque quería y he hecho esto porque quería, pero ya no estoy segura. Dijiste que dolería y lo ha hecho, así que ya puedes salir de mí y alejarte.

—Debiste habérmelo dicho —sentencia en tono enfadado y hunde la máscara en mi cuello. Su aliento me hace cosquillas agradables y, a la vez, me da escalofríos—. No me gustan las vírgenes.

¿Qué? ¿Acaba de…? ¿Qué se supone que debo responder a eso? ¿Lo siento?

Esto es incomodo.

—Vale, ¿puedes apartarte entonces?

Me empiezo a impacientar y me pican las lágrimas en los ojos, pero él se yergue sobre mí, me aprisiona ambos brazos y emite una risa seca y maliciosa que me pone la piel de gallina y hace que, el calor que se había dormido dentro en mi interior, se reinicie.

—No me gustan las vírgenes, *caramelito*, pero tú ya no lo eres.

Buen punto.

No puedo objetar a su lógica y no me lo permite, se eleva la máscara por encima de la nariz y ataca mis labios antes de que me dé tiempo a observar sus facciones. Me roba la voluntad. Me ahoga y me emborracha con el sabor de su saliva. Quiero replicar ante ello,

una parte de mí se muere de miedo de que él reinicie sus movimientos y vuelva a aparecer esa cantidad de dolor que me siento imposible de manejar, o de que no se detenga si se lo pido, pero la pasión está de vuelta, mi cerebro parpadea con ansías, como si nunca se hubiera apagado y, cuando él cambia la sujeción de mis manos a solo una de las suyas, y me amasa los pechos con la otra, gimo como si acabáramos de empezar.

—Joder —bisbisea sobre mis labios e inicia en mi interior movimientos firmes, pero suaves y deliciosos—. Me estas estrangulando la polla, *doux caramel*.

Me relajo y dejo caer la cabeza sobre el suelo. Cierro los ojos y permito que su intensidad me envuelva, la atracción que me provoca, lo magnético de su olor y el calor de sus caricias. Lo beso, lo toco, lo siento en cada parte de mí y me quedo con sus detalles. No volveré a verlo después de esto, pero me pasaré por la sección masculina de las perfumerías a ver si puedo encontrar su fragancia para mantener su olor y su recuerdo conmigo.

Gimo cuando separa nuestros labios, se coloca bien la máscara y se yergue hasta quedar apoyado del todo sobre las rodillas, me eleva las caderas con un brazo tras mi cintura a la vez que, con la otra mano, me acaricia el clítoris y me observa retorcerme.

—Hazlo tú. Fóllate el coño con mi polla, *petite*. Es la única muestra de condescendencia que te daré y será por tiempo limitado. Muévete sobre mi polla hasta que te adaptes a ella, y yo mientras tanto haré que te corras. Pero, cuando lo consiga, te la voy a meter tan dentro que te vas a quedar sin voz.

Una punzada de miedo me sobrevuela y trago en seco, pero asiento, no puede ser más doloroso que antes, como mucho igual, y eso ya lo he soportado. Entonces afirmo con mayor convicción y los ojos azul glacial que me miran incendiados desde esas rendijas duplican su tamaño, parece sorprendido, pero, a la vez, aliviado.

—¿Sientes esto, *caramelito*?

—Sí. —Gimo y cierro los ojos mientras me dejo llevar y muevo las caderas alrededor de su polla, despacio, como en un baile. Me hundo cada vez un poco más y luego me retiro. Entonces él centra la atención en su dedo pulgar y hace círculos encima de mi clítoris,

me electrocuta con intensidad y noto como mis paredes lo engullen con mayor fuerza, pero no es incómodo ni doloroso, noto un poco de ardor, pero el placer es más prominente.

—Oh, Dios.

—Mira este coño, *petite*, joder, me acoge tan bien… Es perfecto para mi polla, la estrangula y me pone perdido con tu humedad, *caramelito*, me has tatuado la polla con tu sangre.

Hay algo en sus palabras sucias que me hace sentir mucho más excitada.

—Haz que se la trague por completo, hasta que desaparezca. —Me anima su entusiasmo y me esfuerzo para acogerlo hasta el final. Me siento tan llena que me falta el aliento—. Eso es, joder —me alaba y mi cuerpo se estremece—. Mira cómo te tragas toda mi polla como una buena chica.

Sus halagos y lo profundo que se encuentra dentro de mí tocan un punto de no retorno y estallo sin poder evitarlo. Mi voz empieza como gemidos estrangulados, pero se convierte en un grito cuando me abraza, empuja en mi interior y se hunde hasta lo más profundo. Cierro los ojos con fuerza, pierdo el aliento, busco su pecho y lo golpeo, lo muerdo, lo araño, como si eso sirviera para sofocar un poco del dolor que me provoca; pero no solo es dolor, también es algo mucho más profundo y mezquino, porque me encanta, me hace sentir viva, eufórica y deseada.

Yo también lo deseo.

Aunque puedo pedirle que se detenga y se retire, no es lo que quiero. Quiero soportarlo, que se disipe como antes y disfrutar de la plenitud que noto que está dentro de mí.

—Joder —sollozo y él me besa con voracidad, me distrae, me marea a la vez que se mueve despacio, maldice y me acaricia entera.

El dolor se disipa poco a poco junto a mis sollozos y respiraciones entrecortadas, se ve delegado, y una voz en mi conciencia se siente orgullosa por haber logrado acoger a un tipo tran grande y grueso a pesar de ser mi primera vez. Poco a poco, junto al placer y el calor, me llena una sensación de satisfacción conmigo misma.

Lo he hecho porque me apetecía. Ya no soy virgen y mi madre ha perdido el poder sobre esa decisión.

Y no, esto no es un acto de rebeldía, pero sí el sello de un pacto conmigo misma en el que me recuerdo quién labra mi recorrido. Soy quien soy, no quien se me ha impuesto. Hago mi propio camino, cometo mis propios errores y soy una mujer libre que no basa su valor en ningún otro concepto, aparte de ser ella misma.

Cuando grito el orgasmo, noto que él retrocede, se pone de pie, tira de mí hasta que me incorporo de rodillas, me mete la polla en la boca y me llena con su semen caliente. Rompe el ambiente con un gruñido ensordecedor y jadeo, la piel ardiente y el corazón disparado. Levanto la mirada y esos ojos azul hielo me miran de forma intensa debajo del azul neón que los enmarca. Parece sorprendido mientras recupera el aliento de forma entrecortada, mira cada parte de mí.

No quiero que se acabe.

Ese pensamiento desesperado me sobrevuela. Sé que me dije a mí misma que sería una noche, es una locura pensar en algo más, pero, quizá podamos hablar, conocernos…

—¿Quieres tomar una copa? —le pregunto despacio y le cambia la mirada.

Se le tensan los músculos del cuerpo, aprieta las manos en puños y cambia su aura por completo. Parece intimidante de repente, lleno de un odio tan intenso que noto como me penetra a través de la piel, me atemorizo y me encojo sobre mí misma cuando se mueve con brusquedad. Hace una mueca, se limpia la polla y gruñe mientras se viste y sale por la puerta para nunca más volver.

Me quedo sentada en el suelo, recuperando el aliento, temblorosa como una gelatina, y con el desastre de lo que ha resbalado de su semen en el pecho.



CAPÍTULO 10

Él fue el caos perfecto para mí.

Toronto. 10 de octubre de 2030

—No esperaba flores y chocolates, chicas.

—Pero ¿ni pedirte el número? ¿Ni un abrazo?

Zoey está al borde de las lágrimas y, en parte, la entiendo. La definición que acabo de dar sobre mi iniciación en el sexo no se parece en nada a la que habíamos imaginado o, al menos, a la que esa versión reprimida de mí misma ideó junto a ellas. Fingir ser la chica que siempre se muestra feliz y sueña con unicornios, flores y pajaritos se me daba bien, ahora ya no estoy segura de poder volver a aparentar ser nada de aquello. Mis padres, a los que luchaba por no defraudar, resultaron ser el verdadero fraude, y noto esa horrible quemazón en el pecho y el enorme vacío del desasosiego cada vez que lo recuerdo.

Soy una Martina diferente, mi verdadero yo, me apetece conocerlo y espero que mis mejores amigas lo entiendan, aunque haga cosas disparatadas como ir a un club voyeur y

perder la virginidad con un extraño. Y sí, las mejores amigas hablamos sobre esas cosas. Zoey quiere una noche inolvidable, rosas, velas y bombones, algo parecido a lo que quería yo; Bri, sin embargo, sueña con asesinar al amante después del acto, como una mantis religiosa.

—Ese tío es imbécil —argumenta Bri desde su cubículo de la videollamada grupal—, aunque imagino que para él también fue una sorpresa. Estaría en *shock,* a ese tipo de lugares solo van personas experimentadas y, bueno, seguro que se asustó y pensó que eras una cría que amenazaría con denunciarlo en cuanto procesara lo que acababa de pasar.

—Le di mi consentimiento explicito en reiteradas ocasiones. No le pedí ni una sola vez parar y no parecía mucho mayor que yo a pesar de la máscara, como para verme como una cría. —Me sobo las sienes, me coloco la bolsa térmica sobre el vientre bajo y echo una mirada culpable a mi pequeña maleta repleta de papeles y material para el despacho. Está demás decir que no he mirado más las fichas de los jugadores porque he estado demasiado dolorida en lugares que no tenía idea de que podían doler así.

Se me escapa un suspiro molesto y sonoro que, una vez fuera, califico automáticamente como un error innecesario que preocupará a mis amigas.

Quiero mostrarme como la tía independiente a la que esto no le afecta en lo más mínimo, pero, en el fondo, siento que tienen un poco de razón. Lo que hice anoche fue una locura, ni siquiera sé cómo se llama ese hombre y dejé que me abrumara su presencia y el placer que me provocaba de tal manera que me folló sin protección.

Luego le rogué que se quedara, como una idiota, después de que estaba más que claro que eso solo era una acción momentánea. Me siento avergonzada por ese detalle y por eso no se lo he contado a mis amigas, se me comprime el pecho cada vez que recuerdo como entró en pánico cuando le pregunté si quería tomar una copa conmigo. Es frustrante y raro.

Nunca me imaginé perdiendo el juicio de esa manera por un chico y no puede volver a pasar.

Ignoro esos pensamientos y los archivo en el rincón de mi mente que quiero olvidar, ojalá fuera tan fácil como dar a un botón de borrado y hacer que todo desaparezca, pero no lo es. Me centro en lo importante, en lo que salió bien y es que lo disfruté. Sin más. Mañana me espera un día duro de trabajo y es lo único que debe ocupar mi cabeza. Lo haré lo mejor que pueda, espero que todos sean majos conmigo y me muestren paciencia.

—¿Quieres que vayamos?

—¡Madre mía, no! Parad ya, chicas, que no tengo quince años. Soy una mujer adulta y… —Bajo la voz para que no se entere todo el edificio— tuve sexo, es el siglo veintiuno, quería que pasara y pasó. De hecho, es un alivio no tener idea de quién es ese tío porque no me interesa en absoluto lidiar con un hombre ahora mismo o tener una relación. Quiero conocerme mejor, pasar tiempo conmigo misma y ser libre. Ese es mi propósito, ¿recordáis? Sin más.

—Amén a eso, hermana —farfulla Bri y, al mirar a la pantalla, veo cómo le da de comer a Salem, su gato negro, mientras que Zoey niega con la cabeza.

—¿Estás segura de que no se trata de un trastorno por estrés agudo? ¿O una especie de trastorno de adaptación?

Suficiente. Que mi amiga la artista intente psicoanalizarme es lo último que necesito.

—Chicas, basta. Sé que he tomado una decisión drástica y poco coherente con mis actos, pero eso es justo lo que quería conseguir. Quería ser una chica diferente en una ciudad distinta y recordarme a mí misma que dentro de mí vive una Martina que es su propia persona y que hace lo que quiere, que comete locuras y que no es la versión perfecta que sus padres esperan que sea. Lo que he hecho me ha sentado genial, no lo esperaba, pero me he dejado llevar y ha valido la pena. —Dejo escapar el aire que contenía mientras me siento renovada al terminar con mi discurso—. Dicho esto, zanjamos el tema.

—Si tu lo dices… —farfulla Zoey, con esa vocecita rota que la caracteriza cuando algo la preocupa.

Es imposible no notar su recelo, o lo perdida que se siente ante todo este cambio. Noto como se me encoge el corazón. De las tres, Zoey es a la que más le afecta. Aunque parece que se pasa los días dentro de su caparazón para evitar que le hagan daño, lo cierto, es que siempre está fuera porque es incapaz de no involucrarse. Lo entrega todo, se expone, y por eso gran parte de ella está muy lastimada.

—¿Estaréis bien vosotras?

—Estaremos bien —responde Bri enseguida, haciéndose responsable de la situación—. Mañana iremos a mirar un local.

Ese es otro tema. La vida de adultos es supercomplicada. Mis amigas quieren montar una galería de arte. Zoey es una gran artista, pero odia la atención excesiva, así que Bri es su representante. Hace meses que buscan un local que se puedan permitir para exponer y vender los cuadros de Zoey, pero, por ahora, no parece ir bien la cosa.

—Espero que este sea el bueno. Mañana será un nuevo comienzo para todas.

—Lo será —asegura Bri y Zoey asiente con timidez antes de susurrar un «hasta mañana» y recordarnos que nos quiere.

Secundo las despedidas, aunque una parte de mí siente que se rompe un poco al tener que decirles adiós. No es un adiós real, pero es la primera vez que siento que he puesto demasiada distancia entre nosotras, una distancia que no se va a remediar pronto, no volveré a casa la semana que viene y no podrán unirse a mi viaje para disfrutar de las vacaciones. Es mi culpa. O culpa de mis padres y sus asquerosas mentiras.

Miro de reojo los mensajes que me han enviado antes de bloquear el móvil. Mi madre parece próxima a padecer demencia si no le contesto, y mi padre, bueno, mi padre es mi padre, a él se le da bien pasar absolutamente de todo.

Noto un regusto amargo en la garganta y un nudo en el pecho. Odio pensar que Briana tuvo que sentirse así durante demasiado tiempo mientras estaba con ellos y minimizaban sus

emociones y su dolor. No la escuchaban, no la veían, justo como lo han hecho conmigo. No les importa una mierda lo que pensemos en realidad, solo quieren que nos mantengamos calladas y prudentes y actuemos como ellos. Y yo me esforzaba por complacerlos, pero nunca más.

Respiro profundo e invoco algo de calma.

Voy a ser mi propia persona, como Briana. Voy a elegir ganar y sanar, ser valiente y diferente, superar todo esto.





CAPÍTULO 11

Reinicia, y déjate atrapar por el arte que supone la metamorfosis.

Toronto, 11 de octubre

Es una locura.

Aunque es la segunda vez que estoy aquí, me siento como si fuera la primera, creo que cada día que entre por esas puertas giratorias me sentiré de la misma forma. El recinto es enorme, y casi parezco una hormiguita en medio de un jardín gigantesco. Los colores eléctricos con los que está decorado gritan por atención, es imposible apartar la mirada y eso que, como el día en que me lo enseñaron, solo estoy recorriendo la zona más corporativa. Seguro que, solo al adentrarme lo suficiente en el recinto, encontraré en realidad su motivo, su fuerza, la vida que bulle, ruge y construye su legado.

¡Me muero de ganas por ver el hielo!

Estoy maravillada, como una niña pequeña en una tienda de chuches, pero, a la vez, muy nerviosa. Aprieto el agarre sobre la

maleta e intento afianzar de la misma manera mi nivel de confianza. Recorro el pasillo abierto pintado de un tono azul glacial, que recuerda en cada paso al logo del equipo y su indumentaria y, a la vez, a los ojos inexpresivos y fríos de cierto desconocido que soy incapaz de borrarme de la cabeza. Quisiera no estar tan nerviosa, pero es difícil cuando todo esto es nuevo para mí, es una especie de cuaderno en blanco que debo empezar sin tener demasiada idea de qué es realmente lo que quiero que contenga.

Me obligué a ver algunos partidos de hockey mientras estudiaba la carrera, pero solo por eso de que, como profesional, el conocimiento es poder. Nunca imaginé convertirme en la psicóloga de un equipo profesional de la NHL, pero sí, quizá, de algún que otro jugador. Mientras más conoces sobre un deporte, mejor ayudas a sus jugadores. Al menos eso es lo que me digo a mí misma. Sea como sea, los inicios dan miedo, pero bien es cierto que todos, en algún momento de nuestras vidas, debemos comenzar.

—Hola, caramelito, ¿te has perdido?

Se me crispa la piel, cual gato erizado y me giro con un respingo vertiginoso al escuchar ese… ¿apodo? No es su voz, no lo dice con acento francés ni de la misma manera y, definitivamente, no es el hombre que tengo delante, pero me lo ha recordado. Se me unen los labios en una mueca tensa e intento ignorar al chico fornido de metro noventa y tantos que me mira como si fuera un depredador. No soy muy fan de los cumplidos y menos en un ambiente profesional, por eso intento dejarlo claro con mi actitud en respuesta, pero a este chico no parecen importarle mis señales.

—Joder, ese hijo de puta se ha quedado muy corto al definirte —dice con tono de burla y se lame los labios. Frunzo el ceño de forma inmediata, ¿a quién se refiere? —, me pregunto por qué.

Mi mirada choca de lleno sobre su pecho ancho y fornido, me cruzo de brazos y levanto la barbilla mientras elevo una ceja y adopto una actitud desafiante. Si fuera la Martina que dejé atrás

en Boston, sonreiría con condescendencia e intentaría esconderme, pero ya no quiero ser esa persona.

Me topo de lleno con unos ojos marrones oscuros que me roban toda la seguridad, dan miedo y noto que me congelo en el acto. Un chico más esbelto, y unos centímetros más bajo, se coloca a su lado. Absorbe del todo mi atención porque es como un sol resplandeciente bajo las luces blancas, es llamativo, exótico, brillante, y tiene una sonrisa ladeada que exhibe desde unos labios gruesos, encima de una barbilla cincelada y definida. Y unos ojos verdes con el centro amarillo que parecen un puto tesoro. Es muy guapo y parece majísimo con esa sonrisa, el tipo de chico que te apetece tener como amigo porque sabes que es la diversión en persona. Me gusta su cabello, lo tiene de un tono rubio oscuro, rizado y a la altura de las orejas. También me gusta su piel canela, su nariz gruesa y sus dientes blancos.

—Joder, qué guapa eres —farfulla—. ¿Te has perdido, preciosa? —El chico llamativo me emboba enseguida y opaca por completo en mi cerebro al de vibras oscuras. Quiero sonreír y contestarle, ponerle ojitos, dejar que me mire.

—Déjala en paz.

De la puerta de entrada giratoria veo aparecer a otro chico. Este es igual de ancho que el primero e igual de alto, tiene el cabello negro, el cuerpo enorme y definido, la piel aceitunada, y unos rasgos asiáticos sutiles y preciosos. Sus ojos son de diferentes colores, uno azul claro y uno marrón. Detrás de él, un rubio igual de corpulento le toca el hombro mientras esboza una sonrisa brillante y busca interesado en el entorno hasta que centra de lleno los ojos azules en mí. Abre la boca con amplitud y se le agrandan la mirada, sorprendido, pero, enseguida, algo se rompe dentro de mí y todo a mi alrededor se ralentiza mientras noto que me rodean.

Tengo un retorcijón en el estómago. Sus aspectos me resultan demasiado familiares.

—¡Hostias! —bufa el rubio y noto que se sonroja un poco mientras en mi mirada brilla un destello de reconocimiento—. Es mucho más guapa en persona, pero ¿cómo es qué ha venido?

Me gusta su voz, es agradable, como si él fuera simpático y pudiéramos ser grandes amigos, pero no consigo sacarme de la cabeza la imagen de ese chico rubio gimiendo de placer mientras el otro, el de cabello oscuro y ojos desiguales, lo embestía por detrás.

Ay, Dios, no, ¡¿qué está pasando?!

Se me desboca el corazón y noto como me late el pulso en los oídos. El de ojos marrones chasquea los dedos delante de mí con una actitud desafiante, sé que tengo la mirada ensanchada, pero se me ensancha aún más en cuanto se planta de lleno delante de mi cara. Es… es decir, son ellos, los cuatros enmascarados que mantuvieron sexo con la chica que corría y pedía ayuda antes de entregarse a la fantasía y gemir de felicidad.

—¿Quieres una puta foto?

Su voz cargada de desprecio e ira me congela y me enraíza en el suelo, me hace sentir errónea, nefasta, descubierta y sin argumentos, como si fuera del todo indigna de siquiera mirar en su dirección. Él no tiene pinta de ser amable, pero tampoco de querer serlo, hace una mueca de desagrado cuando no aparto la mirada y se inclina hacia adelante con un gesto de bravuconería que me hace reaccionar. Me asusto y me llevo la mano a los labios, pero soy incapaz de decir nada delante de estos cuatro hombres.

—Creí que eras valiente. —Sonríe, como si se sintiera satisfecho por el hecho de haberme asustado—. Si no, no estarías aquí.

¿Por qué dice eso? ¿Quienes son? ¿Trabajan aquí? Por su aspecto tienen pinta de ser jugadores y eso sería una putada. Espera, he visto a cuatro de mis nuevos pacientes follar juntos y entre sí. Ay Dios, ¿y sí?...

No.

Eso es imposible. No puedo tener semejante nivel de mala suerte; además, ¿qué harían jugadores de hockey famosos en un club así? No tiene sentido, pero aquí están y estoy segura de que son los mismos chicos.

Necesito ocultarme en mi despacho, respirar con normalidad, alejarme de ellos.

—Deja de asustarla, Lucien —murmura el rubio y agarra al chico de ojos marrones del brazo. Lo empuja hacia atrás, pero este sigue mostrando fuerza bruta al impulsarse hacia mí, como si quisiera atraparme, o golpearme, o follarme como folló a aquella chica. No lo sé, pero me siento como si fuera su enemigo, o su oponente en el hockey.

Me encojo sobre mí misma mientras aprieto con mayor fuerza el asa de mi maleta.

—Pero es divertido —bisbisea el tal Lucien mientras esboza una sonrisa parecida a la del gato de Cheshire.

Los recuerdos me golpean sin piedad al ver ese gesto, recuerdo la fuerza bruta con la que cogió a aquella chica, recuerdo la bestialidad en sus empellones, la profundidad a la que la penetraba, los gritos que ella emitía. Podría destrozarme sí lo quisiera, da miedo y algo me dice que este hombre es así para todo. Me tranquilizo a mí misma y me digo que no pasa nada, que ellos no me conocen. Yo los veía, pero ellos no podían verme a mí, no saben que estuve en ese lugar ni lo que hice con aquel extraño, es imposible.

—Tienes cara de que te vas a mear encima, preciosa —bromea el chico de piel canela con sonrisa petulante y picarona, como si se sintiera la estrella del lugar, el playboy del siglo. Arrugo la nariz y retiro todos mis pensamientos acerca de su encanto, no me gustan los creídos.

Respiro profundo y me obligo a recomponerme, me yergo y me aliso el jersey azul cielo de seda sobre la minifalda negra de tabla.

—Siento haberme quedado en blanco. —Me calzo con mi mejor sonrisa y me digo a mí misma que puedo con esto, que es la vida real y, aunque sea una extraña coincidencia, estas cosas pueden pasar. Ladeo la cara, e incluso entrecierro los ojos como si estuviera encantada. Al fin y al cabo, poner una fachada se me da genial—. Debéis de ser jugadores, mi nombre es Martina y soy vuestra nueva psicóloga.

—Debéis de ser jugadores —se burla el de ojos desiguales imitando mi tono de voz y el rubio se ríe por lo bajo antes de darle un golpe en el hombro.

—Me llamo Martina —imita entonces el de piel canela y noto que los cuatro me acorralan desde distintos ángulos.

Se me calienta la piel y, de la confusión más absoluta, noto brotar el enfado. Que desagradables, pero ¿quienes cojones se creen? No deben de ser mucho mayores que yo y esperaba que fueran más profesionales y me ofrecieran un poco más de respeto.

—No deberías estar aquí —me intimida el de los ojos marrones con una voz grave y aterradora—. No nos gusta la gente como tú.

¿La gente como yo? ¿A qué se refiere?

Enseguida me siento en la necesidad de inspeccionar y comprobar qué cojones tengo de malo.

—El equipo me ha contratado.

Intento sonar convincente y segura, pero aún así me repiten y se burlan. Noto como se me calientan las mejillas, se me eriza la piel y aprieto la mano con la que sostengo el asa de la maleta.

—Será mejor que te largues por donde has venido, psicóloga, no nos gusta la gente que intenta husmear en el interior de nuestras cabezas.

El de los ojos desiguales me respira en la nuca mientras me dice esas palabras y me quedo de piedra, rígida, incapaz de respirar.

—Pues os tengo una actualización, chicos, para eso me pagan.

—¡No te metas en donde no te llaman! —grita el de ojos marrones como si perdiera el control y el de piel canela lo contiene.

—Quieto, grandullón. Disculpa a mi amigo, o no, tú solo sal de aquí por tu propio bien. Y, si no lo haces, cuida tus putas espaldas.

—¡Eh, imbéciles! ¡Alejaos de ella! ¡Dejad de arrinconarla!

El grupo de cuatro se dispersa entre risitas y respiro con normalidad después de segundos de agonía.

—¿Estás bien? ¡Joder! ¡Seréis hijos puta! ¡Sesión extra de acondicionamiento ahora! Os quiero moviendo el culo en una sesión extra de *sprints*.

Miro de reojo a los cuatro chicos que se alejan mientras se ríen entre ellos y me dedican miradas duras. ¿Qué cojones? Pero ¿quién demonios se creen estos tíos y por qué intentan intimidarme?

—No les hagas caso, son unos imbéciles con los forasteros. Se creen que aún estamos en la universidad y sienten la necesidad de hacer novatadas.

—¿Por qué odian a los psicólogos? —pregunto antes de poder evitarlo y el entrenador se tensa delante de mí.

—¿No has buscado información en internet antes de empacar toda tu vida y venir aquí?

Lo miro de lleno y le dedico toda mi atención. No, no he mirado en internet porque no quería que la experiencia de los demás condicionara la mía, pero empiezo a preocuparme, ya me parecía raro que un equipo de tal importancia contrate a una recién graduada.

—Los echan a todos, pero tú tranquila… yo te ayudaré.

¿Los echan a todos? ¿Yo te ayudaré? ¿Cómo los echan exactamente?

Me sacudo de sus manos de encima en cuanto noto una melosidad en su voz que me parece excesiva.

—Puedo apañármelas —farfullo, agarro con más fuerza mi maleta y camino hasta el ascensor.


LOS TORONTO
BLOODHAWKS
DEVERAUX
11
4
31
28
BAUER



CAPÍTULO 12

Puede que esté mal, pero no puedo evitarlo.

Toronto, 11 de octubre.

He ignorado durante veinte minutos las miradas de reojo y las risitas maliciosas cargadas de veneno de mis compañeros de equipo. Bueno, en realidad, solo de cuatro de ellos. Los más imbéciles y mis putos mejores amigos.

Vi como interceptaban a Martina en la entrada hace cuarenta minutos, me escondí para que no me viera y me jodió tener que permanecer al margen mientras ellos le increpaban, otra emoción que no debería de sentir cuando se trata de ella. Los muy hijos de puta la arrinconaron, se le acercaron como los chacales que son, con miradas apreciativas, sonrisas maliciosas y ese destello de deseo impreso en sus expresiones. Conozco sus reacciones cuando algo les resulta llamativo, cuando lo desean, les causa curiosidad o les apetece destruirlo. Las conozco y lo odio.

También me percaté de cómo brilló en los ojos de ella ese destello adorable de aterrador reconocimiento.

¿Adorable? Joder, necesito que me peguen un tiro en alguna parte del cuerpo que duela lo suficiente como para recordar que no utilizo ese tipo de palabras.

Sea como sea, esa chica de pecas doradas, ojos llamativos, piel tostada y labios gruesos se avergonzó, pude notar la forma en la que se encogió sobre sí misma y se le enrojecieron los pómulos. Pómulos que pude sentir al rojo vivo mientras la rozaba con mi pecho y ella gemía debajo de mí.

Han pasado dos días desde la noche en la que la estuve dentro de ella y no me la puedo sacar de la cabeza. Es una mierda muy jodida y no puedo evitar preguntarme que hubiera pasado si ella no hubiera pronunciado aquellas palabras que lo arruinaron todo. Me hicieron recordar aquella noche, a aquella asquerosa mujer y me rompieron por dentro.

Han sido dos días en los que no he sido capaz de volver a ser un puto ser humano racional ni centrado, dos días en los que, la única imagen que me inunda la cabeza, es la de mi polla brillando con sus jugos y manchada con su sangre mientras la tenía debajo desnuda, sudorosa y satisfecha. O la de su pecho que subía y bajaba mientras brillaba bañado con mi semen.

Aprieto los puños a ambos lados de mi cuerpo y noto que me late el corazón muy deprisa, pero pongo los pies sobre el hielo dispuesto a sacarlo todo. Es un entrenamiento importante, mañana tenemos el partido de apertura de la temporada y es con nuestro eterno rival, los Vancouver Serpents. Como siempre, será un encuentro tenso y quiero que mis chicos estén preparados porque esta temporada, así como las cuatro anteriores, los Bloodhawks vamos a darlo todo sobre el hielo y nos llevaremos las victorias. Ni siquiera el hijo de puta de Logan Reese se interpondrá ante eso.

Necesito estar centrado en el juego de mis compañeros, en el mío propio y en la importancia de esta temporada y las que están por venir. El equipo necesita que esté centrado, mis amigos lo necesitan y yo también.

Es por el bien de nuestro secreto, por la promesa que hicimos los cinco, por la misma promesa por la que debería haber seguido mi plan con Martina y haberla chantajeado antes de que pusiera un solo pie en este lugar, pero fui incapaz, y ahora no puedo dejar de pensar en qué estará haciendo ella. ¿Ya sabe quién soy? Desde la esquina en la que me escondí, mientras los chicos la acorralaban, pude distinguir en sus ojos que buscaba a alguien más, como si el hecho de verlos a ellos cuatro le hiciera intuir que iba a aparecer de repente. Me dio la sensación de que eso la ponía nerviosa, o quizá solo se trate de la misma curiosidad que siento yo por volver a verla.

Necesito ver su cara cuando se dé cuenta, no tardará mucho en hacerlo, porque pienso subir a su despacho y enfrentarla en cuanto acabe mi entrenamiento.

Mierda.

Creo que esto no me llevará a nada bueno, mis únicos pensamientos hacia esa chica deberían estar centrados en echarla muy lejos de aquí. Nada en mi vida, aparte de mis amigos, el secreto que nos unió aquella noche y el hockey, había ocupado mi mente durante tantas horas, pero ella la ha secuestrado, y me molesta que así sea.

Martina Thompson no es más que un ser intrigante que lucha, sin siquiera pretenderlo, por acaparar del todo mi atención.

Cuarenta minutos después, el aire se siente pesado, huele a hierro, a sudor y a frío, lo noto en mis fosas nasales, a pesar de que el esfuerzo que hago en cada movimiento me abrasa los pulmones. Intento respirar correctamente, pero estoy cansado, sudado y ansioso. Otra emoción que ni siquiera recordaba tener en mi registro. Las luces hoy me parecen excesivas y molestas, escucho el zumbido constante que genera el sistema de refrigeración y los cascos en movimiento de mis compañeros parecen borrosos sobre el hielo.

Necesito que acabe este entrenamiento, pero odio esa necesidad.

Somos Bloodhawks, me recuerdo, somos rápidos, fuertes, estamos unidos y guardamos un secreto capaz de destrozar la vida de todos nosotros, nos cubrimos las espaldas y eso es lo que realmente nos hace imparables.

«Céntrate en este momento y deja de pensar en el próximo objetivo».

El hielo se abre bajo mis patines con un crujido seco. La cuchilla traza una línea limpia, recta, y perfecta. El pase llega a mi *stick* con fuerza; lo amortiguo con un toque, lo protejo con el cuerpo, giro sobre mi eje y disparo. El disco se estrella contra el guante de Gideon, el portero, le da con un golpe violento y este lo suelta en el hielo con una mueca de dolor mientras me fulmina con la mirada.

Se me escapa un gruñido de frustración y vuelvo al círculo central, repito la jugada. Una, dos, diez veces. Cada pase debe ser exacto, cada tiro, letal. Seis de esos disparos acaban por marcar gol. El hielo se llena de gritos, gruñidos, respiraciones y golpes de *stick*.

El entrenamiento empieza a doler.

En los *scrimmages*, la voz del entrenador emerge clara entre el caos.

—¡Atrás, Kirian, mantén la línea!

—¡Gideon, estás dejando hueco al segundo palo! —grito yo cuando observo de lleno a mi portero. Sabía que la escenita de estos dos en el club traería consecuencias duraderas con las que lidiar.

El silbato suena una vez más.

—Última ronda —anuncia Holland.

Ajusto el *grip* del *stick*, respiro hondo y lanzo de nuevo. Acelero. El aire se vuelve fuego contra mi piel helada. Recupero el disco, driblo, giro y disparo. El disco impacta en la red sin que Gideon pueda hacer nada, resopla frustrado, pero así es como le demuestro que estaba dejando hueco mientras se centraba en el pavoneo del culo de Kirian.

No hay espacios para nada que no sea perfección durante nuestros entrenamientos y partidos, por eso, desde que los

chicos y yo llegamos hace cinco años desde la liga universitaria, no hemos descansado ni un solo segundo en la lucha de llevar a este equipo a lo más alto de la cima. No está siendo fácil, pero tenemos talento, un hambre voraz y unas ganas locas de comérnoslo todo. Y, desde aquel último campamento de verano de hockey, nuestra promesa fue la de permanecer unidos. Teníamos que entrar al mismo equipo y ese no podía estar por debajo del mejor, así que sí, nos partimos el lomo para estar sobre la pista en la que estamos y vistiendo los colores que vestimos. También es cierto que crecimos con acceso a los mejores entrenamientos de hockey y que, algunos de nosotros, somos los hijos de antiguas estrellas, empresarios o magnates; otros, simplemente, de padres de clase media alta que han trabajado muy duro por cumplir su sueño. Algunos nos conocimos en ese horrible lugar, y nos unió vivir aquella experiencia. No es casualidad que estemos aquí juntos como titulares, ni que nos ganáramos uno a uno que nos sacaran del banquillo, ni que yo me haya convertido en el capitán.

Cuando todo termina, me quedo en el hielo unos segundos más, solo. El resto se marcha entre risas y frases como «buen entrenamiento, capitán», pero mis amigos se dan la vuelta y se acercan al ver que me quedo rezagado.

—Casi haces que Gideon pierda la mano —se queja Kirian con tono amenazante y ese deje despectivo de rabia contenida que lo caracteriza en cada conversación—. Pensé que era un entrenamiento amistoso.

—Piensas demasiado, nunca es amistoso cuando se trata de nosotros, no podemos permitirnos esa nimiedad —les recuerdo y los ojos estoicos de los cuatro se centran en mí.

—¿Qué pienso demasiado? —suelta Kir a la defensiva—. ¿Yo?

Pongo los ojos en blanco e ignoro el trasfondo en su pregunta, pero soy incapaz de hacerlo durante demasiado tiempo.

—Eres tú el que tiene un secreto para nosotros, Declan. ¿Por qué se ha presentado la psicóloga aquí y por qué eso no parece molestarte? —Lucien se planta delante de mí y se quita el casco

para mirarme con una mueca agresiva con la que pretende intimidarme—. ¿Nos ocultas algo, capitán? ¿Algo que no sepamos sobre la noche en el club?

Que me la follé a muerte y su sangre me manchó la polla porque le robé su virginidad.

—¿Qué pasó, Declan? —pregunta entonces Gideon con más condescendencia—. Se supone que ibas a conseguir echarla antes de que iniciara.

Carraspeo e intento girar y patinar en la dirección contraria, pero Sterling, rápido como una bala, se planta delante y me coloca la mano enguantada sobre el pecho.

—Oye, capitán, ¿te saltaste a propósito el detalle de que es guapísima?

—¿Es por eso? —interviene Lucien intrigado y con esa sonrisa maliciosa de sabelotodo que me pone tan enfermo—. ¿No pudiste controlarte al tener a ese bombón solo para ti en una habitación?

—¿Está grabado? Joder, necesito ver ese vídeo, nunca te hemos visto follando, capitán.

Y nunca lo harán. Lo que me pasó con Martina fue una excepción a la regla y, aunque me he pajeado con su imagen mientras la observo por las cámaras, nada me asegura que al tenerla de frente pueda volver a funcionar como lo hice sin que los recuerdos de aquella noche lo jodan todo como siempre.

—Se irá —les aseguro—, pero me apetece probar un punto.

—Podemos probarlo en grupo, por favor —suplica Sterling con cara de corderito y una sonrisa maliciosa.

Lo fulmino con la mirada de forma instantánea, noto como crezco frente él, pero sacudo la cabeza y cambio mi actitud cuando distingo en su rostro que se da cuenta.

—Yo lo manejo, es una tontería.

—Claro, capitán —farfulla Sterling con una sonrisa—. Estaré esperando con paciencia para cuando decidas que puedes compartir.

¿Puedo?

Pensar en otro hombre, así sean mis mejores amigos, poniendo un solo dedo sobre Martina me produce escalofríos, siento que me enfurece, saca lo peor de mí.

Sé que nos prometimos compartirlo todo hace siete años, pero puede que haya encontrado algo que no deseo compartir.

Tengo muchas dudas, y solo una hermosa psicóloga en la que encontrar todas esas respuestas.



CAPÍTULO 13

¿Y te acuerdas de él sin motivo, de repente, porque sí?

Toronto, 11 de octubre.

Estoy tranquila. Sí, lo estoy. No importa que lleve dos horas y media en el despacho peleándome con el ordenador y sus conexiones, mientras *stalkeo* las cuentas de los cinco jugadores estrellas de los Toronto Bloodhawks, cinco, porque esos ojos azul glacial…

No.

Me obligo a respirar despacio y me recuerdo que eso es una locura.

—Mierda —bufo y le doy otro golpe al *router* de la fibra. La pantalla no se actualiza, nada—. ¡¿Por qué el internet de Canadá me odia?! ¿Cómo puede ser que no funcione?

A estas alturas ya debería estar instalada del todo, debería haber tenido acceso a mi agenda en el equipo y a todos los datos que se guardan en el interior de este ordenador, pero no es así, y no

consigo entender como hay una avería con el wifi en un edificio como este. He llamado tres veces a mantenimiento, pero no paran de darme largas.

Echo un último vistazo a las carpetas que contienen los expedientes de los jugadores, están esparcidas en la mesa, así como el listado de nombres de todo el personal de equipo. Son mis nuevos pacientes y odio lo impersonal que se siente tenerlos expuestos mientras intento conocer un poco de sus mentes descrita en unas cuantas palabras. No tengo acceso a mi agenda y me aterra pensar que puedo tener citas ya programadas o que puede entrar un paciente en cualquier momento. Debería subir y hablar con la asistente del director para informarle de este problema, o bajar a un lugar donde me vaya el wifi y al menos poder visualizar la agenda.

Me da un vuelco el estómago al pensar que puedo reencontrarme con los cuatro chicos que vi en aquel lugar. Sigo desconcertada por la forma en la que se acercaron, como si me conocieran, como si hubieran visto cómo miraba su espectáculo mientras disfrutaba del mío propio a través del cristal, pero sé que es imposible, así que me recuerdo que solo actuaron así porque son gilipollas y tienen demasiada masculinidad negativa.

Aún así, la idea es intimidante.

Bufo con frustración y exhalo en un suspiro el aire que no sabía que contenía. Recojo las carpetas y las apilo unas sobre otras. Luego, coloco la lista de nombres encima y, por último, lo subo todo sobre mi portátil y lo cargo con un brazo mientras recojo el bolso, me lo cuelgo en el hombro y sujeto el móvil con la otra mano.

Tengo dificultad para llegar al pomo de la puerta y se me escapan algunos ruiditos de frustración mientras lo intento, pero antes de que pueda lograrlo, la puerta se abre ante mí y me da un golpe en la nariz. Grito de dolor y me tambaleo hacia atrás mientras escucho una vocecilla dulce y melodiosa que se disculpa sin cesar.

No veo nada, pero retrocedo mis pasos hasta el escritorio y descargo todo lo que llevo en las manos. Noto un calor húmedo que desciende de los orificios de mi nariz, boqueo en busca de aliento, pero duele una barbaridad, así que gimoteo mientras me pinzo el puente con dos dedos.

—Oh, Dios, lo siento muchísimo. No sabía que estabas delante de la puerta, espero no haberte desfigurado. —Noto un montón de pañuelos sobre mi mano derecha y lo agradezco. Los elevo con urgencia y me cubro los orificios nasales mientras echo la cabeza hacia atrás—. ¡Ay, no! ¿Te imaginas? No puedo haberme cargado tu preciosa nariz…

—Tranquila —digo con una voz nasal y pastosa, y miro por encima a una chica preciosa que tiembla de pies a cabeza y me mira con los ojos llorosos, los pómulos rojos y la mirada preocupada—. Eh, estoy bien, no pasa nada. Ha sido un accidente.

Suelta un suspiro apesadumbrado y se le descompone el rostro, se lo estruja un par de veces con la palma de la mano, nerviosa.

—Como te haya desfigurado, yo… no me lo perdonaría…

Dejo los pañuelos sobre la mesa e ignoro la abrumadora sensación tibia que me produce la sangre al resbalar hacia el labio, es como si me bajaran los mocos en medio de una noche helada, pero ha remitido mucho el sangrado, apenas es un pequeño hilo y me lo limpio con los dedos mientras intento ofrecer una sonrisa bobalicona a la desconocida preocupada que parece a punto de sufrir un ataque de pánico en mitad de mi despacho.

—No me has desfigurado —le aseguro, pero enseguida noto como flaquea mi nivel de seguridad—, espero.

Me acerco al espejo redondo que hay en una de las paredes y compruebo que, para mi buena suerte, mi nariz sigue justo en su sitio.

Qué alivio.

—¿Ves? —Me señalo la nariz—. Aquí no ha pasado nada. Soy Martina.

La chica de piel de porcelana y cabello negro y liso con mechones lila que tengo delante de mí, al fin eleva los ojos del suelo, se limpia un par de lágrimas traicioneras y hace una amago de sonrisa. Me ofrece la mano, pero le enseño las mías manchadas de sangre y la retira.

—Soy Taylor, trabajo en esta sección como administrativa, mi oficina es justo la de al lado y quería darte la bienvenida.

Reparo en una cestita pequeña que acuna en su regazo, ella sigue la dirección de mi mirada y la extiende hacia mí.

—Sabía que empezabas hoy. Te he traído un detalle.

Se me calienta el corazón y se me humedecen los ojos, el dolor en el puente de la nariz desaparece por completo. Ni siquiera entiendo por qué siente la necesidad de darme la bienvenida de esta manera, pero esta siendo un día algo extraño y lo agradezco. En la cesta distingo algo de fruta de temporada, un *smoothie* de mandarina y unas magdalenas con arándanos que sin duda comeré más tarde. Taylor parece muy maja, sonríe algo cohibida delante de mí, como un animalito indefenso que olfatea a una persona a la que le gustaría agradar, y comprueba con cautela si se le permite acercarse. Lleva puesto un overol de tela azul cielo, una camiseta con cuello y de rayas, y tiene gafas redondas y de montura transparente que le enmarcan el rostro ovalado y de piel brillante. Aunque, sin duda alguna, lo que más me gusta de todo su *outfit*, son las converse blancas. Se le ve tan cómoda, tan original, que me siento algo avergonzada por mi forma de vestir tan cuidada y me digo a mí misma que me apetece venir a trabajar mañana con un chándal.

—Es un detalle increíble, Taylor, muchísimas gracias. —Agarro la cesta y doy un paso adelante mientras abro los brazos y la acuno en un apretón cariñoso e informal.

—De nada, siéntete bienvenida y, de nuevo, perdona por el golpe —farfulla mientras me da un par de palmaditas.

Es algo más baja que yo debido a los tacones de las botas que llevo y, desde arriba, inhalo el olor que desprende su cabello brillante. Lleva la mitad atado en un moño desordenado y reluce como la purpurina desde aquí arriba.

—¿Qué golpe? —bromeo y me alejo mientras ella entreabre la boca algo confundida. —¿Esto? —Me señalo la nariz, roja y con algo de inflamación—. Me identifico como un reno, ¿es qué tienes algún problema?

Ella suelta una carcajada, se sujeta la tripa con ambas manos y se arquea hacia abajo. Su risa es bonita.

—Ninguno —musita después de suspirar y se eleva las gafas por el puente de la nariz con un dedo.

—Soy Martina, pero, en realidad, puedes llamarme Rudolf.

—Ah, vale, un nombre genial para un reno.

Nos reímos juntas un segundo y, de repente, mi vista se centra en el portátil y las carpetas que posé sobre el escritorio.

—¿Cuánto tardarán en arreglar el internet?

—¿Arreglar?

—Sí, funciona fatal…

Taylor frunce el ceño, como si eso fuera lo más extraño que ha escuchado jamás, pero antes de poder ahondar un poco sobre el tema alguien da un par de golpes en la puerta, ambas miramos, pero sea quien sea no decide pasar, aunque la puerta está entreabierta.

—Debe ser uno de los chicos —digo con pánico y noto como la expresión de Taylor cambia de repente.

Ay, mierda. Quería irme antes de que pasara esto, no me siento nada preparada.

—Estoy dos puertas a la derecha, te esperaré para la hora de comer.

—Gracias —susurro como respuesta.

¿Por qué estoy tan nerviosa? ¿Y por qué susurramos?

El cuerpo delgado de Taylor se da la vuelta y me da un primer plano de su trasero respingón mientras bate las caderas anchas al alejarse. Cuando sale por la puerta, baja la cabeza como si se sintiera avergonzada y saluda con un asentimiento a la persona que está detrás.

Entro en pánico, me siento tras el escritorio, acomodo los expedientes, la lista y el ordenador, tiro los pañuelos manchados de sangre y grito una palabra que no debí haber pronunciado jamás.





CAPÍTULO 14

En teoría, todo es práctica.

Toronto, 11 de octubre.

—Ade… —Me aclaro la garganta donde se me han quedado atascadas las palabras—. Adelante.

La puerta se abre con un movimiento brusco y se cierra de la misma manera. Me pongo de pie por la impresión, ya que todo en el ser humano enorme que tengo delante y que, ahora mismo, me da la espalda, denota hostilidad.

—Oye —intento bromear y me acerco con cautela—, la puerta no te ha hecho nada —farfullo y extiendo un brazo para tocar el hombro del chico que se esconde debajo de una sudadera ancha, gris y con capucha.

Se da la vuelta con prisa, me sujeta la muñeca con una fuerza innecesaria y ni siquiera tengo el tiempo suficiente como para asimilarlo, o gritar, porque me manipula con brusquedad y me

coloca en el espacio vacío entre la puerta y su torso. Se me escapa un gimoteo, pero él lo silencia del todo cubriéndome la boca con la mano que tiene libre y se presiona contra mi cuerpo hasta casi cortarme el flujo de aire. Abro mucho los ojos debido a la sorpresa, inhalo y exhalo a gran velocidad, elevo la mirada y noto que me paralizo cuando encuentro una sonrisa maliciosa que me pone la piel de gallina.

¿Qué pasa?

Elevo la barbilla y mis ojos chocan con dos icebergs, un brillo de maldad y poder destella en ellos mientras observa en los míos el terror que acarrea el reconocimiento.

—Tú —musito muerta de miedo.

Se me tensan todos los músculos, se me entreabren los labios y contengo el aliento. Noto como se me detiene el corazón y, lo peor de todo, es que creo que él lo disfruta porque se echa hacia atrás la capucha de la sudadera y ladea la cara en un ángulo aterrador. La cara que ahora me muestra por completo.

—Puede que la puerta no, pero tú sí, *ma petite curieuse*.

Es su voz.

No tengo el tiempo suficiente para que el pánico me consuma del todo, la boca ávida, cálida y voraz del desconocido encuentra la mía y la devora. Gimo por la sorpresa, pero él no se detiene ahí. Me acaricia con ahínco todo el cuerpo con las manos. Parece impaciente, ansioso, necesitado, como si deseara verme desde la noche en la que nos conocimos.

La noche en la que nos conocimos.

El recuerdo de como enloqueció y se vistió de forma hostil sin decir ni una palabra antes de marcharse y dejarme sola me devuelve a la realidad.

—Detente —suplico mientras me aparto y lo empujo con fuerza. Sonríe como si le hubiera contado un chiste y se me eriza la piel.

Me muero de miedo.

Posa ambas manos a cada lado de mí y sigo el movimiento, escucho como le pone el seguro a la puerta y se me agranda la mirada.

¿Qué hace?

¿Y cómo es que parece saber que estaría aquí?

La sensación de su boca sobre mi cuello amenaza con embriagarme, con hacer que me pierda, pero me recupero a tiempo, me agacho e intento escabullirme por debajo de su brazo, me pesca y me envuelve por la cintura, me eleva del suelo y grito en susurros, pataleo y le pido que me suelte, pero aterrizo sobre el escritorio mientras él me abre las piernas y se planta en medio.

—¡¿Qué haces?! —cuestiono como una súplica, al borde de las lágrimas—. No puedes abordarme así, es nuestro trabajo y ni siquiera nos conocemos.

—Tu coño me conoce, *caramelito*.

Me sonrojo a más no poder, pero sé que estoy en desventaja cuando tira de mis caderas, me eleva del todo la falda y presiona su erección entre mis piernas.

Joder.

—No puedes hacer esto —le digo, le golpeo el pecho e intento parecer decidida—. ¿Qué significa esto? ¿Lo has planeado?

—Solo es una grata coincidencia, caramelito.

—Y una mierda…

Mi voz se convierte en un gemido cuando me acaricia los pechos y se frota contra mí. Dios, casi necesito poner los ojos en blanco, casi lucho y logro moverme, casi, si él no me retuviera de esta manera.

—¿Pretendes que crea que es una coincidencia? —insisto e intento apartarle a manotazos. Luchamos durante un par de segundos y, para mi sorpresa, se detiene. Pero, cuando elevo la mirada y veo como sonríe y me mira desde arriba, a la vez que se moja y muerde el labio inferior, la oleada de terror que me recorre el cuerpo me informa que él no se ha detenido para ceder… en absoluto.

—Si me dejas hacer lo que quiera, respondo a todas tus preguntas; de lo contrario, lo haré de todas formas y no obtendrás nada a cambio. Nada aparte de placer, claro.

¿Lo hará de todas formas? Este imbécil engreído necesita unas cuantas lecciones sobre consentimiento.

—No —lo desafío—. Yo pregunto y tú contestas…

—Mientras te como el coño y te corres en mi boca.

¡¿Qué?!

Tira de mis muslos y mi espalda choca contra la madera. Enseguida noto como aparta mis bragas a un lado y me acaricia con su aliento en mi parte más íntima. Aprieto los muslos sobre su cabeza y me remuevo, pero me muerde tan fuerte el muslo izquierdo que grito de dolor.

—Shhh. Te van a oír.

—¿Cómo te atreves? —pregunto mientras se me resbalan las lágrimas—. No te he dado mi consentimiento para eso, eres un…

Otra palabra interrumpida por un jadeo ahogado.

Él se prende a mi clítoris y lucho por reprimir la forma en la que cobra vida mi cuerpo. Me contorsiono, me agarro a los bordes del escritorio y cierro los ojos con fuerza.

—¿Qué pasa? —No me doy cuenta de que me lo he preguntado en alto hasta que recibo su respuesta.

—Me estoy dando un festín con tu precioso coño mojado, *caramelito*.

—¡¿Por qué?! ¿Por qué haces esto?

—Porque me pertenece.

Me retuerzo para intentar derribarlo, pero no lo consigo, más bien, me sujeta más fuerte y añade los dedos a la forma en la que su boca se ensaña contra mí.

—No —gimo cuando me mete un dedo y lo retuerce en mi interior.

—Tienes razón, caramelito, uno no es suficiente. Tengo que prepararte mejor esta vez para recibir mi polla.

Le llevo las manos al pelo y tiro de él cuando añade otro y los mueve, a la vez, traza círculos duros y certeros con la punta de la lengua sobre mi punto nervioso.

—Oh, Dios.

—Declan. En realidad, me llamo Declan, y es un placer que lo sepas al fin.

Es el maldito capitán del equipo, Declan Devereaux, ¡mi paciente! Él es el mismo hombre enmascarado al que me entregué en ese club en un momento de locura.

Esto no está pasando.

—Me importa una mierda cómo te llames…

—Te importa una mierda siempre y cuando no deje de comerte el coño, oído.

—¡No! Eso no es lo que iba a decir.

—Pero es lo que yo quiero escuchar. Ahora ya puedes gemir mi nombre mientras te llevo al orgasmo, caramelito. Hace dos noches, fue lo único que eché de menos.

—No soy tu puto caramelito, ni siquiera te conozco.

—Conoces a mi polla, pero, tranquila, te estoy preparando de forma adecuada para volverla a presentar.

Pierdo la presión de los dedos. Pierdo la calidez de su boca. Me siento decepcionada por un par de confusos segundos, pero enseguida noto como se yergue y como su polla presiona contra mi entrada.

—¿Estuviste dolorida? —pregunta mientras me da una palmada en los pechos que me obliga a espabilar.

—Aléjate de mí —le advierto.

—Hazme una pregunta, eres psicóloga, ¿no? Es tu puto trabajo.

—Declan, esto…

Me sujeta la barbilla, aprieta y me obliga a elevarme hasta que estoy semisentada. Su polla presiona entre mis piernas y amenaza con entrar.

—Vuelve a decir eso.

—¿Decir qué?

—Mi nombre. Di mi puto nombre, Martina.

La comprensión me expande la mirada y él sonríe de tal forma que me aterroriza.

—Lo sé todo sobre ti, *caramelito*. Estas perdida. Ahora sé una buena chica y gime mi puto nombre mientras te follo el coño duro.





CAPÍTULO 15

En mi defensa diré que éramos inevitables.

Toronto, 11 de octubre.

Gime y lloriquea cuando me introduzco dentro de ella hasta la mitad. Mierda, su calidez y estrechez hace que me estalle la cabeza. Creo que va a decir algo, pero me niego a que lo arruine y le devoro la boca para que la mantenga ocupada. Jadea y le late el pulso con fuerza entre mi mano mientras le tiemblan las piernas.

—Perfecta —gruño en su boca y ella me muerde el labio mientras se le escapa un gemido, pero lo disfruto—. Eso es, *petite,* gime para mí.

Niega con la cabeza y me muevo con más contundencia, amenazo con ir hasta el final y noto como se tensa; entonces,

vuelvo a besarla y, con la mano con la que le retenía la cadera, busco su clítoris y lo acaricio.

—Estaba en medio de algo, *caramelito*. Cuando haga que te corras, me hundiré dentro de ti.

—Declan…

—Mientras —la interrumpo—, puedes preguntarme lo que quieras, ¿entendido?

Asiente, aunque parece algo perdida. Es normal, yo también lo estoy, pero la crudeza de lo que ella me hace sentir hace que me convierta en un jodido enfermo inevitable.

—Eres un jugador. —No es una pregunta, pero la contesto de todas formas.

—Soy el capitán del equipo.

Se le agranda la mirada, pero no sé si es por la sorpresa o por lo cerca que está del orgasmo.

Estoy eufórico. Miro hacia abajo, al punto en el que nos unimos, y observo mi polla dura casi por completo dentro de su coño empapado. No puedo creer que esté funcionando de nuevo, no puedo entender que tiene esta mujer que hace que mi polla cobre vida y se ponga dura como el acero.

—¿Sabías quién era antes de vernos en el club?

No quiero contestar a esa pregunta, no ahora, así que subo su jersey, le bajo el sujetador y me prendo a uno de sus pezones mientras la follo más rápido y le acaricio el clítoris como puedo.

—Eres deliciosa, caramelito.

—¿Por qué me llamas así?

—Por el color de tu piel y tu pelo.

—¿Me conocías? ¿Sabías que iba a trabajar aquí? —Se le rompe la voz en las últimas palabras porque añado velocidad. No pensaba darle la oportunidad de que preguntase demasiado, ni pienso responder a preguntas comprometedoras.

—Sí.

—¿Qué?

Solloza e intenta removerse, pero me ensaño con los movimientos y noto como empieza a temblar, aunque intenta resistirse.

—Dios.

—Declan.

—Cállate, joder.

—Córrete sobre mi polla.

—Déjame en paz.

—Deja de resistirte.

—¡Nunca!

—Déjate ir para que pueda metértela toda, Martina.

—Joder, para…

La miro a los ojos antes de utilizar su propia palabra contra ella.

—Nunca.

Se rompe en un montón de pedazos. Noto como se hincha su botón sensible debajo de la presión de mi pulgar y dirijo la humedad que le brota de entre las piernas. Tiembla, hunde la cara en mi hombro y me muerde mientras convulsiona. Entonces, me hundo del todo con un empellón fuerte, grita, pero la beso para aplacar el chillido y la follo con fuerza sobre el escritorio. Empellón tras empellón noto que pierdo el sentido.

El placer se me acumula en los testículos, los noto pesados, me siento a punto, pero no puedo parar.

—La próxima vez que te folle te quiero desnuda para mí.

—No habrá próxima —gime bajo mi pecho.

Le acuno la cabeza con las manos, me acuesto del todo sobre ella y muevo las caderas para introducirme a mayor profundidad. Tiembla y pone los ojos en blanco cuando me mantengo en su tope.

—¿Qué has dicho?

—Me haces daño —gimotea y me araña el pecho.

—Repite después de mí: «Mi coño te pertenece, Declan».

—¡No!

Me presiono con más fuerza si es que es posible y entonces ella asiente y lloriquea.

—Sí, vale, sí, lo que tú digas.

—Mi coño te pertenece.

—Mi coño te pertenece —repite casi sin aliento.

—Lo sé, caramelito.

Le beso los labios y me muevo, dentro y fuera, con ímpetu, pero sin ensañarme con su tope.

—Me estás exprimiendo, joder.

Tiro de ella hasta que se sienta y noto su cuerpo pegado al mío. La beso y la abrazo de tal forma que sus brazos me rodean los hombros y reposan en mi espalda. Esto no estaba planeado; de hecho, venía a intimidarla, pero ha sido verla y me han bombardeado los recuerdos de su coño perfecto y la polla se me ha puesto dura como una piedra. Otra vez. Es una puta locura.

Martina me araña, al principio despacio, pero luego con la misma fuerza con la que la follo. Una de sus manos asciende por mi nuca, me agarra el pelo y tira. Su tacto me enloquece y el placer es tanto que no lo puedo soportar.

—Quiero correrme en tu coño, caramelito. ¿Tomas anticonceptivos? —Niega con la cabeza y gruño—. Te sacaré una cita con la mejor consulta ginecológica de Toronto —le digo, y entonces el placer se desborda y la saco justo a tiempo de descargar sobre su muslo—. También tienes que firmarme un certificado de confidencialidad.

Esbozo mi mejor sonrisa mientras recuperamos el aliento, pero ella parece cabreada.



CAPÍTULO 16

Entre más eternos queremos ser, más fugaces nos volvemos.

Toronto, 11 de octubre.

—Esto no puede volver a pasar —digo mientras bajo del escritorio y me ajusto la falda. Intento sonar convincente, pero tiemblo de pies a cabeza y me siento pegajosa, sensible y dolorida.

—Ah, ¿no?

Declan. Mierda… odio saber ahora su nombre.

Declan se yergue delante de mí con toda su gloria masculina y se guarda los clínex con los que me limpió su semen del muslo en el bolsillo del pantalón de chándal.

—No.

Él sonríe y saca de su bolsa de deporte un papel arrugado y un boli.

—Quédatelo, léelo bien y fírmalo. Te recojo cuando finalice tu turno.

—¿Qué dices?

—Hasta luego, *caramelito*. Por cierto, ya funciona el wifi. Ha valido la pena restringirlo solo para ver tu cara de sorpresa cuando he aparecido.

¿Mi cara? ¿Planeo lo del wifi para restringirme el acceso a la agenda? Dios…

—Respira, *caramelito*.

—¿Por qué? ¿Por qué haces esto?

—Porque he decidido que eres mía —musita antes de marcharse y me deja hecha un lío.

¿Suya?

¿Qué demonios acaba de pasar? Ah sí, el capitán del equipo para el que trabajo acaba de follarme sobre el escritorio. ¡Es uno de mis jugadores! Mi paciente. Joder, solo llevo un día aquí y ya he cometido una falta digna de merecer un despido.

Es una locura, pero con este hombre cerca es imposible ser racional.

Declan.

Abro el portátil a toda prisa y, como él ha dicho, por arte de magia, funciona internet. Frunzo el ceño y tecleo su nombre en Google acompañado de «capitán de los Toronto Bloodhawks». La cantidad de artículos y titulares que me aparecen al segundo es abrumadora y, en todos ellos, salen los mismos ojos azules y ahora inconfundibles del enmascarado que quería que continuara en la categoría de desconocido.

¿Como he podido no darme cuenta, ser tan idiota?

Creí que irme lejos iba a ser la solución para lograr encontrarme, pero vuelvo a sentirme igual o más perdida.



Una hora después, tengo almacenada en mi cerebro demasiada información y demasiadas imágenes sobre mi ya no desconocido capitán.

Declan Devereaux, tiene veinticuatro años, nació en Toronto, es descendiente de la parte francesa e hijo de empresarios locales, habla tres idiomas y es una estrella del hockey desde los equipos infantiles, firmó con los Bloodhawks en la liga universitaria junto al resto de sus amigos. La mayoría de los artículos hablan sobre ellos como grupo, los llaman «La sexta línea», según recuerdo, en el hockey solo hay cuatro líneas, cinco si contamos banquillo y suplentes, sigo con la lectura y entiendo el significado: los periodistas y fans los consideran un mito, los cinco amigos de infancia que juegan juntos en un mismo equipo y lo han convertido en suyo. Nadie tiene la más mínima oportunidad cuando ellos están en el hielo, y su único fallo es que no suelen mantener a un extremo izquierdo. La mayoría no entiende su manera de jugar tan compenetrada, no entra en contacto con su sincronía y por eso no duran.

«¿Cómo es que los jugadores de la sexta línea son amigos de infancia?», escribo en Google. Enseguida me aparecen unos cuantos artículos vagos en los que se comenta que, el origen de esta amistad, está en el The Hallaway Program. Se me disparan

las alarmas y noto un escalofrío. Nunca he sido hincha del hockey, pero a toda persona que le interese lo más mínimo el mundo del deporte sabe que The Hallaway Program acabó muy mal, asesinaron a los entrenadores, a ella la envenenaron y de él nunca se encontró el cuerpo, y todo esto mientras los chicos del programa permanecían encerrados y rogando ayuda. Dicen que se trató de un ajuste de cuentas, pero nunca se han encontrado a los culpables.

«The Hallaway Program», escribo en el buscador y clico en imágenes, aparecen las caras sonrientes del entrenador y su esposa, ella tiene un cabello marrón ondulado mientras que él luce una melena corta y pelirroja. Dicen que tenían una hija, pero esta no sale en la búsqueda, ni siquiera se conoce su nombre, e imagino que es así para protegerla de las posibles represalias. Se rumorea que Marcus y Helena Hallaway no solo pudieron haber enfadado a alguien ligado al plano delictivo, sino también a algunos de los padres de los chicos del programa, puesto que eran crueles y cometieron barbaridades contra ellos. Veo algunas fotos de ellos con un grupo de chicos, la expando, hago *zoom* y observo con atención. Los reconozco. La esposa del entrenador y entrenadora suplente está en medio de Declan y Lucien, Declan parece serio, pero Lucien se muestra relajado mientras ella tiene su codo sobre su hombro. En el otro extremo se encuentra el entrenador, Marcus, detrás de Gideon, y le sujeta ambos hombros, mientras que Kirian lo mira con mala cara. Noto como un sabor amargo me sube por la garganta, no me gusta la ira que distingo en los ojos desiguales de Kirian o la maldad en los del entrenador.

Hay más chicos, unos dieciséis, pero se nota que la atención de los entrenadores se centraba en los titulares de los Bloodhawks.

¿Dónde está Sterling?

Lo localizo en el centro de la foto, en esta sonríe de manera abierta y se muestra como el protagonista. Avanzo la imagen, hay más, en cada una de ellas la expresión de Sterling cambia, ya no sonríe a la cámara ni lucha por ser el centro de atención,

sino que mira a la derecha, hacia arriba, como si viera algo o, a alguien, a través de una ventana.

Vuelvo a avanzar y aparece una imagen difícil de borrar de la consciencia de cualquier ser humano racional. Es de noche, llueve y solo brillan las luces de los coches patrulla y las ambulancias. La sexta línea, con rostros mucho más jóvenes y cansados, aparecen en un primer plano, mientras el personal médico los cubre con una manta color bronce y les brinda asistencia.

La imagen desaparece de repente, antes de que pueda hacer *zoom* y observarla con detenimiento. Y, en su lugar, la palabra «Error» se vislumbra en la pantalla.

Suspiro y abandono la búsqueda por ahora, pero sé que volveré a ella tarde o temprano.



CAPÍTULO 17

Todo lo demás eran simulacros, él es el verdadero incendio.

Toronto, 11 de octubre.

—¿Te encuentras bien?

Levanto la vista del móvil, donde *stalkeo* sin piedad las publicaciones de Instagram de cierto capitán, y miro a Taylor. Casi ha acabado su plato y yo no he probado ni una patata del mío.

Joder, otra vez me he disociado, ¿cuánto tiempo he pasado perdida en el móvil e ignorando a la pobre?

—Lo siento mucho —musito mientras bloqueo la pantalla, pongo el móvil al lado de la bandeja y agarro el tenedor—. Es inaceptable, no pretendía…

—No pasa nada —me interrumpe y suspira—. Estoy acostumbrada.

¿Acostumbrada a qué? ¿Conoce a alguien como yo o solo habla de ser ignorada?

Se me oprime el corazón.

—Tengo un problema —le confieso con voz suave y baja, como siempre que hablo de esto, me encojo sobre mí misma debido a la inseguridad que me produce—. Se llama disociación, me sucede más veces de las que me gustaría.

Elevo la mirada y Taylor tiene toda su atención centrada sobre mí mientras le brilla la curiosidad en la mirada. No sé por qué, pero se lo quiero contar, quiero que lo sepa y que entienda que jamás ha sido mi intención ignorarla. Ella es la primera que me ha mostrado su amabilidad de forma abierta en este lugar y no quiero corresponderle de otra forma que no sea de la misma manera.

—A veces parece que estoy, pero no es así. Es complicado, puede suceder sin más o cuando me centro demasiado en algo, es como si alguien cerrara una puerta dentro de mi cabeza y dejara todo lo de fuera en silencio. A veces veo, escucho y siento, pero en un segundo plano, como si todo sucediera bajo el agua, lejos de mí. A veces tan solo me apago. No lo hago a propósito y te pido disculpas.

—No tienes por qué disculparte. —Taylor parpadea y me sujeta las manos, las acoge entre las suyas y me hace una pregunta que me produce escalofríos—. ¿Tú estás bien?

¿Lo estoy?

Todo lo sucedido se precipita sobre mí y se me cae encima. Me fui de Boston para huir de la Martina que lo escondía y se tragaba todo, de la Martina que tenía una fachada y fingía una sonrisa tan fácil como respirar. De la Martina que teme reconocer el miedo que siente de perderse.

—Tengo miedo —le confieso y Taylor me aprieta las manos para insuflarme valor—. A veces es muy extremo, en un segundo estoy aquí y al siguiente… ya no. Me quedo mirando un punto fijo y el mundo se vuelve borroso, ajeno, irreal. Y, aunque quiero volver, aunque grito por dentro para reaccionar, mi cuerpo no responde. Parpadeo, asiento, sigo respirando… pero no siento nada, solo un vacío tranquilo y helado que me envuelve hasta que, sin darme cuenta, regreso. Y nadie lo nota.

Y si lo notan, no tiene idea de cuánto me esfuerzo por no desaparecer.

—Joder, Martina, ¿has buscado ayuda? —Niego con la cabeza.

La respuesta es «no» porque me sentía protegida dentro de mi falsa burbuja de seguridad, pero esta se hace añicos ante mis ojos desde que descubrí la verdadera naturaleza de mis padres y lo jodí todo al caer como un corderito en las garras afiladas de cierto capitán.

—Tienes que hablarlo con un profesional, Martina.

—Lo sé —le aseguro—Lo haré.

Ya debería haberlo hecho antes, cuando comenzó a ocurrir, debí haber hablado a mis padres de ello en aquel entonces, pero me aterraba el hecho de decepcionarlos, de que vieran que no soy la chica brillante y perfecta que ellos esperaban. Todo ha ido a más, y necesito que pare.

—Lo haré —vuelvo a asegurar y Taylor me sonríe con condescendencia.

—Vale. Ahora, cambiando de tema, ¿qué hacía el capitán en tu consulta?

Me atraganto en el acto y el trago de té helado me sube por la nariz, toso para sacarlo y me cubro la mitad de la cara con la servilleta mientras lucho por recuperar la normalidad.

—¿Cómo que qué hacía? Fue a por una consulta…

—Él nunca ve a ninguno de los psicólogos, los demás sí, pero nunca Declan.

—Bueno, yo…

—¿Puede que hayas despertado su curiosidad?

Me sonríe con picardía y se me calientan las mejillas, pero me recupero enseguida.

—Absolutamente no.

—Oh, venga ya, Martina, enróllate un poquito, no me vas a decir que no son una utopía el tamaño de esos músculos y lo perfecta que es la simetría de esa cara.

—¿La simetría de esa cara? ¿Quién cojones habla así?

—Yo. —Taylor se señala la camiseta en la que aparece la imagen de un dragón que sobrevuela y quema la ciudad con la

frase: «Esta soy yo cuando no puedo leer un capítulo más»—. Soy una friki de las novelas.

—Oh, en ese caso concuerdo contigo en que su cara es muy simétrica. —Taylor se carcajea y me contagia un poco de su entusiasmo—. Pero solo subió a presentarse y hablar de ciertas cosas que le preocupan.

—Cómo me gustaría ser tú ahora mismo y saber lo que nuestro capi tiene en la cabeza.

Somos dos.

—¿Tienes planes para mañana después del trabajo?

—¿Aparte de tumbarme en mi piso y estudiar a mis nuevos pacientes?

—Ese es un plan de mierda, ven a estudiarlos en vivo y en directo.

—¿Ven?

—Tienen partido, el de apertura, utilicemos nuestros pases y vengamos a verlos.

—¿Tenemos pases?

A Taylor se le agranda la mirada, parece perpleja, incrédula.

—¿Para qué crees que sirve esto? —pregunta mientras me sujeta y eleva la identificación de personal que llevo colgada del cuello.

—Para identificarnos.

—Qué lista —se carcajea—. Podemos ir a los partidos, Martina, trabajamos para ellos.

—Oh.

—Vas a venir conmigo y no acepto un no por respuesta.

—Pero…

—Los «pero» tampoco están incluidos.

Me río ante su felicidad y doy otro sorbo a mi té. No creo que sea una buena idea ir a ese partido, pero eso pasa a un segundo plano cuando me percato de cómo la sonrisa de Taylor muere despacio mientras mira hacia adelante, a la entrada del edificio, por donde salen ahora mismo los cinco chicos que parecen ser el centro de toda la dichosa atención en este lugar.

Sterling nos guiña el ojo y nos lanza un beso mientras sonríe. Lucien vocaliza un: «¿quieres una foto?», mientras pone los ojos en blanco; Gideon y Kirian se miran entre ellos antes de posar los ojos sobre Taylor; y Declan… Declan ni siquiera mira en mi dirección.

Joder.

Qué intenso.

—Pues eso —musita Taylor cuando se rompe el momento—. ¿Eres más de refresco o de cerveza?

Me río a pesar de mí misma y me lo pienso un poquito. Soy una chica de refresco, o al menos es lo que mis padres querían, así que no dudo un segundo antes de contestar con un alto y sonoro.

—Cerveza.

—¡Esa es mi chica!

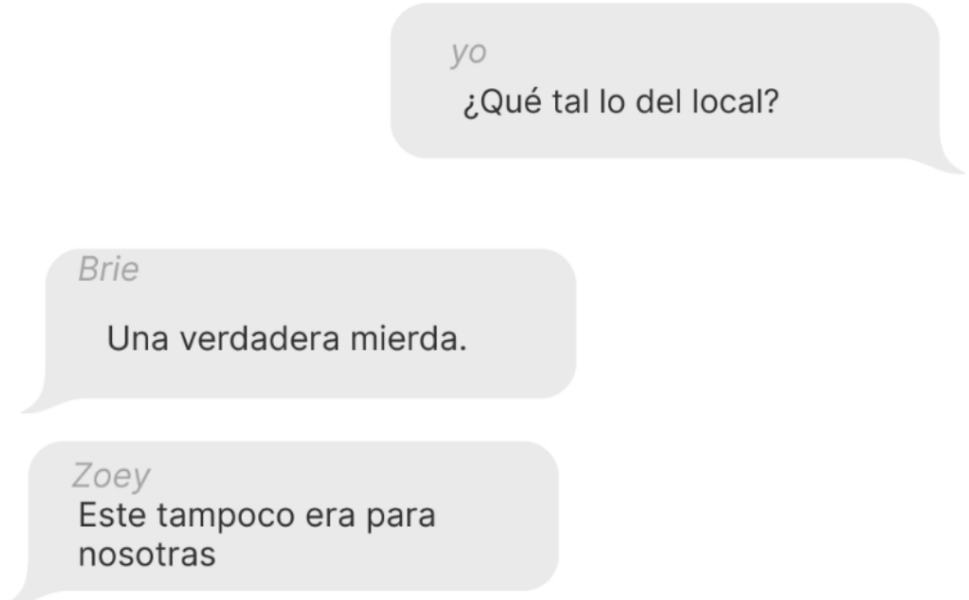
Me gusta Taylor. Estoy segura de que encajaría estupendo con Zoey y Briella. Hostias hablando de ellas, ¿cómo les habrá ido lo del local?

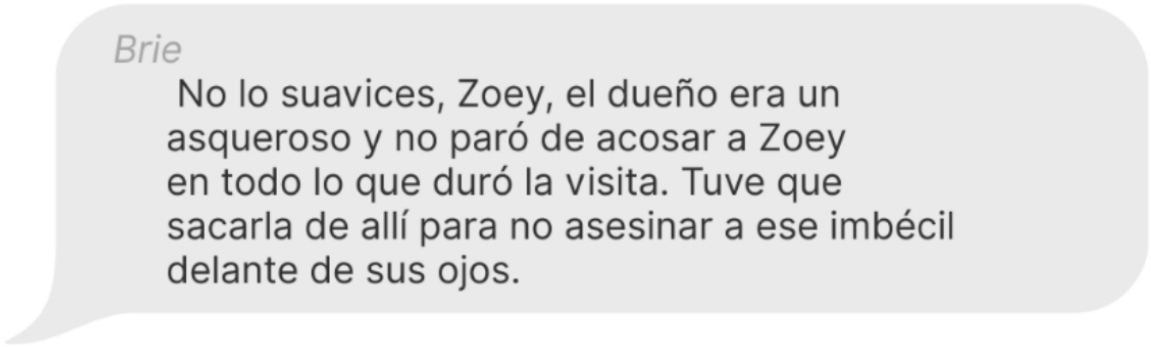


CAPÍTULO 18

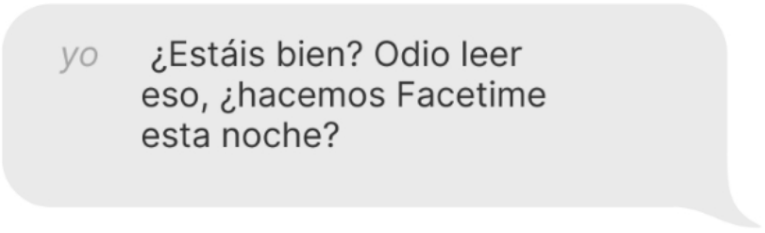
Seamos esencia, no apariencia.

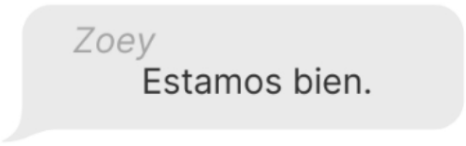
Toronto, 11 de octubre.

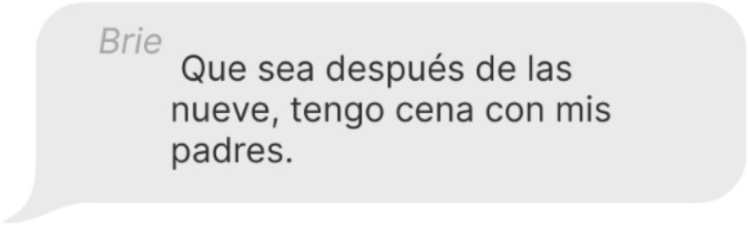


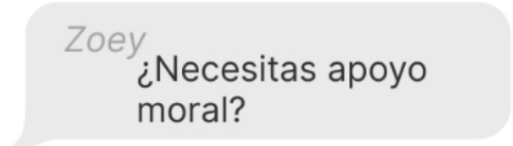


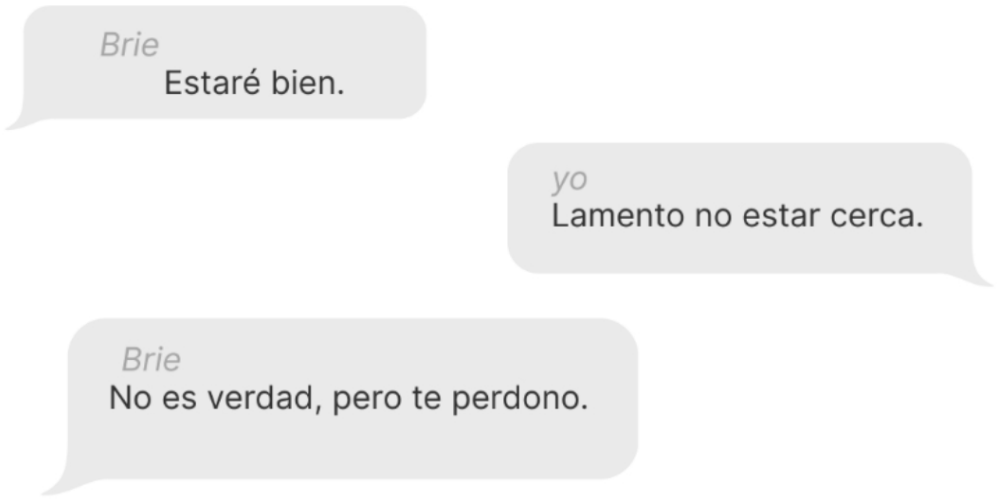
Joder, pues sí que ha ido mal.











—Parecen chicas divertidas.

Taylor observa mi sonrisa de oreja a oreja y roba otra de mis patatas, que siguen sin comer, mientras la hamburguesa ha perdido la mitad de su tamaño. Nunca soy capaz de acabar las dos cosas.

—Son geniales, te las presentaré cuando vengan a verme, porque te aseguro que vendrán.

—Yo tengo un millón de amigas, pero todas online, tengo una cuenta dedicada a hablar de libros en redes.

—Eso es increíble, Tay, ¿por qué no pides un hueco en el equipo de relaciones públicas si se te dan tan bien las redes?

—Qué dices. —Ahora es ella quien se atraganta—. Solo se me da bien hablar de lo que me gusta, no de las tonterías de los jugadores.

Eso tiene su lógica, así que asiento sin más.

—Oye. —Noto como un calor denso me sube por la piel—. ¿Sabes algo del psicólogo anterior, el señor Forbes?

—Terry —me corrige Taylor mientras asiente—, era majo, aunque algo remilgado. Tendría unos cuarenta y tantos, pero no veas como nos miraba…

—Oh, ¿era un pervertido?

—De los gordos. Los chicos hicieron bien en meterse con él hasta mandarlo a paseo.

—¿Por qué? Es decir, ¿por qué echan a todos los psicólogos?

—A los chicos de la sexta línea no les gusta que intenten meterse en sus cabezas. Todo el mundo piensa que es porque ocultan un gran secreto, ya sabes, algo relacionado con lo que sucedió en The Hallaway Program.

—¿Qué? ¿Cómo podrían ocultar información sobre eso? ¿No fueron interrogados por la policía?

—Todo el mundo cree que pasó algo más, yo incluida. Algo que no cuentan a nadie. Los padres de Gideon son mis vecinos, fuimos amigos en la infancia, él cambió totalmente cuando teníamos doce años después de pasar un verano allí, lo noté. Tuvo una época mala después de eso, pero a los diecisiete, después de ese día, cambió por completo, Martina, se convirtió en otra persona.

—¿Crees que ellos vieron lo que pasó? —Su mirada seria me grita que cree mucho más que eso—. ¡¿Que participaron?!

Me cubro la boca con las manos debido a la sorpresa, pero Taylor ni se inmuta.

—Muchas personas lo piensan. De hecho, el nombre del grupo viene de esa suposición. La sexta línea no existe, pero ellos la crearon. Como se crearon a sí mismos para cumplir su propósito de jugar juntos al hockey.

Eso es… joder, es muy descabellado, pero ¿me imagino a esos cinco hombres aterradores ocultando secretos entre ellos tras cometer un crimen?

La verdad es que sí.



CAPÍTULO 19

La mayoría de las personas muere a los dieciséis, pero no los entierran hasta los setenta y cinco.

Toronto, 11 de octubre.

Se ha quedado en la oficina casi una hora extra y, al salir del edificio, mira en todas las direcciones antes de ir con paso acelerado hacia su coche. Es divertido ver la alarma en sus preciosos ojos verdes azulados, y es emocionante sentir que, todo ese recelo, es porque me busca.

Cierro la aplicación del móvil con la que tengo acceso a las cámaras del edificio y me lo guardo en el bolsillo de la sudadera, justo a tiempo de escuchar como Martina, con manos temblorosas, desactiva la cerradura del coche que le ha dado la empresa. Conseguir la copia de las llaves y colarme dentro ha sido tan fácil que ya no me hace ni gracia.

No sé por qué hago esto, o sí, porque es emocionante.

No hago ni el más mínimo esfuerzo por esconder mi metro noventa y cuatro, pero me coloco detrás del asiento del conductor

con la esperanza de que no me descubra tan deprisa. Se sienta en el asiento del conductor, cierra la puerta y emite un suspiro aliviado antes de apremiar el coche a que encienda más rápido, menos mal que no es un coche pequeño porque, si no, la llevaría clara.

Al parecer, *ma petite curieuse* pidió grandes estancias y complemento porque espera recibir a menudo la visita de sus amigas.

—Vamos, vamos…

Me saco el revólver del bolsillo de la sudadera y lo poso contra su costado.

—¿Intentas huir de alguien, caramelito?

Grita con tanta fuerza que me taladra los oídos, gruño en respuesta y le aprieto la punta del arma contra las costillas.

La polla me se me endurece y engrosa solo con saber que la pillé desprevenida.

—¿Qué…?

—Conduce —le ordeno y no le permito terminar—. La dirección está en el navegador.

Niega con la cabeza, confusa, y boquea como un pececito indefenso que ha saltado fuera del agua.

—¿Por qué me amenazas con una pistola?

—Porque eres un caramelito muy terco.

—Declan, eso es peligroso…

—Yo también, *petite*, pero soportas mi polla como una campeona, así que estoy seguro de que esto también lo podrás soportar.

—¿Qué pasa si me niego?

—Que te follare en este aparcamiento sin que me importe una mierda quien pueda mirar, pero no tendré el cuidado de sacarla a tiempo y poner mi semen fuera de ti. Te llenaré, *petite* y me importan una mierda las jodidas consecuencias.

—¡Para de hablar así! No es como si pudieras hacer lo que quieras conmigo.

—Pero sí puedo, caramelito —le sujeto el cuello con fuerza desde atrás y gruño sobre su oído—. Estoy siendo amable y te doy la oportunidad de elegir. A menos que tu elección sea quedarte

embarazada tan pronto y parir a mi hijo dentro de nueve meses, enciende el puto coche y conduce.

Desciendo con la mano y le tiro del jersey hacia abajo, dejo ver su sujetador de encaje y tiro de él hasta que se rasga, ella chilla en respuesta.

—¡Lo haré! Dios, eres un demente.

—Qué cosas más bonitas me dices, caramelito.

—Podrías sentarte delante y hablar como una persona normal —farfulla mientras se cubre el pecho y pone el coche en marcha.

El navegador habla enseguida y le indica el camino, Martina lo sigue sin rechistar.

—No tenías que romperme el sujetador.

—Me gusta más cuando no lo llevas, pero tienes razón, te compraré uno nuevo.

—No te he pedido eso.

—¿Por qué azul celeste?

Me siento extraño en cuanto me sale la pregunta porque ni siquiera la he tenido que pensar, ha salido sola, con naturalidad, con genuina curiosidad por conocer la respuesta.

Hace más de siete años que no me pasaba algo así. Soy el capitán de mi equipo, el líder del grupo, el que mantiene la calma entre mis descontrolados amigos, el mediador, el calmado y, por supuesto, el que piensa mil y una veces sus palabras antes de dejar que le salgan por la boca, pero con Martina todo eso parece irse a la mierda.

—Te lo diré si tu me dices por qué marrón.

—Hecho.

Veo como sus ojos me dan un repaso a través del retrovisor.

—Creo que es un color que transmite calma, pero también profesionalismo, y creo que resalta un poco los toques azules de mis ojos.

—¿No es porque es el mismo tono de azul que el de los míos?

—Oh, Dios, no —se indigna y sonrío como respuesta.

—No cambies de dirección. —Me yergo de nuevo y le apunto con el arma al costado al notar que pensaba desviarse en dirección a una patrulla aparcada a unos metros.

—Vale, vale, lo siento.

—Me gusta más pensar que te la pusiste porque te recuerda al color de mis ojos.

—Declan…

—¿Has tomado anticonceptivos antes? —Parpadea frustrada y niega con la cabeza—. ¿Te apetece hacerlo?

—¿Me dejas alternativa aparte de follarme hasta dejarme embarazada?

—La verdad es que no, lo de la marcha atrás no es nada fiable y lo odio.

—Declan, ni siquiera me conoces, y no sé si quiero follar otra vez contigo.

Se me escapa una carcajada sonora.

—¿De qué coño te ríes?

—No fue la impresión que me dio en tu despacho mientras tu coño empapado se tragaba mi polla y gemías mi nombre.

—Eso…

—Llegamos.

Me bajo del coche en cuanto aparca y escondo el arma debajo del asiento. Le abro la puerta del conductor, tiro de ella hacia mí y la abrazo, mientras ella procura luchar y alejarse.

—Está cargada —le susurro al oído y noto como se tensa—. No quiero matarte, caramelito, así que no me des motivos.





CAPÍTULO 20

Perdón por el desorden, solo trato de volver a ser yo.

Toronto, 11 de octubre.

—¿Entonces es lo más potente?

La médica sonríe ante mi insistencia, pero ni por asomo puedo quedarme embarazada de ese pedazo de animal. Tampoco me apetece que me vuelva a tocar después de amenazarme con una jodida pistola, pero estoy de acuerdo con el aspecto de cuidarme, y también con el aspecto de que él pague la consulta. Soy nueva en esto del sexo y no me ha venido mal escuchar de una profesional que, aunque él sea un bruto y tenga una polla enorme, no me matará por dentro.

—Es una buena forma de iniciar, además estarás protegida durante tres meses sin necesidad de recordar tomar una pastilla cada día.

Eso es bueno, mi cabeza es un desastre, y mucho más ahora que ese pedazo de imbécil parece incapaz de dejarme en paz.

Además, ya puede ser efectiva, porque ha sido la inyección más dolorosa de mi vida.

—Recuerda, tenéis que usar preservativo durante al menos siete días.

No pasará. No voy a dejar que vuelva a tocarme, no mientras él se sienta dueño y señor absoluto de todo el control.

—Muchas gracias.

—De nada, acabo de enviarte un correo electrónico con posibles efectos secundarios, ven a verme si sientes cualquiera de esas cosas.

Asiento.

—Saluda de mi parte a Declan al salir.

Se me contrae cada órgano del cuerpo al escuchar esas palabras, esa familiaridad, esa soltura. Entonces, me pongo de pie y noto como el peso de la realidad me hunde del todo los hombros. Por supuesto que me trata como si no tuviera nada que opinar, para él es así, es una estrella del hockey, las mujeres deben hacer cola para obtener sus atenciones y esta debe ser la médica a la que las trae a todas.

No soy especial, él es un payaso enfermo y yo no debería confundirme. Además, trabajo para el equipo, es mi paciente y esto es una locura.

—Lo haré.

Cuando salgo de la consulta, Declan se quita la capucha hacia atrás y salta de su asiento. Intenta ayudarme con el bolso y la chaqueta, pero lo empujo con fuerza y le dedico una mirada de advertencia.

—No te me acerques.

—¿Aún estás molesta?

Parece tan majo e inocente cuando hace preguntas como esa, un chico totalmente normal, ¿quién diría que debajo de esa

fachada se esconde un sádico desequilibrado?

—La médica te envía saludos.

No quiero que las palabras salgan colmadas de veneno, pero lo hacen. Y no me siento capaz de gestionar ahora mismo el enfado que siento sin ponerme en evidencia.

—Vale —refiere algo confuso.

—Me voy a casa —gruño y camino decidida hasta la salida, pero él viene detrás.

—Estas molesta, pero no pareces molesta por lo de la pistola, porque huyes de mí sin que te importe una mierda que la lleve, pero si pareces hecha un basilisco porque mi tía me manda saludos, ¿es así?

—Espera —me giro y lo enfrento—. ¿Has dicho tu tía?

—Sí, es la hermana de mi madre, le he pedido de favor que te atendiera.

—Oh, ¿no es porque suelas traer aquí a todos tus ligues y por eso te conozca? —Sonríe de medio lado y yo me siento un poco idiota.

—¿Perdería valor ante ti si te digo que no?

Niego con la cabeza y su sonrisa se vuelve más amplia.

—¿Estás bien? ¿Te ha hecho daño?

—Como si te importara.

Su pecho me empuja y mi espalda choca contra la pared, su mano grande me envuelve la barbilla y los ojos le brillan de intensidad mientras gruñe con voz ronca.

—Me importa todo lo que tenga que ver contigo, Martina. Te he proclamado como mía, ¿recuerdas?

Su cercanía en este momento se siente irreal, confusa, dulce y amarga a la vez. Una voz en mi cabeza me dice que me aproveche de la situación, asienta y me tumbe sobre su pecho; la otra me recuerda que lleva un arma encima con la que me ha amenazado para que venga y que no conozco las verdaderas intenciones que este demente tiene sobre mí.

—Estoy bien —bisbiseo y me quedo perpleja cuando Declan me agarra de la mano.

—Bien, entonces te llevaré a cenar.

—No pienso ir a…

—Está cargada —musita y hace que el arma en su bolsillo me roce el muslo.

Estoy perdida.



CAPÍTULO 21

Tan lejos y tan cerca, como enero y diciembre.

Toronto, 11 de octubre.

—Sabes que no pueden vernos juntos, soy tu psicóloga, ¿recuerdas?

—Es un lugar reservado —farfullo mientras salto del coche y me dirijo a su puerta—. Nadie nos verá, lo prometo.

Ella duda, pero tiro de su peso y la saco del coche. Podría acostumbrarme a eso. Al peso de su cuerpo sobre mis brazos, a lo bien que me siento cada vez que la cargo.

—Deja de levantarme cada cinco segundos como un hombre de las cavernas.

—Prometo no volver a hacerlo hasta que sea para ensartarte con mi polla.

—¡Declan!

—Shhh —le chisto y le cubro la cara completa con la palma de la mano—. ¿Quieres que se entere toda la puta ciudad de como te hago gritar mi nombre?

—Eres un idiota.

Me río por lo bajo y tiro de ella escaleras arriba. En la puerta del local, Josh me reconoce y abre para mí nuestra entrada especial, que da a unas escaleras por las que se sube directamente al ático, donde hay una estancia de madera acogedora y una mesa privada y solitaria.

—¿Te gusta la comida coreana? —Martina asiente y suspiro de alivio—. Genial, porque, si no, lo de traerte a cenar hubiera sido un verdadero fracaso.

—También podrías haber hecho algo llamado preguntar lo que me gusta.

—No podemos cenar en cualquier lado, nos escondemos, ¿lo recuerdas?

—Declan, esto no puede pasar —suspira—. Estuvo bien, lo reconozco, y te agradezco la cita con la doctora, pero soy tu psicóloga y podría perder mi trabajo si no le pongo un fin a esto.

Sonrío a pesar de mi mismo. Es gracioso que ella quiera terminarlo cuando para mí acaba de comenzar. La atraigo hacia mí y la rodeo con fuerza mientras le hablo sobre los labios de forma contundente.

—No intentes utilizar la psicología conmigo, Martina, no llevo bien que la gente intente manipularme o darme órdenes.

—No son órdenes, Declan —farfulla y le tiemblan los labios. No soy idiota, sé que me tiene un poco de miedo, pero eso forma parte del plan—, son límites. Y, cuando la gente los marca, debes aprender a respetarlos.

—¿Qué tiene de malo que follemos? No hacemos daño a nadie y es lo único que quiero, follarte.

—Oh, eso es superromántico...

—No me va el romanticismo —la interrumpo—, y por la forma en la que te corres cuando no soy romántico, a ti tampoco.

—No sabes una mierda de lo que me va, prácticamente me has asaltado.

—Y literalmente lo has disfrutado.

—Deja de…

—Aquí está su comida.

Como siempre que vengo, Josh trae todo lo que tiene en el menú, solo que, esta vez, son raciones triples, ya que yo las suelo comer dobles.

—Gracias —musita Martina mientras la libero y se sienta en los cojines del suelo. La imito después de sonreír a Josh y me hago con los palillos para empezar a devorar la comida.

—Eres el mejor, Josh, está estupendo, como siempre.

—Que lo disfrutes, grandullón.

—No debería comer esto —le confieso a Martina, pero no soy capaz de parar—. Mañana tenemos partido, así que tendrás que compensarme por este desliz.

—No me digas. —Ella desvía los ojos en una mueca de fastidio.

—Deberías ir a vernos, valdrá la pena.

—Taylor me ha invitado.

—¿E irás? —Se encoge de hombros y me hace entender que no lo sabe todavía, no quiero parecer un desesperado y animarla, así que centro mi atención en otro aspecto y, con un rollito de sushi de camino hacia la boca, me doy cuenta de que ella no ha probado nada—. Te he invitado a cenar, no a que me veas comer.

Dirijo el rollito ella y, después de unos segundos de duda, entreabre los labios y lo engulle. Lo mastica una vez, dos, y le cambia la cara. Su expresión denota sorpresa. Entonces vuelve a masticar y gime mientras asiente.

—Está delicioso. Lo sé.

Media hora después estoy tan lleno que apenas puedo respirar, sé que esto me pasará factura en el partido de mañana a menos que haga un gran calentamiento.

—¿Por qué echáis a todos los psicólogos?

La pregunta me pilla desprevenido y por eso me cabrea, me he dejado llevar hasta tal punto que he olvidado por completo que ella es un posible enemigo a erradicar.

—No los echamos.

—No es lo que se comenta. Vosotros, la sexta línea, se dice que tenéis algo que esconder relacionado con The Hallaway Program y que por eso odiáis que alguien hurgue en vuestras cabezas.

A mi alrededor todo se vuelve negro. Se difumina, y me vuelvo a sentir como ese chaval que despertaba desorientado, confundido y débil sin saber qué cojones había pasado. Hablar del Hallaway Program delante de nosotros es faltarnos al respeto. No importa las conjeturas que haya sobre ello o a las que llegue la ciudad, los entrenadores están muertos y nos encontraron encerrados, esa es la versión oficial y la gente debería respetar nuestro puto trauma.

—¿Por qué te crees con el derecho de decirme algo así?

La voz me sale cargada de desprecio y me produce escalofríos, pero soy del todo consciente de que es demasiado tarde como para que pueda detener aquello que ya está en marcha. Martina frunce el ceño, niega despacio con la cabeza y traga en seco.

—Tienes razón. Esto es una mala idea y es hora de ponerle fin.

—¿Qué?

—¡Eres mi puta psicóloga, ¿no?! Es lo que acabas de decir, no deberías follar con tus pacientes, Martina, ¿en que lugar te dejaría eso delante de la comunidad profesional?

Se le cae la mandíbula al suelo y se cubre la boca con las manos, sorprendida.

—Estuvo bien. —Utilizo sus propias palabras—. Gracias por dejarme usar tu coño virgen para correrme, pero podrías perder tu mierda de trabajo si no le pongo un fin a esto.

No dice una palabra, pero noto sus ojos brillantes mientras me levanto de la mesa y pongo el arma sobre ella, apuntando en su dirección.

—Desnúdate.

—Declan…

—Quítate la puta ropa, ahora.

—No.

Niega con la cabeza y se pone de pie, pero no da un solo paso hacia la salida.

—No te lo pido, Martina, te lo ordeno.

Levanto el arma, la sobo y le apunto a la cabeza. Su cuerpo pierde del todo el color y los ojos se le salen de las órbitas. Se parece a… a mí cuando sentía miedo.

—¿Qué haces?

—Acabar con esto.

—¡¿Me vas a matar?!

«Declan, cariño, ¿me vas a matar?»

No.

¡Joder, no!

Avanzo hacia Martina y me la llevo por delante hasta que su espalda impacta contra la pared más cercana. Grita y pelea contra mí, pero me siento un jodido animal desbocado que no piensa dejar que ella oscile con el control de ni siquiera rechazarme.

Mi cuerpo engulle el suyo, le cuelo el arma entre los muslos y le acaricio el coño con ella por encima de las bragas, como si fuera una puta amenaza. Ella me sujeta el brazo con ambas manos, intenta alejarme, pero no cedo.

—Declan, por favor —solloza desesperada y algo dentro de mí se desmorona.

—Vuelve a decir eso.

—Por favor.

Mi maldita polla cobra vida propia y mis labios actúan por sí mismos. Devoro a Martina, y lo peor de todo es que ella jadea mientras me recibe y me devuelve el beso con la misma intensidad. Muevo el revólver arriba y abajo por encima de sus bragas con cierta velocidad y lujuria, ella se tensa por completo, pero no por miedo, como cabría esperar, sino porque siente placer, un placer que le aterra sentir, que no quiere en absoluto.

—Despidámonos como es debido y te dejaré en paz, *petite.*

—¿Lo prometes?

Su voz es frágil y temblorosa. Comprendo que, a pesar de la fantasía que ella supone para mí, soy el mismo hombre enfermo. No puedo estar cerca de ella sin romperla, sin que alguna de sus palabras me recuerde mi pasado, sin que eso le cause daño.

Asiento y doy un paso atrás, le señalo el jersey con la pistola y le pido que se desnude. Lo hace, despacio, hasta que se queda del todo expuesta.

Es jodidamente preciosa.

Me saco los zapatos con los pies y luego los pantalones y calzoncillos hasta que yo también estoy desnudo, pero solo en la

parte de abajo.

—¿Puedes bajar el arma?

—¿Quieres que lo haga?

Justo como esperaba, ella no responde y mi polla se engrosa ante su silencio.

—Túmbate sobre el suelo.

Traga en seco, pero me obedece. Entonces, me coloco sobre ella, en la posición inversa a la que ella se encuentra de forma que tengo su coño en la cara y la de ella en mi polla.

—Si me muerdes, dispararé. Si te corres, gano el derecho a follarte duro como despedida.

No le doy tiempo a opinar al respecto, me entierro profundo en su garganta y, segundos después, le abro la piernas con fuerza y le devoro el coño. Gime mientras intenta adaptarse, pongo el arma a un lado, pero a su alcance, ella solo tendría que estirarse un poco para alcanzarla, amenazarme para que me detenga, pegarme un tiro, huir, pero algo me dice que no lo hará. La follo con los dedos y ella se remueve, pero no se queda atrás y me succiona la polla como si hubiera nacido para ello. Se atraganta un poco, pero me maneja a su antojo, mueve la cabeza para llevarme más o menos profundo, me mata con la humedad de su saliva y me acaricia los testículos.

Es una jodida locura y temo terminar primero que ella y arruinarlo todo, pero entonces retuerzo los dedos en su interior mientras hago círculos certeros sobre su clítoris, noto como se tensa y lo demás es historia. Martina se corre a gritos, y ni siquiera la dejo recuperar el aliento antes de moverme, colarme entre sus piernas y hundirme en su interior. La follo duro, con velocidad y con fuerza, sus pechos rebotan en cada movimiento, su espalda se arquea y su voz se vuelve ronca mientras gime. Tiene dos orgasmos más antes de que saque la polla a tiempo, descargue sobre su abdomen, me levante y me vista ante su mirada triste, anegada y exhausta.

No sé cómo me siento. Es complicado. Recojo el arma del suelo, que permaneció en todo momento a su lado, me la pongo en el bolsillo y salgo de allí con la firme convicción de que debo dejarla en paz y curar mi puto cerebro.

Es la segunda vez que la dejo tirada, pero algo me dice que no habrá una tercera.



CAPÍTULO 22

El mar que llevo dentro a veces me ahoga.

Toronto, 11 de octubre.

No pienso llorar. A la mierda todo esto. Que ese idiota se retire a tiempo de esta situación tan surrealista es lo mejor que puede pasar.

Sus palabras no me hieren, ¿por qué lo harían? Soy una mujer adulta y consentí el sexo, usó mi coño, así como yo usé su polla, estamos a mano y me da igual.

Es un puñetero imbécil maleducado, y que se mantenga lejos será mi salvación.

Pero, a pesar de todo eso, me siento tan pesada y frustrada mientras me meto en la cama que ignoro el Facetime que inician mis amigas. Sé que lo notarían en mi cara si les contesto, sabrían que algo anda mal.

Declan Devereaux es un gilipollas, menuda novedad en un deportista de élite joven y engreído. Brandon también lo fue en algún momento. Se creía lo mejor y aquello se le subió a la cabeza hasta que la realidad lo hizo aterrizar en tierra de la forma más dolorosa.

Puedo soportar todo esto, lidiar con lo que hice y con el hecho de que se haya terminado. Puedo borrar a Declan Devereaux de mi radar tan rápido como lo he introducido, pero lo que no puedo aplacar es mi maldita curiosidad. Cada vez estoy más convencida de que ese hombre guarda un gran secreto, o no, pero esos cambios de comportamientos repentinos me indican lo contrario.

La noche en que nos conocimos, el hecho de ofrecerle una copa pareció ser un desencadenante, así como esta noche lo fue la frase The Hallaway Program. Sin poder evitarlo, abro mi libreta personal, escribo el nombre de «Declan» y apunto ambas cosas. No le gustó que sacara el tema de los psicólogos anteriores, pero mencionar el programa fue lo que lo hizo estallar.

Abro el portátil y busco información sobre Terry Forbes, un vídeo de él en el que advierte a los demás psicólogos sobre los «cinco desequilibrados que se esconden en el equipo» se ha hecho viral, pero es prácticamente todo lo que encuentro. Después de casi media hora de búsqueda, doy con un perfil de Instagram con su nombre que aparece de la nada, clico sin dudar y le envío un mensaje. No lo ve y no recibo respuesta, pero me siento un poco más tranquila, como si, de alguna manera, el hecho de escribir a Terry representase una acción.

No es más que una tontería, pero me prometí ser mi propia persona, escucharme y seguir mis corazonadas.

Dejo el móvil sobre la mesita de noche y, a pesar de que son las nueve y media pasadas, me pongo el antifaz para intentar dormir. Mi móvil vibra una vez más y me emociona pensar en que sea una respuesta de Terry. Lo abro rápido y es un mensaje de Instagram, pero no de la conversación que esperaba. El usuario son números y no tiene foto de perfil. Mi pantalla se ilumina con un vídeo mío y de Declan follando en Le Salon The Sombres y me da un vuelco el corazón. Se me cae el el móvil al suelo y ahogo un

grito. Se me dispara el pulso y me escuecen las lágrimas mientras se me aglomeran en los ojos.

¿Cómo?

Sostengo el móvil una vez más y el vídeo y el usuario han desaparecido. Corro fuera de la cama y rebusco en mi bolso, firmo el contrato de confidencialidad, lo escaneo, lo adjunto al correo electrónico de la médica y le pido que se lo haga llegar a Declan.

¿Él grabó ese vídeo? ¿Era su forma de enviar una advertencia? Podría denunciarlo, pero confío en que el contrato funciona en ambas direcciones. Si ese vídeo se publica, Declan Devereaux no solo destruirá mi carrera, sino también la suya, y me deberá una muy gorda.



CAPÍTULO 23

¿Cómo te libras de algo que es mental?

Toronto, 12 de diciembre.

Odio vivir en mi maldita cabeza, siempre ha sido complicado, pero lo es mucho más desde que, hace poco más de dos meses, una curiosa psicóloga se presentó en mi club voyeur y revivió dentro de mí todo lo que consideraba muerto.

Es tan jodidamente difícil olvidar lo que me pasó, lo sucio que todavía me siento debido a ello.

Creí que era imposible reprogramar mi cerebro y volver a funcionar con normalidad con respecto al sexo, pero Martina no solo hizo eso, si no que lo maximizó, mejoró mis habilidades, intensificó mi deseo e hizo que fuera agradable para mí sentirlo. Me acogió en su interior y disfrutó con ello, pero sin que me sintiera como un puto objeto al que se pretende utilizar. Ella lo cambió todo y me hizo revivir, pero no es capaz de mantener su dichosa curiosidad a raya y dejar de hacer preguntas difíciles.

Nunca lo hará. La curiosidad forma parte de ella, de la persona que es y de su trabajo.

Durante este tiempo no he parado de observarla y he logrado sacar sobre ella mis propias conclusiones. No habla con sus padres. Ignora sus llamadas, pone los ojos en blanco cuando lee sus mensajes y, a veces, llora en silencio mientras mira una foto de su familia y niega con la cabeza.

No sé qué pudo pasar entre ellos, pero me gustaría, aunque, por alguna razón, quiero que sea ella quien me lo diga en lugar de fisgonearlo.

Soy un adicto.

Me he convertido en un asiduo de sus días de cine en casa, esos en los que se pone una mascarilla verde en el rostro y se sienta en el sofá a gritar a la tele con Fanta y palomitas. Nunca me habían apetecido tanto los planes banales con una chica antes de que apareciera Martina, pero cada vez que la observo, incluso haciendo tareas comunes como poner una lavadora, me imagino a su lado, apareciendo por detrás y follándola contra la máquina.

Lo único que veo cada segundo del día es a Martina Thompson, y es una tortura castigarme físicamente a mí mismo obligándome a permanecer alejado; aún así, creo que es el mayor acto de bondad que me cometido en mi jodida vida.

—¡Os quiero centrados, chicos!

Centrado.

Esa es una gran palabra. Ojalá pudiera ponerla en práctica ahora mismo y visualizar las jugadas del partido en lugar de la cara de mi psicóloga mientras se daba placer a sí misma hace tres noches. Inundé sus dispositivos con las imágenes de un juguete que me apetecía verla usar, lo compró después de que no hablamos ni aparecí durante dos semanas y verla aprender a usarlo ha sido lo más erótico que he visto en mi vida.

—¡Devereaux, ¿estás aquí, chaval?!

Asiento con la cabeza y me golpeo el casco mientras emito un gruñido y me obligo a espabilar.

Hoy tiene que salir bien.

El entrenador está demasiado susceptible y mis compañeros y amigos notan que me pasa algo, que no me esfuerzo al máximo ni se lo exijo a ellos como de costumbre. Tampoco ayuda demasiado el hecho de que no demos con un lateral izquierdo capaz de adaptarse e integrarse a nuestro juego, los que han venido hasta ahora son incapaces de seguirnos el ritmo o igualar nuestra energía, acaban mal, nos chafan, nos alejan de las victorias y los trofeos… y eso es una mierda.

—McAllister, quiero goles; Devereaux, atento a los pases. Blackthorne y Hale, no dejéis que ese hijo de puta de Resse os joda la cabeza también esta noche. Tenemos que demostrar a esos niños bonitos de Vancouver como las gastamos en Toronto. El hielo tiene que rugir mientras los halcones salen a cazar; y, por el amor de Dios, chicos, intentad permitir que el pobre se integre, es de vuestro equipo, no vuestro enemigo.

Gruño y me golpeo el casco mientras asiento. Los demás me imitan enseguida.

Quiero hacerlo bien hoy, el partido de apertura fue una mierda y perdimos tres sobre dos. El imbécil de Logan Reese no paró de jodernos con sus estupideces y, después, nos restregó la victoria por la cara. Hoy es nuestra oportunidad para vengarnos.

Ese también fue el único partido al que vino Martina y pude percatarme de que el imbécil de Reese no dejaba de mirarla. Puede que eso le haya hecho llevarse más de un golpe bastante innecesario.

Sea como sea, me he rendido con ella.

Creí que podía salir bien y que podría tener derecho a obsesionarme con una chica y vivir de lleno mi obsesión, pero no es así, no lo tengo y es idiota pretender que todo puede cambiar de la noche a la mañana.

No puede.

He mantenido a mis chicos alejados de la consulta de la psicóloga, pero eso no quiere decir que les haga ni pizca de gracia. Quieren que se vaya, tanto como lo quiero yo.

Me duele verla.

Desde aquella noche que la dejé en el restaurante, ni siquiera mira en mi dirección. Me rehúye la mirada, no viene a los partidos con Taylor y se mantiene casi todo el tiempo libre encerrada en su piso.

Sus amigas están de visita y sé que vendrán esta noche.

—Vamos —escucho gritar a Lucien mientras salimos al hielo y el público estalla en vítores.

La pista se ilumina con nuestros colores y suena en los altavoces música de advertencia junto a los graznidos de un halcón.

Es genial volver a jugar en casa después de haber pasado dos semanas fuera.

En cuanto piso el hielo, noto como este me insufla adrenalina. Miro hacia arriba de inmediato, al lugar en el que se suele sentar Taylor, y lo que veo me deja sin respiración. Martina está con ella, y las acompañan dos chicas más, una rubia y otra de cabello oscuro, todas llevan camisetas del Toronto, pero no es mi apellido ni mi número el que luce la espalda de la chica de pecas de oro y cabello rizado.

¿El puto Gideon? No me jodas.

La ira me sobrepasa y patino hasta alcanzar a mi amigo, que hace figuras sobre el hielo y saluda al público con la mano. Le rozo el hombro con fuerza al ponerme a su lado.

—Eh, ¿qué ha sido eso? —bufa, como si acabara de joderle la dichosa manicura—. Reserva ese mal genio para el hijo de puta que pretende volver a jodernos esta noche.

Logan Reese juega como extremo izquierdo para el Vancouver, justo la posición que a nosotros nos falla. El hijo de puta se aprovecha de las debilidades de los demás, le gusta provocar y es un auténtico grano en el culo. En la mayoría de los partidos, su objetivo principal parece ser Sterling, pero como somos un equipo, ninguno acaba bien parado.

El equipo invitado termina de hacer su aparición y tomamos posiciones. Logan sonríe engreído delante de nosotros, pero lo ignoro y lanzo una última mirada en dirección a Martina. La pillo con los ojos sobre mí, hacemos contacto visual y ella aparta la

mirada primero. Vuelvo a mirar a Logan y noto cómo mantiene sus ojos posados sobre la chica que me ha estado jodiendo la cabeza y se ha convertido en mi obsesión. Una sonrisa engreída se le dibuja en el rostro y todo se va a la mierda.

Mi valioso autocontrol, ese por el que he luchado durante años, se hace añicos al pensar en las manos de ese imbécil tocando lo que es mío. La visión que se me da tan bien mantener, se vuelve del todo borrosa. Logan me mira y asiente para mí, como si aprobara mi elección, como si me dijera que a él también le parece guapa. Suena el silbato, cae el disco, me hago con él con la velocidad de un rayo, se lo lanzo a Sterling y me abalanzo sobre Logan. Los dos caemos al suelo y se escucha un jadeo general del público debido a la sorpresa.

—¿Qué coño haces, tío?

—Como te vuelva a ver mirarla, te saco los ojos.

Esa es toda mi advertencia y, en cuanto la dejo salir, me siento mucho mejor, pero también soy consciente de que le he dado al provocador más grande de la NHL material de primera con el que joderme.

Ha sido un acto idiota e impulsivo, Martina es mi psicóloga y, si surgen rumores sobre nosotros, pondré en peligro su trabajo. Puede que al principio ese hubiera sido el plan, pero ya no lo es, ni por asomo, necesito tenerla cerca y por eso voy a dejar claro a Logan Reese que tiene que meterse en sus propios asuntos.



CAPÍTULO 24

Soy abstracto, así que esto de estar roto, es parte de mi esencia.

Toronto, 12 de diciembre.

Ahogo un grito junto a mis amigas cuando Lucien lanza a un jugador del equipo contrario contra el plexiglás. El sonido es… joder, es horroroso y el pobre chaval aúlla de dolor mientras intenta quitarse a esa bestia de encima.

Este juego se desarrolla con demasiada violencia, y tanto Taylor como otros fans del Toronto, aseguran que es porque les tienen ganas al Vancouver después de que ellos les ganaran en el partido de apertura de la temporada.

Declan no se queda atrás, sobre todo contra el número doce, Reese. No lo reconozco, pero supongo que esa manera de jugar funciona porque ganan cuatro a dos, y Declan ha metido uno de

los goles, Sterling dos y el chico nuevo, Sinclair, se las arregló para meter uno.

Zoey grita con fuerza y algunas personas se giran en nuestra dirección porque su grito rompe el aire, pero la mayoría están centrados en ver cómo expulsan a Lucien del juego. Se cabrea, bueno, en realidad, se cabrea mucho y los chicos tienen que sujetarlo para que no lo pague con el árbitro. En mi opinión, demasiado ha durado, la actitud de Lucien en este juego ha sido del todo antideportiva, no ha parado de hacer placajes y dar golpes a traición, puede que eso haya ayudado mucho en la defensa de los delanteros y haya hecho posible la ventaja, pero ya era hora de que alguien le parara los pies.

—Ya era hora —grita Zoey y Lucien sigue el sonido de su voz de inmediato, la mira de forma fugaz, pero no le presta demasiado atención—. Eres un salvaje —le dice y este golpea el plexiglás antes de que sus ojos choquen del todo contra ella. Cuando esto sucede, Lucien palidece, la mira con fijeza, con los ojos y labios abiertos de par en par, es como si hubiera visto un fantasma y me pone la piel de gallina.

—Zoey —la reprimo y ella se encoge sobre sí misma.

—Es un salvaje.

—Van totalmente a por ellos —dice Taylor, conmocionada—. Lucien solo responde, a eso lo llamo yo remontar, ¡vamos Bloodhawks! La sexta línea es lo mejor.

—No me gusta esto —farfulla Zoey, me fijo en que se le ve un poco pálida, supongo que por el frío o por la intensidad con la que Lucien continúa con los ojos fijos sobre ella—. No sé cómo me habéis convencido de ponerme esta camiseta, encima de ese jugador endemoniado. Me pica la piel solo de llevar encima su apellido y necesito quitármela.

A Briella se le escapa una carcajada ante la cara desencajada y que desprende incomodidad de mi amiga.

—¿Quieres que te acompañe? —le pregunta, pero Zoey niega con la cabeza y le insta que disfrute.

Brie es mucho más fan de los descargos físicos, no le asustan los golpes, la sangre o las peleas; de hecho, sabe defensa

personal y es una gran fan de los deportes de lucha.

—¿Por qué les llaman la sexta línea? —pregunta Brie, pero yo centro mi atención en Taylor, que es la más hincha de las cuatro y le permito explicarlo. Supongo que por el hecho de que esta es su ciudad, ellos son su equipo y uno de ellos fue su amigo de la infancia y vecino.

—En el hockey, la sexta línea no existe. Son cuatro, y a los suplementos y banquillo se les llama «quinta» de forma hipotética, pero nuestros chicos son una leyenda, y son tan buenos que necesitábamos llamarlos de forma especial. Son una alineación perfecta que lleva jugando junta demasiados años, solo falla el extremo izquierdo, pero cuando encuentren ese integrante perdido, serán infranqueables.

—Suena muy fantasioso —argumenta Briella y le da un sorbo a su cerveza—, pero tiene lógica. El número trece es incapaz de seguir el ritmo de los demás, es evidente como le excluyen de las jugadas, así como que los otros cuatro las dominan, pero ese de allí —Brie señala al número doce del Vancouver, Reese—, creo que tiene la velocidad y fuerza necesaria para adaptarse al juego de los halcones, por eso los iguala.

—Logan Reese es un provocador —sentencia Taylor—. Es buen jugador, es cierto, pero habla más que otra cosa.

—Yo no le he visto provocar —digo.

—Hoy no se lo están permitiendo, no sé qué ha hecho Reese, pero incluso el capitán, que es el más calmado y centrado de todos, le ha declarado la guerra nada más empezar.

Recuerdo la mirada de Declan al cruzarse con la mía y noto una punzada en el pecho.

Supongo que es una estupidez negar que su presencia aún me afecta. Aunque fue algo breve, me bombardeó tanto con su atención que me costó un poco volver a adaptarme a no tenerla. Sé que es lo mejor y que debería dar gracias porque se mantiene alejado, pero es imposible camuflar la puñalada que noto en el estómago cada vez que recuerdo como me dejó tirada, dos veces.

Que le den. No es más que un provocador al que le encanta tener todas las palabras para sí. La forma en la que dejé que me

embaucara no fue correcta, nada de lo que pasó entre nosotros lo fue y, aunque es un poco incómodo y todavía siento curiosidad por lo que pasó con ellos en The Hollaway Program o el porqué le afecta tanto, es evidente que no sacaré nada bueno de esa curiosidad. Terry Forbes nunca contestó a mis mensajes, y odio el hecho de haber recibido la copia de ese vídeo anónimo, pero me hizo abrir los ojos. Declan Devereaux es un hombre peligroso, un maldito chacal en la piel de una oveja. No es muy diferente a mí, él también sabe fingir sus sonrisas, pero en el silencio de la noche sale a cazar y le gusta destrozar a sus presas, le gusta que estas se rindan y conmigo no lo iba a conseguir.

Ver ese vídeo fue lo mejor que me pudo pasar, fue su golpe final, su estocada, su manera más locuaz de amenazarme y darme a entender que siempre había tenido la sartén por el mango. Como él mismo dijo, no fue más que sexo, pero duele entender que para mí fue algo espontaneo mientras que para él fue premeditado.

Me acerqué a Le Salon des Ombres, y pregunté si tenían cámaras en las salas. Dijeron que absolutamente no, que estaba prohibido y quisieron saber si había tenido algún problema. No les dije nada, pero con ello me queda claro que solo pudo colarla dentro la otra persona que estaba conmigo en la habitación.

—¡Fiesta postpartido! —grita Taylor y se pone de pie.

En ese momento siento como el calor de una presencia me atrae desde la pista, los ojos de Declan están puestos sobre mí. Gideon patina desde la portería, se coloca a su lado y celebra la victoria, pero sus ojos se posan en Tay, que es la única de nosotras de pie, baila animada y con cerveza en mano mientras canturrea que nos vamos de fiesta.

—Iremos si dejas de hacer el payaso —la reprende Briella y se me frunce el ceño por sí solo cuando noto como Gideon pone una mueca de asco y se aleja en dirección al vestuario.

Declan no se mueve y no aparta los ojos de mí mientras gira el disco del partido entre las manos.

—¿Es mi imaginación o ese no te quita ojo de encima?

Estoy convencida de que se refiere a Declan, pero no pienso mirarlo, entonces Taylor me sujeta el rostro y me lo mueve a la izquierda, para mi sorpresa, Logan Reese me saluda desde el otro lado, me sonríe y hago lo mismo solo por cortesía. Cuando vuelvo a mirar hacia donde estaba Declan, este ya no está.

—¡Zoey! —grita Briella y mi atención se centra en ella. Nuestra amiga está del todo pálida y tiene los ojos rojos y llorosos, parece que ha visto un fantasma y lleva rota la camiseta—. ¡¿Qué ha pasado?!

—La rompí —farfulla y me preocupo enseguida al ver como tiembla—. No me gusta ese chico —gimotea y se coloca en medio de mí y de Briella para que la abracemos.

—¿Quieres que nos vayamos a casa? —pregunto con cautela.

—¡¿Qué?! ¡No! ¡No podéis dejarme tirada! —se queja Taylor.

Briella me lanza una mirada que comprendo al instante, Taylor no conoce la sensibilidad de Zoey, y por tanto, es imposible que sepa lidiar con ella, así que miro a Zoey a los ojos y le hago una pregunta silenciosa.

—Quiero salir de fiesta —contesta al fin—, pero no quiero llevar ni un segundo más esta camiseta, por favor.

—Nos las cambiaremos —argumenta Taylor enseguida—. De hecho, todas las deberíamos intercambiar.

—Yo te doy la mía —le dice Brie a Zoey, y esta le sonríe.

—Y yo te daré la mía —dice Tay. Asiento por no cargarme la dinámica, pero noto un nudo en el pecho al ver que el número que lleva es justo el que no quiero ponerme.

Joder.

—Ahora nos vamos a beber hasta caernos desmayadas.



CAPÍTULO 25

Las cosas buenas me han enseñado a amar la vida, las malas a sobrevivir.

Bob Marley.

Toronto, 13 de diciembre.

Pasan de las doce y Taylor se ha tomado muy enserio lo de beber hasta caer desmayadas, pero no puedo negar que esta chica preciosa con rasgos asiáticos, pequeña, enérgica y curvilínea, sabe como ser el alma de la fiesta, disfrutar a tope y dar la nota. Eso sí, ha dicho como un trillón de veces que odia mi camiseta, la del treinta y uno, Gideon, que es la que ella lleva puesta ahora. Le he pedido que nos las volvamos a cambiar, tampoco me encanta la idea de llevar la suya, pero se niega en rotundo, dice que eso sería muy poco solidario con nuestra Zoey, que parece más relajada y animada ahora que el apellido que lleva en la espalda es el de Sterling, en lugar del de Lucien.

Briella está increíble con la camiseta rota, y unos cuantos hinchas se han acercado a ella y la han felicitado por la idea, pensando que

era algo que había hecho a propósito para demostrar la rudeza del número veintiocho en la pista.

—¡Oh, Dios mío! —grita Taylor y se le ensancha la mirada—. No puede ser… ¡oh, Dios! —Elevo la barbilla y sigo la dirección de su mirada hasta la zona vip de la segunda planta en la que se ve cómo toman asiento una gran parte de los jugadores del equipo. La gente enloquece y les aplaude, y algunos de los novatos se asoman emocionados a la barandilla y saludan de vuelta.

—Oh, oh —advierte Taylor y sigo su mirada hasta la puerta de entrada. El número doce del Vancouver Serpents entra por ella, junto a dos de sus compañeros de equipo, visten con ropa casual y parecen animados. Se sientan en una mesa abajo, no muy lejana a nosotras.

—Al parecer a todos les apetecía salir por la ciudad esta noche —farfulla Briella y yo fulmino a Taylor con la mirada.

—¿Tú planeaste esto? ¿Suelen venir aquí cuando ganan un partido?

—Y cuando pierden —responde Taylor, emocionada—. Venga ya, es fin de semana, compartamos la felicidad con nuestro equipo y vivamos un poco.

No sé si puedo compartir la felicidad de alguien que no puede ser feliz. De hecho, yo misma no tengo claro si puedo serlo, pero Declan es un robot atascado. Aunque él no es el único miembro del equipo y debería apartarlo de la cabeza.

—Señoritas. —El camarero se acerca a nuestra mesa y deja sobre ella una bandeja repleta de chupitos de colores—. De los caballeros de la mesa de allí.

Sigo la dirección de su mano y la sonrisa de Logan Reese me deslumbra. No pierden el tiempo, y antes de que podamos negarnos a recibir las bebidas, ya viene hacia nosotras con su cerveza en la mano.

—Ay, Dios, qué fuerte —chilla Tay mientras coge dos chupitos—. Tienes que beber alguno con nosotras —le dice a Reese nada más llegar, y este deja su cerveza en la mesa y le sigue el rollo.

—Joder, qué amables sois. Me encantaría.

Solo con escucharle hablar, ya sé que es un ligón de manual que solo quiere vendernos la moto e intentar mojar con alguna de nosotras. Briella pone los ojos en blanco y yo me río por lo bajo.

—Soy Logan Reese.

Para mi sorpresa, extiende la mano hacia mí con una mirada lobuna.

—Martina —me presento mientras se la estrecho y él sostiene la mía más tiempo del necesario. Lo miro algo confundida.

—Un nombre precioso para una chica preciosa.

Se me encienden las mejillas y me río cuando Briella se lleva los dedos a la boca y finge vomitar. Zoey se cubre el rostro y se ríe avergonzada mientras que Taylor tiene una sonrisa de oreja a oreja permanente sobre la cara.

—Gracias, y gracias por las bebidas, pero no hacía falta. Ellas son mis amigas: Taylor, Zoey y Briella.

Las señalo una a una y él se gira mientras les sonríe, al llegar a Brie, le cambia la cara por completo y frunce del todo el ceño.

—Tampoco me agrada Hale, pero es una falta de respeto que hayas destrozado esa camiseta —sentencia y noto como a mi amiga le brillan los ojos.

Le encantan los desafíos, y las personas a las que le gusta opinar sobre lo que hacen o dejan de hacer los demás.

—Voy al baño —anuncio y me río por lo bajo porque sé que esto se pondrá divertido.

—¿Una falta de respeto a qué o quién con exactitud? ¿El consumismo, el equipo, o tu ego masculino al que le apasiona este deporte arcaico y sexista?

Que descanse en paz. Sé que no podrá salir vivo de eso.

Me alejo en dirección a la salida. Me excusé para ir al baño, pero, en realidad, solo necesito respirar un poco aire fresco para que me ayude a mantener a raya mis emociones y que no me engullan, me sobrepasen, me apaguen.

Odio cómo se siente llevar el apellido y el número de Declan en mi espalda, es pesado y no quiero enviarle un mensaje contradictorio; pero, a la vez, no quiero pensar en eso, no quiero que me importe nada de lo que él pueda creer.

Exhalo y mi aliento se transforma en humo bajo el frío de diciembre. Con tanto trabajo, casi he olvidado que estamos en plenas navidades y que las chicas han venido para pasar las fiestas conmigo.

Me vibra el móvil y veo en la pantalla el nombre de Briana. Me adentro en la oscuridad del callejón detrás del local en busca de algo de silencio y contesto al Facetime. Un primer plano de mis sobrinas en la bañera me da la bienvenida.

—¡Tía, Martina! —grita Stephania y Brittany balbucea para imitarla.

—¡Hola, princesas! Pero qué guapas están mis sirenas.

—Allí es de noche —señala Stephania.

—Sí, son las dos de la mañana, solo me habéis pillado despierta porque he salido con unas amigas.

—Estás en un lugar muy oscuro, tía Martina, ¿no te da miedo?

—Claro que no, soy una chica valiente que no tiene miedo a la oscuridad.

—A mí no me gusta cuando está oscuro, pero siempre tengo cerca a alguien que me haga compañía. ¿Quieres que te haga compañía?

—Oh, cariño, eso es muy amable de tu parte, pero no haría que estuvieras en un lugar que te da miedo conmigo. Mejor vayamos a lugares divertidos.

—¡Sí! ¡La tía Martina nos llevará a un lugar divertido! —celebra Stephania y Brit se contagia y salpica el agua con emoción.

—Yo no he dicho eso…

—Tarde —interviene Briana—. Ya la has cagado, pero bien, mi hija es una versión dos punto cero tuya de cuando eras pequeña. —Briana aparece en la pantalla y solo veo su rostro, pero unos cuantos mechones de color chocolate se le pegan a la piel—. ¿Tú cómo estas?

—Bien, las chicas están aquí para pasar las fiestas y estoy muy contenta.

—¿Has hablado con tus padres?

Me da un vuelco el estómago.

—Aún no.

—Vale, cuando estés preparada. ¿Has hablado con Bran?

—Hace dos días, se encuentra bien, le gusta Ámsterdam y tiene ganas de venir a conocer cómo es mi vida de mujer independiente en Toronto.

—Te sienta bien la independencia —reconoce Briana con una sonrisa.

—Y a ti el tercer embarazo. —Suelto una carcajada y ella pone los ojos en blanco.

—Stepan lo ha hecho a propósito. Lo de Stephania fue un milagro, lo de Brit, un acierto, pero esto ya es maldad.

Me río a carcajadas.

—Vais a tener toda una camada.

—Ni de coña. Ni uno más, me ligaré las trompas, me las extirparé, haré lo que sea.

—Estoy segura de que Stepan encontraría la forma de recolocarlas en su sitio.

—Serás… —Briana mira a sus hijas y recapacita a tiempo en sus palabras—. Te veo bien, pareces feliz.

—Me gusta ser independiente.

—Sabes que me tienes si me necesitas, ¿verdad?

—Lo sé. Te quiero, Briana.

—Te quiero, Martina.

Y la quiero. La quiero de verdad y de una forma mucho más intensa y madura que antes.



CAPÍTULO 26

¿ Se puede huir de aquello que te acelera el corazón y hace que se detenga el tiempo?

Toronto, 13 de diciembre.

Estar lejos de las personas que amas, a menudo se siente como tener una roca enorme que te oprime el centro del pecho. Echar de menos a alguien es como algo físico, tu cuerpo tiene demasiadas ganas de tocar a esa persona, pero eso no sucede y es una mierda.

Desde que llegué a Toronto, no ha habido un solo día en el que no me preguntara si tomé la mejor decisión.

Miro la pantalla del móvil, iluminada con un collage de fotos en las que aparecen todos mis seres queridos se me escapa un suspiro, recibo un mensaje que ilumina la pantalla, pero no emite ningún sonido, sé quién es el remitente sin siquiera tener que ver el nombre. Desbloqueo la pantalla y voy a ese chat silenciado con Preston, en él, sus cambios de humor son más que evidentes, de repente pasa de una frase cargada de suplica y perdón, a una llena de amenaza o advertencia. Está desquiciado y ya se lo he advertido

a su padre, pero como no haga nada al respecto y su hijo no deje de escribirme, lo denunciaré. Noto como el peso del móvil se triplica en mi mano y, de repente, me cuesta respirar con normalidad. Siento que el nudo en mi pecho y el ardor en mi garganta se ensanchan y amenazan con tragarme. Pienso en mis padres, en lo que esa decisión acarrearía, pienso en la larga lista de mensajes que tengo de ellos aún sin contestar, ¿me apoyarían si denunció a Preston, o intentarían disuadirme y minimizar su acoso? No me apetece conocer esa respuesta porque estoy casi segura de que es más la segunda opción que la primera.

Se me escapa un sollozo involuntario y pienso en lo poco preparada que me siento para verlos cara a cara y enfrentarme de lleno a ver en sus ojos a personas tan diferentes a quienes yo creí que eran. Estas serán las primeras navidades que pasó lejos de casa y… duele.

Ya ni siquiera estoy molesta con mis padres y lo que hicieron en el pasado. Solo me cabrea su actitud al respecto, el hecho de que no lo lamenten en absoluto y no sientan ningún respeto o empatía por el dolor de Briana.

En cierta forma, me pregunto si eso tiene sentido, es decir, quiero que lo sientan, que lamenten lo sucedido y se disculpen por la forma en la que la hicieron sentir, pero ¿serviría eso a alguien de algo? ¿Briana se sentiría mejor? ¿Mis padres cambiarían de alguna forma? ¿Su relación con ella lo haría? Sobrepienso demasiado, lo sé, soy incapaz de parar cuando un tema me perturba, cuando necesito respuestas.

La mente humana es tan confusa que a veces siento de verdad que quizá me he equivocado de profesión.

Dejo escapar el aire con un suspiro y doy un par de pasos adelante mientras me abrazo a mí misma para mitigar el frío, pero me detengo en seco cuando escucho que una voz grave se aclara la garganta. Elevo la barbilla y mis ojos chocan con un par de glaciares, la iluminación es baja y él parece un ser sacado de una película de terror en medio de las luces y las sombras. Ahogo un jadeo y me yergo, dudo unos segundos sobre cuál debería ser mi siguiente movimiento.

—¿Qué…?

Mis palabras mueren en el espacio, no puedo gritar, porque algo me arrastra y me levanta del suelo. Mi espalda impacta contra la pared, mi voz se queda ahogada dentro de la boca del hombre que me engulle y me devora sin ningún tipo de piedad. Lucho los primeros segundos, le doy golpes en los brazos, intento darle patadas, pero me gruñe en respuesta, me gira con brusquedad y hace que mi mejilla impacte contra la pared. Me aborda desde atrás y me presiona la erección colosal contra el culo. Me tira del cabello hasta que me arquea el cuello y logra darse otro festín con mis labios. Mete la mano libre dentro de mi falda y mis medias, y me toca, tienta mi coño por encima de la ropa interior. Ya no siento el frío de diciembre, él se lo ha llevado todo con la forma en la que me envuelve.

—No tienes ni idea de lo mucho que has jodido mi cabeza, ¿verdad, *caramelito*?

—Declan —intento razonar, pero no es lo que desea, porque me besa con fuerza y tira de mi labio inferior hasta el punto de llegar a hacer daño.

—Te presentas aquí, con mi camiseta y esa faldita tan parecida a la que te subí por los muslos cuando te follé sobre tu escritorio. —Mi piel se calienta y se eriza a medida que su aliento me acaricia los labios. Tengo el pulso desbocado y me siento mareada, borracha y embriagada por las sensaciones que él representa.

—No quería llevar tu camiseta —le confieso con rebeldía y él cuela sus dedos en mi coño como respuesta.

Me arqueo y me quejo, me retuerzo bajo su agarre, pero está tan abrazado a mi cuerpo que no tengo escapatoria ninguna.

—Pues yo no quiero que lleves otra cosa más que mi jodido apellido sobre tu espalda, Martina. Nunca más.

—¡No eres mi dueño! —escupo furiosa y él emite una risita engreída.

—¿Ah, no? —se burla, y me acaricia los pliegues húmedos con la letalidad de su mano enorme—. Entonces, ¿no es a mí a quien empapas la mano ahora mismo? —Niego con la cabeza y aprieta el agarre en mi pelo. Grito por el dolor, pero es una sensación tan

intensa que me envía una ola eléctrica a través del cuerpo y directa al lío nervioso que reposa entre mis piernas. Gimo sin poder evitarlo —. ¿No son mis dedos sobre los que te restriegas?

Una ola de pánico me sube por la garganta. Abro los ojos y me doy cuenta de que los tenía cerrados mientras disfrutaba. Es imposible luchar contra él, y más cuando soy la más interesada en que no deje de hacer nunca justo lo que hace ahora.

—Eres un imbécil —le digo, y su movimiento se hace más veloz. Es una locura y me sobrepasa, mueve los dedos de arriba hacia abajo sobre mi clítoris con una velocidad vertiginosa.

Enseguida me encuentro lánguida y tengo muchas ganas de rendirme. Me pesan los pechos y los siento doloridos, necesitados de que los toque, de su atención. Mi respiración se torna acompasada, mis gemidos surcan el aire y me froto contra su mano como si me fuera la vida en ello.

Necesito más, estoy muy cerca del cielo, y estoy desesperada.

—Te odio —le confieso—. Te odio, mucho, joder —gimoteo mientras noto cómo me llena y se desborda el placer—. Te despediste de mí, ¿por qué no te mantienes alejado, joder?

El orgasmo es tan intenso que me zumban los oídos una vez la ola desciende y logro volver a respirar.

—Envíales un mensaje a tus amigas y discúlpate con ellas. Vienes conmigo.

—Declan, no…

—No digas mi puto nombre si es para rebatir una orden que ambos sabemos que te apetece acatar. —Levanta los dedos empapados con mi placer y los pone a la altura de mi cara—. ¿Ves esto? —Se me calientan las mejillas y se me humedecen los ojos al ver lo mucho que me he dejado llevar, pero lo siento, entre los muslos noto que estoy pegajosa y empapada—. Esto es lo único que vas a darme esta noche.

Se lame los labios, me agarra la mano y tira de mí sin dejarme ninguna otra posibilidad.


11
11
11



CAPÍTULO 27

Hacernos adictos -+a quien nos hace sentir bien.

Toronto, 13 de diciembre.

Estoy fallando, otra vez, pero me importa una mierda.

Martina está enfadada, o nerviosa, o puede que un poco de ambas, pero mira por la ventanilla de mi McLaren GT como si pudiera teletransportarse a través de ella y huir lejos de mí.

Le deseo suerte con eso, porque es jodidamente imposible.

—¿A dónde me llevas?

—¿Importa? —gira la cabeza con la velocidad de un esprint y me enfrenta. Frunce el ceño y le cambia la respiración mientras me estudia.

Cree que puede psicoanalizarme, pero no puede. Está furiosa y es excitante. Puede que, para cualquier otro imbécil, este sea

el momento idóneo en el que recapacitar y darse cuenta de que ha cabreado a la chica a la que quiere follarse a muerte, pero para mí, solo es un incentivo.

La Martina real se cabrea, la fachada, solo asiente y sonríe.

Así que llámame sádico, pero me encanta ver esta reacción en ella.

—¿Crees que no tengo poder de decisión alguno sobre lo que me suceda?

—¿Lo tienes cuando soy yo quien está cerca?

—¡Deja de contestar a mis preguntas con otras preguntas, Declan!

El coche se queda en absoluto silencio durante unos segundos después de su arrebato, y lo permito. No tengo la intención de rebatir su frustración, calmarla o intentar aplacarla con estúpidas explicaciones.

Solo nos ofreceré hechos.

—Tengo un piso en esta zona de la ciudad y voy a follarte en él, ¿te parece jodidamente bien eso, Martina? Oh, espera, dirás que no, pero luego tu coño llorará toda la noche y rebotará encantado sobre mi polla.

Permanece estupefacta durante un par de segundos, estoica, hasta que resopla por lo bajo y niega con la cabeza como si me diera por perdido.

—Declan, ¿sabes lo que es la comunicación? Somos dos personas adultas, no tienes que tratarme como si me anularas.

—Y tú no tienes que tratarme como si te fuera indiferente.

—¿Eso es lo que crees que hago? ¿Crees que me eres indiferente y, aún así, te jactas al decir que no es lo que mi cuerpo te demuestra?

—No tenemos por qué complicarlo tanto.

—¡Eres tú quien lo complica! Te alejas y parece que lo entiendes, pero después apareces y me tomas como si fueras mi dueño…

—Soy tu dueño.

—¡No, no lo eres!

Aparco el coche en la plaza del garaje, echo el asiento del todo hacia atrás, me desabrocho el cinturón, con movimientos veloces, luego se lo quito a ella, la sujeto por detrás del cuello y la empujo hacia mí. Atrapo sus labios y la beso, pero me muerde con fuerza, me hace sangrar y, cuando pierdo la fuerza en el agarre, sale del coche y corre por el aparcamiento.

Joder.

La adrenalina se me desborda en las venas. El deseo me corroe las entrañas y lo único en lo que pienso es en cazar a esa chica y demostrarle cuánto se equivoca.

La sensación es incluso mejor que la que me produce el hockey. En el asiento trasero, veo que la máscara que hice cuando tenía trece años brilla en la oscuridad. La cojo y me la pongo sobre el rostro antes de salir del coche y seguir a Martina. Ni siquiera me molesto en dar la llave, solo me concentro en el sonido de sus tacones, en sus respiración ahogada, en sus jadeos debido al esfuerzo.

Joder.

La veo enseguida, el cabello le baila en el aire, su cuerpo se contonea debajo de esa falta y los colores de mi camiseta brillan bajo las luces auxiliares del aparcamiento. No es un espacio muy grande, porque solo hay cuatro pisos en este edificio, pero Martina aprovecha cada centímetro para intentar alargar su huida.

Es excitante, porque sabe que la voy a atrapar. Solo es cuestión de tiempo, o de cuanto desee divertirme.

Veo como salta sobre un pie y se quita un tacón tras otro sin cesar su movimiento. Me acerco mucho más a ella en ese período, pero entonces pone el turbo y corre a gran velocidad. No sé a dónde pretende llegar, creo que solo busca una salida, pero la única existente es por donde hemos entrado y el acceso al edificio que hemos dejado atrás en dirección contraria. Martina cruza el umbral y entra en la zona del aparcamiento que está deshabilitada. Me preocupo enseguida, porque va descalza y el terreno de esa zona está sin asfaltar. Corro a toda velocidad para alcanzarla, y lo hago en unas cuatro zancadas. La elevo en

el aire desde la cintura, le cubro la boca con la mano, para que no despierte a todo el edificio, y me la cuelgo en el hombro mientras patalea.

—¡Bájame ahora mismo! —grita mientras me da golpes y patadas—. ¡He dicho que me bajes!

La dejo en el suelo y me desabrocho el cinturón. Da un paso atrás y parpadea un par de veces, incrédula. No me detengo, me quito el botón del pantalón, me bajo la cremallera y me librero la polla de los calzoncillos. Salta victoriosa, como si hubiera estado prisionera durante toda su vida y este fuera su primer momento de libertad.

—Puedo follarte en el piso, o puedo follarte aquí y luego repetir arriba. Tú decides, pero si tengo que volver a atraparte, me lo compensarás de rodillas y con mi semen en tu garganta.

Un brillo diferente le alumbra la mirada cuando eleva los ojos y los posa sobre los míos. Se le entreabren los labios, estoy seguro de que va a replicar, pero los cierra, aprieta los puños, me lanza los tacones a la cara y echa a correr a toda velocidad.

Joder.

No me lo esperaba, pero la bestia que llevo dentro no puede estar más encantada. Me subo el calzoncillo y me sujeto los pantalones antes de seguirla. Esta vez la atrapo por el cabello, la manipulo con fuerza y a mi antojo. Soy presa de la excitación al saber que esto también es lo que ella quería. La obligo a ponerse de rodillas, me saco la polla y me la empuño con la mano mientras la dirijo a sus labios cerrados y presiono para que los abra, cuando lo hace, me hundo hasta el fondo de su garganta de una sola estocada y me mantengo unos segundos mientras se le escapan sonidos excitantes por la boca. Presiono un poco más sobre su tope antes de sacarla y dejarla respirar. Martina ladea la cara, grita y escupe en el suelo, pero no me pide que pare ni una sola vez, ni una puta vez me pide que me detenga, así que lo tomo como una señal para continuar.

—Abre —ordeno y le vuelvo a presionar la polla sobre los labios. Se retuerce y la sujeto con más fuerza por el pelo—. Como me muerdas, pienso morderte el clítoris la próxima vez

que te vayas a correr en mi boca —le advierto y algo en ella parece ceder un poco—. ¿Eso te gusta, caramelito? ¿Quieres que vuelva a comerte el coño y me trague todos tus jugos? —Eleva la mirada desde el suelo y juro que sus ojos brillantes de deseo son lo mejor que he visto en mi vida—. Voy a darme un festín contigo, *petite*, lo sabes, sabes que soy incapaz de parar cuando se trata de ti.

Se le entreabren los labios, pero ya no siento la necesidad de luchar contra ella para que lo tome.

—Sé una buena chica y haz lo mismo por mí. —Le suelto el cabello, me libero la polla y me llevo las dos manos tras la espalda. Nunca había cedido en lo más mínimo el control sobre nada, y menos en el sexo. Lo que me atrajo de Martina fue el pensamiento de que podía dominarla, pero ahora mismo es mucho más fuerte para mí la necesidad de que ella se sienta cómoda—. Abre la boca y prueba el sabor de mi polla. Deja que te roce la garganta con ella…

Mis palabras acaban en un gruñido cuando ella me engulle.

Joder.

No es nada delicada, y no me lo espero en absoluto. Martina me lleva hasta el final de su garganta y me mantiene ahí unos segundos, como si hubiera captado la idea de que eso me gusta, noto cómo se mueven sus nervios por las arcadas y por la forma en la que traga a mi alrededor. Me empuña la base de la polla con las dos manos y me arqueo mientras gruño, maldita sea. ¿Desde cuando es una experta en esto?

—Joder, caramelito, qué bien lo haces.

Martina mueve la cabeza arriba y abajo, hace sonidos que, simplemente, no son de este jodido mundo y… me enloquece. Su saliva y mi líquido preseminal se juntan y caen al suelo entre nosotros, empapan sus manos y mis muslos, como un precioso y delicioso desastre, pero eso no la detiene y me vuela la cabeza, creí que sería cohibida, que aún lo haría con ternura y calma y yo tendría que llevar el control y mermar sus límites, pero es todo lo contrario. Ella parece desesperada y me engulle como si

me odiara con la vida, o solo odiara el hecho de que yo también le guste tanto.

—Mírate —la alabo y le enarco el rostro con ambas manos—. Eres jodidamente perfecta.

Me saca de su interior y me acaricia con la lengua muy despacio mientras mueve las manos y mantiene el contacto visual. Su mirada está encendida en llamas y yo me declaro un puto pirómano.

—¿Vas a hacer que me corra, caramelito? —Ella asiente y vuelve a engullir, succiona y sus labios me oprimen como una ventosa. Noto el placer acumulado en el vientre bajo y en los testículos, me sorprende lo mucho que he durado, porque he estado a punto de correrme desde que ella corrió para que la atrapara—. Mira cómo me tienes, preciosa, me tienes a punto, joder, delirando por ti —la aliento—. ¿Quieres que mi semen te llene la boca? —Asiente sobre mi polla y un calambre de placer sacude—. Vas a tragarlo todo, ¿verdad?

Vuelve a asentir y noto cómo me pierdo. Se me tensan todos los músculos y se me escapa un gruñido agonizante. El placer es tan intenso que es doloroso, y Martina no cesa el movimiento ni siquiera cuando la lleno y se ve forzada a tragar. Continúa con las cabezadas y la sensibilidad me desborda.

—¿Quieres matarme, caramelito? —le pregunto mientras le acaricio las mejillas y el pelo, y la obligo a soltarme y ponerse de pie.

—No lo tengo muy claro.

Ambos sonreímos mientras ella se pasa los dedos por los labios.

—Tengo toda esta noche para mostrarte los motivos por los que me quieres muy vivo.



CAPÍTULO 28

No sé si es el indicado o no, pero es el favorito de mi corazón.

Toronto, 13 de diciembre.

Gimo sobre la encimera mientras lo recibo dentro de mí y me come un pecho con avidez. Le acaricio el cabello, hundo los dedos en él mientras, con la otra mano, le araño el trasero y la espalda. Es alto, y el tamaño de la encimera es ideal para nosotros. Sale de mí, da un paso atrás, tira de mi cintura y me deja sobre el suelo. Me tiemblan las piernas y creo que me voy a caer sobre el desastre de mis jugos del orgasmo anterior, pero Declan me hace girar y apoya la parte superior de mi cuerpo contra la encimera, mi culo se eleva en pompa y solo reacciono cuando lo recibo de nuevo dentro de mí. Llevo las manos a sus muslo y lo araño. Me da una palmada en el culo y gimoteo con fuerza antes de que me sujete ambas manos y las utilice de palanca.

Ay, Dios.

—¡Declan! —gimo en alto y él me vuelve a dar una nalgada.

—Eres tan jodidamente perfecta, joder, tienes el coño hecho para mí, caramelito.

Puede que sí, pero como me siga follando de esta forma, me lo va a destrozar. Es tan grande que es imposible que no resulte un poco doloroso acogerlo, pero es un dolor diferente, uno que se mezcla con el placer y se hace uno.

—No puedo —le confieso entre gemidos—. Declan, no puedo…

Su mano colosal me envuelve el coño antes de centrarse sobre mi clítoris. Noto cómo se preocupa por empapar el dedo en mi humedad y luego traza círculos rápidos mientras me besa la espalda y me alaba.

—Qué buena chica eres, joder. Acoges mi polla como una campeona, caramelito.

Sus palabras me hacen sentir poderosa.

El placer nubla todo lo demás y me siento invencible. Mis pechos se frotan sobre la encimera y me dan una fricción maravillosa, pero me elevo y miro a Declan hacia atrás. Él acerca su boca a la mía y roza mi tope, por lo que se me escapa un chillido, pero estoy muy cerca, demasiado, y sé que no podré soportar esta posición y la sensibilidad después del orgasmo.

—Córrete dentro de mí —le suplico—. Por favor, Declan, llénam e con tu semen.

Abre la boca con un gruñido y noto como se hincha en mi interior y sus movimientos se vuelven más torpes, pero continúa trabajando con el dedo y la presión que me ofrece es embriagadora.

—Quiero que me gotees por los muslos, olerte en mi ropa, sentirte al caminar. Nunca nadie se me ha corrido dentro, Declan, por favor, quiero que seas el primero.

Y así, lo tengo tumbado sobre mi espalda, recuperando el aliento después de haberse descargado. Mi placer no disminuye y él se recupera deprisa. Hace que me corra con el dedo mientras aún está dentro de mí y, cuando eso sucede, ambos goteamos sobre el suelo, pero Declan me da la vuelta, me besa, me abraza y me acaricia la espalda antes de cargarme a rastras.

Terminamos en la ducha, donde me besa con detenimiento y me lava el cabello y el cuerpo con una delicadeza y una calma que no

sabía que él podía tener. Al terminar, me seca y me pasa una camiseta blanca básica, me la pongo y me arrastra a su lado dentro de la manta. Me apoya la cabeza sobre el pecho y me da un beso en la frente.

—¿Por qué me haces esto? —pregunto somnolienta y, creo que no he querido nada tanto en la vida como ser conocedora de esa respuesta.

—Porque eres jodidamente mía —responde justo antes de que yo me quede dormida.

Esto es incluso más peligroso que cuando me folla con fuerza y se muestra malvado, me advierto entre sueños. Dormir entre sus brazos es algo a lo que sí que me puedo acostumbrar, algo a lo que sí me puede costar renunciar en el futuro… y eso es una putada.



CAPÍTULO 29

Contigo siempre, lo que con nadie nunca.

Toronto, 13 de diciembre.

—No.

Me siento borracho. Miento, nunca me he sentido así y he bebido muchas veces antes con los chicos, esta es la peor ebriedad del mundo, la peor de todas, pero no recuerdo haber bebido nada. Intento moverme y me noto muy pesado, me duele la cabeza y la piel me arde, se me eriza, y cualquier roce me resulta insoportable.

Gruño y noto unas manos que me acarician, pero no me gusta su tacto, se siente como papel de lija sobre mi piel sensible y me apetece lloriquear, pedirle que pare, pero la voz apenas me sale y mucho menos las palabras.

¿Qué me pasa? ¿Esto es un sueño? Y, si lo es, ¿por qué no puedo despertar?

Se me cae la cabeza a un lado y noto el latigazo de dolor, escucho una risa femenina y el olor de un perfume asqueroso me inunda las fosas nasales.

Quiero vomitar.

Me arqueo hacia delante con el poder de una arcada, pero alguien me consuela.

—Tranquilo —dice esa voz aterradora que se me hace terriblemente conocida—. Tienes que relajarte. Yo te ayudo a que lo hagas.

Mi conciencia amenaza con abandonarme y lucho para evitarlo.

No quiero perder la conciencia, aunque no sé si sea lo mejor, porque no tengo en absoluto la capacidad de luchar o defenderme.

Nunca me había sentido indefenso de esta manera. Mi padre me enseñó a luchar siempre, a esforzarme un poco más, a salir adelante y enfocarme en lo que quiero.

Quiero encontrarme mejor y despertar de esta pesadilla.

—No me toques —consigo vocalizar, pero arrastro las palabras y lucho para levantarme de la silla.

—¡Qué terco eres! —se frustra la mujer y me da una bofetada tan fuerte que me arde todo el rostro. Escucho que alguien le chista despacio, como si temiera a su enfado—. ¡Te dije que no iba a funcionar! Declan no va a ceder nunca, no es como tú, cariño, sé bueno conmigo y dale un poco más de lo que es nuestro secreto.

—Pero…

—¡Ahora! No me obligues a llamar a mis contactos y ubicar a esa dulce y delicada niña a la que tanto recuerdas.

—¡No! —suplica la voz masculina y sé que la conozco, pero no consigo asociarla—. Lo haré, lo haré, pero, por favor, dime donde está, déjala tranquila, ella...

Escucho un sonido estridente, como de una bofetada y, después, silencio. Noto unas manos grandes sobre la boca y me quejo. Intento negar con la cabeza, resistirme, pedirle que no lo haga, pero no soy capaz. Me tira del cabello, me inclina la cabeza hacia atrás y trago el líquido dulzón que me introduce en la boca, un regusto amargo se instala al final de mi garganta.

—Prometiste decirme dónde está si te ayudaba a tenerlo, lo he hecho. Vas a cumplir tu palabra, ¿verdad?

—Claro que sí, cariño —murmura la voz femenina—, pero primero vas a follarme mientras Declan me tiene en sus brazos hasta que consigamos que él también participe.



—¡No!

Me levanto con todo el impulso que soy capaz y noto que un peso ejerce resistencia, pero me lo llevo conmigo y escucho un golpe sordo.

Parpadeo con rapidez e intento espabilar, pero el corazón me late tan rápido que resulta muy doloroso.

—Ah —escucho un lloriqueo y entonces recuerdo dónde me encuentro. Anoche me tumbé en esta cama con Martina, fui capaz de follarla hasta casi la inconsciencia y después la sujeté sobre mi pecho.

—¡Martina!

Salto de la cama y me coloco a su lado, intenta huir y me paralizo. Me quedo muy quieto mientras distingo que, la expresión que noto en sus ojos, no es otra aparte del miedo.

—Martina, jamás te haría daño.

Una parte de ella parece recomponerse y se le caen los hombros mientras baja la guardia. Intento acercarme, pero pone el brazo entre nosotros y me lo impide.

Se me rompe el corazón.

Nunca en toda mi vida me he sentido tan rechazado y, a la vez, he necesitado tanto el consuelo de alguien o su abrazo.

—¿Con qué soñabas, Declan?

Se me tensan los músculos y aprieto los puños para desviar la tensión que me produce el miedo. Martina no lo sabe, no puede saberlo, nunca he hablado con nadie de aquello que pasó. Lo he intentado, lo intento, pero incluso conmigo mismo es complicado.

Me cuesta identificarme como ese chico vulnerable del que abusaron, me cuesta mirarme a mí mismo en el espejo y reconocer a una víctima, pero…

—Había alguien más —digo en voz alta mientras me golpea el recuerdo del sueño—. Un hombre, quizá un chico. —Intento recordar—. Esa voz… me sonaba mucho…

Me siento perdido y no puedo ver nada a mi alrededor porque tengo la vista borrosa.

—Nunca te haría daño, *caramelito* —musito por lo bajo y noto como se me rompe la voz.

No, joder, no te rompas ahora, Declan. Se fuerte solo un poco más, pídele que se vaya y huye de ella como has conseguido hacer hasta ahora.

Elevo las manos y me doy cuenta de que es demasiado tarde, tiemblo, y lo que noto en las mejillas es la humedad de mis propias lágrimas.

—¿Quienes eran? —Me cuesta entender qué pasa y frunzo el ceño.

Siento que todo fue muy real y que las personas de ese recuerdo van a aparecer en esta habitación ahora y me van a atrapar y atar en esa silla. Soy incapaz de no levantar la mirada y los busco por la habitación.

—Declan. —La voz de Martina es firme, pero se mantiene alejada y se le nota la preocupación—. No hay nadie con nosotros, solo estamos tú y yo. —Se acerca a mí y me acuna el rostro con las manos. Me asusto de su tacto y retrocedo, porque aún no tengo claro del todo si estoy aquí con ella o atado en ese lugar—. ¡¿Quienes eran, Declan?! —me grita y noto una ansiedad tremenda en el interior de mi cabeza.

Presión.

Una presión enorme.

Me duele la cabeza.

No puedo respirar.

—Declan, escucha mi voz —suplica Martina y se sube encima de mí a horcajadas. Noto su peso, su calor, la forma en la que me abraza—. Siente mis manos. —Las hunde en el cuero cabelludo y tira despacio—. ¿Notas el suelo bajo nuestros cuerpos? ¿Lo notas? No estamos en ningún otro lugar.

—No logró recordar qué pasó, o cuántas veces sucedió, o cómo iniciaba…

—No es tu culpa no poder recordarlo, Declan, así como no fue tu culpa no poder controlar que sucediera.

—Pero yo siempre lo controlo todo, y no solo no fui capaz de defenderme a mí mismo, tampoco defendí a ninguno de mis amigos.

—No podías hacerlo, eras solo un chaval…

—A Gideon y a Lucien les pasó durante demasiados años. No puedo, no me lo puedo perdonar.

—No fuiste tú. No podías saber por lo que ellos pasaban.

—Pero me encargué de la venganza. —Noto como Martina se tensa y la abrazo con la esperanza de que no se aleje—. Yo lo planeé —confieso—. No podía abandonar a Kirian con el marrón y lo planeé todo para salvarnos.

—Y lo hiciste —me reconforta mientras me acaricia el cabello y me empapo de su olor—. Os salvaste.

—Y nos condené al mismo tiempo, caramelito, nos condené para toda la vida.

Le beso los hombros con fuerza antes de entender que, con lo que acabo de decir, a ella también la estoy condenando.



CAPÍTULO 30

Era mutuo y, aún así, era imposible.

Toronto, 13 de diciembre.

—Tienes que irte —dice con contundencia e intenta sacudirme de encima, pero me aferro con más fuerza a su cuello y niego con la cabeza.

—No me iré. Estoy contigo en esto, Declan, así que no hagas esto de nuevo, por favor.

—¡He dicho que te vayas!

Todo mi cuerpo tiembla de miedo e impotencia ante su agresividad, pero no me muevo un ápice.

—¿Es qué no me escuchas? —Hundo el rostro en el hueco de su cuello y reprimo mis propios sollozos—. ¡Te he dicho que te vayas! ¡Deberías irte, joder! ¡Deberías alejarte de mí mientras todavía puedas!

—Es que no puedo —sollozo y niego con la cabeza.

Entonces, mientras el llanto me sacude, algo cambia.

Declan me envuelve entre sus brazos, me oprime contra él y, por un momento, no sé si lo hace porque piensa aplastarme o porque me necesita demasiado.

—¿No puedes? —musita—. No, puedes alejarte de mí, Martina, pero no quieres y no es lo que quiero yo tampoco. Lo siento mucho. Siento ser un imbécil y siento intentar alejarte cada vez que no soy capaz de lidiar con el peso de mis emociones.

—Sé que necesitas tu espacio cuando te sientes vulnerable, Declan —me atrevo a decir—, pero si no eres capaz de mostrarte del todo ante mí, entonces esto… no vale la pena.

Saco la cara del lugar donde la escondía y lo miro a los ojos. Él me sujeta el rostro con ambas manos y me seca las lágrimas de las mejillas.

—Quiero que valga la pena —le confieso mientras hago lo mismo con él y le seco las lágrimas—, pero tengo miedo. No eres el único que guarda secretos, Declan yo…

—¿Tú? —insta y pega su frente contra la mía.

—También lucho para no perderme. Si no vale la pena el esfuerzo…

—Haré que valga la pena —Apremia—. Te lo juro por mi vida.



CAPÍTULO 31

Y es doloroso, sí, pero estoy del todo segura de que no es así como quiero que me amen por el resto de mi vida.

Toronto, 14 de diciembre.

La vibración del móvil me obliga a abrir los ojos, los siento muy pesados y me cuesta varios intentos mantenerlos del todo abiertos. Gruño mientras me desperezo, y entonces me doy cuenta del entorno que tengo a mi alrededor.

Mierda.

He pasado otra noche en el piso de Declan.

Me incorporo en la cama y busco su figura, se me hunde el pecho cuando no lo encuentro por ningún lado.

No.

Dijo que no lo haría otra vez, que no me abandonaría de nuevo.

Debería estar acostumbrada a lo desoladora que es la sensación, pero esta vez escuece el doble porque antes de cerrar los ojos con confianza a su lado me prometió que no lo haría.

Dijo que haría que valiese la pena.

Noto como se me aglomeran las lágrimas detrás de los ojos y no hago ni siquiera el mínimo esfuerzo por retenerlas, las dejo brotar, y me digo a mí misma que, quizá, llorar la pérdida es lo que necesito para al fin tener algo de consuelo, poner fin a este círculo vicioso que nunca debió haber iniciado y dejarlo marchar.

Vine aquí con la esperanza de sentir algo, y ahora me temo que sea demasiado.

Mi móvil vuelve a vibrar en la mesita de noche y, cuando lo abro, descubro que hay varios mensajes de mis amigas, se las nota preocupadas y respondo con rapidez para calmarlas, les informo que estoy bien y que ya les contaré en casa.

La verdad es que no quiero hablar sobre esto. Ni ahora, ni nunca. Me muero de rabia y, por culpa de Declan, por primera vez en mi vida, tengo algo que quiero ocultar de mis amigas en lugar de obtener su aliento y su consuelo.

Me percato de que también tengo mensajes de Instagram y me paralizo al ver el remitente.

Ha vuelto.

¿Alguna vez has tenido tanto miedo que eres incapaz de respirar?

Pues eso me pasa ahora mismo.

Mi cuerpo actúa por voluntad propia, abro el mensaje y veo la foto de Declan y yo en ese callejón mientras él tenía las manos en el interior de mis bragas. No es nada nítida, pero recuerdo el momento a la perfección. Parece que la persona que la sacó nos observaba desde el comienzo de la calle, tampoco parecía interesarle obtener un mejor ángulo, porque incluso con esta foto oscura y desenfocada, pillo perfectamente el mensaje.

«Te observo», me dice.

Pierdo la noción del espacio tiempo durante demasiados segundos.

Trago en seco y se me caen más lágrimas, leo las palabras que vienen a continuación y me rompo. Lloro de dolor y de pena, pero también de alivio por haber podido regresar de ese lugar oscuro al que se va mi mente cuando no la puedo controlar.

«Si te follas a un asesino, tienes muchas probabilidades de ser su siguiente víctima».

Ya lo soy.

Me ha pillado y, a pesar de que me juré a mí misma defenderme, se lo permití.

Me pongo de pie con movimientos erráticos y me visto con la ropa con la que subí anoche a este lugar, cuando salgo al salón, me fijo que en la cocina hay un desayuno completo servido sobre una bandeja y que, en medio de ella, reposa una nota y un ramo de tulipanes frescos.

«Siento ser un imbécil, pero no debí romperme así y tú no debiste estar delante. Olvida lo que dije anoche, ¿vale? Es peligroso para ti. Mantente alejada de nosotros, Martina. Esta vez, te dejaré en paz».

—Tarde —murmuro en voz baja, y la nota, el jarrón y el desayuno acaban esparcidos por el suelo y rotos en tantos pedazos como mi corazón—. Creí que podía ayudarte, pero no soy una puta obra de caridad, así que… que te jodan.

Alguien ya debería haberme dicho que no tenemos la responsabilidad de arreglar a otro ser humano por mucho que lo deseemos y lo amemos de corazón.

¿Qué sentido tiene intentar ver y escuchar a alguien que no desea ser visto ni escuchado?

Ninguno.

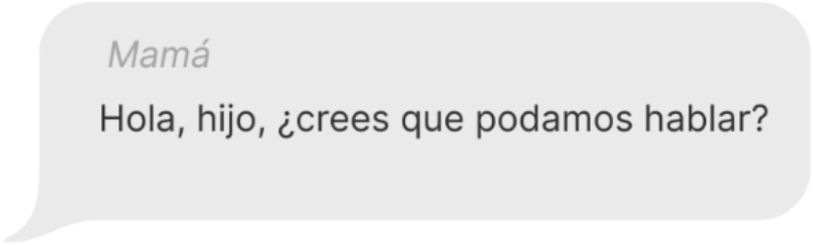
Dicho esto, salgo del piso de Declan Devereaux y, a la vez, salgo de su vida para siempre.



CAPÍTULO 32

A veces, ya no se como estar aquí.

20 de diciembre.



Releo el mensaje de mi madre y subo la velocidad al máximo en la cinta de correr.

Empieza a doler demasiado esto de mantener alejada a la gente que me importa por el bien del pacto, por el bien de nuestro secreto, de mis amigos.

Me cuesta respirar. Se me contraen los músculos de las piernas, me duele cada contracción, cada segundo de esfuerzo, cada impacto.

Estoy hecho una mierda, lo sé, pero es lo que tengo en la cabeza lo que me mucho duele más.

—¡¿Quién ha sido esta vez?! —Sterling aparece en el gimnasio con una toalla envuelta en la cintura y uno de esos muñecos de payaso en miniatura en las manos. Mierda—. He preguntado que ¡¿quién cojones ha sido?! —Se mueve con rapidez y da pasos amenazantes hacia Kirian—. ¿Has sido tú, pedazo de salvaje? ¿Tienes algo que decirme? ¿Sabes algo que el resto no?

—¿De qué coño hablas?

Kirian tiene mecha corta, no, tacha eso, no tiene mecha alguna, por eso se cuadra delante de Sterling con una posición de ataque.

—Viste algo aquella noche, ¿eh? ¿Por qué no me lo dices a la cara y te dejas de mensajitos?

Sterling estampa el objeto que sostenía contra el suelo y, como ya suponía, se trata de la figurita de un payaso.

Mi mente viaja a nuestra niñez, a aquel horrible campamento y a las veces que lo vi con alguna figurita así entre las manos mientras se escabullía del resto para pasar su «preciado tiempo a solas».

¿Por qué Kirian querría recordarle a Sterling de alguna manera algo de ese lugar? No tiene ningún sentido.

Me bajo de la máquina y corro hacia ellos antes de que la tensión aumente. Sujeto a Sterling de los hombros y este, por primera vez en la vida, parece violento conmigo y se sacude de mis manos.

—¡Ni me toques! No me toques ninguno, joder, como vuelva a encontrar una mierda de esta entre mis cosas, os daré a todos una paliza.

—¡Sterling! —rujo con autoridad.

—¡No, Declan, ¿es que no lo ves?! —Se le llenan los ojos de lágrimas sin derramar y siento su desasosiego—. Quien me está haciendo esto y quienes lo permiten no son mis putos amigos.

Noto como me escuece la indirecta y la siento directa a la yugular. He estado demasiado obsesionado con Martina como para centrarme en averiguar quien deja esas figuritas a Sterling. Puede ser alguien peligroso para nosotros, alguien del pasado, que haya estado allí o, peor aún, que haya visto lo que hicimos.

—¡¿Alguien vio algún movimiento extraño en el vestuario?! ¿Personas ajenas a nosotros? —Escucho un «no, capitán», casi de inmediato—. Os quiero a todos con los ojos bien atentos. Nadie puede joder a un Bloodhawks y no recibir la furia del halcón a cambio.

—¡Sí, capitán!

Tengo que volver a centrarme en el equipo y en lo que es realmente importante. Mantener nuestro secreto a salvo sigue siendo la principal prioridad.



CAPÍTULO 33

Cuando no lo esperas, ese es el momento correcto.

Toronto, 23 de diciembre.

—Oh, Dios mío, tía, pedazo de ojos te hace ese fular.

—A mi madre le encantan —le confieso a Taylor—. Suele coleccionar uno de cada lugar al que vamos. ¿Podéis llevarle este de mi parte al volver a casa? —Briella asiente con decisión mientras que Zoey lo hace con una sonrisa retraída.

Está rara, desde aquella noche de partido no es para nada la misma persona.

—Oye, ¿estás bien, dulzura? —le pregunto.

—No me llames así.

Se me eriza la piel ante su contundencia y mis ojos se ensanchan antes de viajar a los de Briella. Le hago un gesto con el ceño fruncido en plan «¿has visto eso?», y ella asiente.

—Oye, Zo…

—Estoy bien, Brie. Necesito estar un minuto a solas.

Zoey emprende la huida, Briella y yo nos disponemos a seguirla enseguida, pero Taylor se interpone ante nosotras. Estamos en un mercadillo de Navidad, el más grande de la ciudad y la silueta rubia de mi amiga se pierde enseguida en medio de un mar de gente.

—Ha dicho que quiere estar sola —refiere Taylor y niego con la cabeza antes de intentar derribarla.

—Ella nunca quiere estar sola —le digo.

—No sabe estar sola —recalca Briella.

—Y no le gusta —añado e intento sortear a Taylor, pero parece inaccesible.

—No, no le gusta nada —añade Brie.

—Chicas, no sé lo que veis vosotras cuando miráis a esa chica, pero yo veo a alguien mayorcita y capaz de tomar sus propias decisiones. Os ha pedido un minuto a solas, y si lo ha hecho es porque lo necesita.

—Ella nunca ha necesitado eso —sentencia Brie, aún en plena lucha por escapar—. No hay minutos a solas entre nosotras.

—Cierto, no lo hay —secundo. Bueno, no con Zoey.

—Pues debería —asegura Taylor y nos abraza a las dos.

—Ha pasado un minuto. —Me sacudo de su abrazo y salgo del círculo en el que nos había cercado—. Ya me ocupo yo.

Dejo a dos de mis amigas y me dispongo a ir en busca de la tercera. La busco entre los puestos durante más de veinte minutos y, cuando no tengo suerte en ninguno, me dirijo a la zona comercial. Antes he visto algunos escaparates repletos de algodón de azúcar, a Zoey le encanta, puede que se haya entretenido mirándolos o que incluso haya decidido entrar. Paso por unas cuatro tiendas antes de llegar a una especie de túnel, me adentro tres pasos en él y me paralizo al escuchar la voz ahogada de mi amiga.

—Por favor —suplica y se me encienden las alertas—. ¿Me lo dirás?

—Lo haré si te quedas.

Esa voz. ¿Es…? ¿Quién es?

—¿Quedarme?

—¡Zoey!

Escucho el grito amortiguado de mi amiga y luego pasos que se alejan de forma apresurada. Zoey tiene la cara roja y los ojos hinchados cuando llego hasta ella, su mirada está vacía, sus labios, pálidos y blanquecinos. No parece mi chica dulce, preciosa y repleta de buenas energías.

—Zoey, ¿estás bien? ¿Quién era ese? ¿Qué ha pasado?

—Estoy bien —farfulla y entonces se le ensancha la mirada—. ¿Sabes? Antes de entrar aquí, he visto un local que se alquila.

—¿Un local? Zoey, ¿de qué hablas?

—Nada nos retiene en Boston, Martina —musita—. No pierdo nada con intentarlo.

Reanuda el paso y yo la intercepto.

—Zoey, ¿por qué te ha dicho Lucien que te lo dirá si te quedas?

—¿Quién es Lucien?

—Creí que, yo… creí que era el tío con el que hablabas, el jugador violento, ¿recuerdas? Rompiste su camiseta.

—Ah, ese. No. El hombre con el que hablaba solo era un mendigo, intenté seguirle el rollo a su locura, pero puede ser una señal.

—¿Una señal?

—Sí, vamos, queda mucho por disfrutar de las compras navideñas y necesito contaros algo.

—Eh, claro, si tú lo dices...



CAPÍTULO 34

Nada es una casualidad.

Toronto, 23 de diciembre.

Zoey está rara, pero ahora, al menos, sonríe, come crepes de frutas y compra cosas bonitas.

—Mira esos detalles. —Su melena ceniza se contonea con el viento y refleja los colores de la pieza de cristal que tiene en la mano —. Son increíbles —le dice al vendedor y todas nos acercamos a su puesto.

Lo primero que me llama la atención es un tallado de cristal de Declan con el uniforme de los Toronto Bloodhwks. Necesito parpadear unas cuantas veces para entender que lo que veo pertenece a la realidad y no estoy en medio de un sueño. Es una pasada y, sin poder evitarlo, la tomo entre mis manos y la observo mejor.

—Lo sabía, sabía que te gustaba el capitán —farfulla Taylor y se ríe por lo bajo.

Se me calientan las mejillas al sentirme descubierta por mi propia imprudencia, pero me importa poco, la verdad, ahora mismo no puedo pensar con claridad y no soy capaz de apartar los ojos del tallado e inventarme una excusa.

—¿Puede ponerme dos y envolverme una como regalo? —pregunto al vendedor y escucho como Briella suspira.

—¿Para qué necesitas dos? —Pregunta Tay y me muerdo el labio inferior algo avergonzada, cuando Zoey y Briella me miran con suspicacia. En plan, «a ver que dices ahora sobre eso, lista».

Podría mentir, sería fácil para mí y también lo más seguro. Hay muchas cosas creíbles a las que puedo recurrir, pero no es lo que me apetece. De hecho, siento que me pongo enferma ante la mínima idea de mentirle de esa manera y a la cara. Taylor fue la primera persona que me abrió las puertas de su vida en Toronto, me ha acoplado en cada uno de sus planes, me lleva a comer fuera del despacho, me alegra las tardes con su chispa y mejora mis días. Ella me considera una amiga y no se merece que yo la considere como algo por debajo de eso.

—Uno es para Declan —susurro.

—¿Declan Devereaux? —pregunta algo incrédula, pero enseguida abre mucho los ojos y ahoga un jadeo—. Joder, ¿he dicho ya que lo sabía? Es decir, ¿se me ha oído alto y claro?

Zoey y Briella se ríen, termino de pagar los tallados con la Black Card que me dio Briana y me acerco un poco más a las chicas.

—Estuvimos… tonteando —le confieso a Tay cuando siento que estamos lejos de cualquier oído indiscreto—. Ya no, hemos cortado cualquier tipo de interacción por el bien de mi trabajo y… —Noto una dolorosa opresión en el pecho al recordar que, en realidad, él fue quien cortó todo cuando me dejó una nota en su piso junto a un desayuno que no pude probar.

Me aclaro la garganta y noto como se me acumulan las lágrimas detrás de los ojos. Escuece. Es la primera vez que me detengo a pensar en ello de verdad, sin intentar condicionarme e interiorizando el sentimiento. Intenté abrirme con él a pesar de todo, bajé mis barreras y creí cada una de sus palabras después de ver su momento más vulnerable. Pero es evidente que nunca va a

permitirme entrar, lo que sea que guarda dentro, es mucho más importante que cualquier simpatía o atracción que pueda sentir hacia mí.

—No quise contártelo porque no fue nada —me escucho reconocer, y ojalá lo sintiera como tal—. Me daba miedo perder mi trabajo.

—Yo jamás diría nada, Martina, te lo juro…

—Lo sé —la interrumpo y coloco ambas manos sobre sus hombros en movimiento—, por eso te lo digo ahora. —Los ojos de Taylor se suavizan al sentirse reconocida y brilla en sus labios una cálida sonrisa—. Es un alivio que todas lo sepáis, eso me ayudará a pasar página más deprisa.

—Claro que te ayudaremos a pasar página más deprisa. —Briella me quita la bolsa de las manos y se me cae la mandíbula al suelo cuando amenaza con estamparla—. Y mi primera acción para ello es destrozar esto.

—¡No! —gritamos Taylor, Zoey y yo al unísono, y Brie frunce el ceño.

—¿Por qué cojones no?

—Porque son preciosas —argumenta Taylor.

—Han costado dinero —secunda Zoey—. Y sería mejor donarlo.

—Le daré una —afirmo sin apenas voz—. No se lo daré a la cara, no sabrá que se lo he comprado yo, pero quiero hacerlo. La otra… —Me muerdo el labio inferior e ignoro la marea de sentimientos y emociones que me produce aceptar el hecho de que todo ha terminado—. La otra voy a donarla la mañana de Navidad.

Mis amigas se miran entre ellas un par de segundos antes de abrazarme con fuerza.

—¿Estás segura de que estás bien? —pregunta Zoey por lo bajo y mis lágrimas amenazan con delatarme.

Puede que no esté del todo bien después de todo, pero es una alegría poder sentirlo.

Para mi buena suerte, mi móvil se estremece en el bolsillo de mi chaqueta y me desembarazo de las chicas. Les muestro la pantalla iluminada y hago un gesto para que entiendan que me alejo porque necesito un poco de espacio.

Se me acelera el pulso al darme cuenta de que he recibido otro mensaje de esa cuenta de Instagram de usuario desconocido, pero, esta vez, con una ubicación.

¡Una jodida ubicación!

Debería bloquear el contacto.

Ahora.

Mis dedos oscilan unas cuantas veces sobre los tres puntos al lado derecho de la pantalla cuando veo que aparece otro mensaje.

«No faltes si quieres saber la verdad, lo que hizo, lo que lo atormenta, lo que os mantiene alejados».

Es un mensaje demasiado tentador, ¿quién demonios es esta persona y qué es lo que sabe?

No.

Me importa una mierda. Es peligroso y debería parar ahora mismo. No me importa nada que tenga que ver con Declan o su oscuro pasado. Es un buen momento para retirarme con dignidad, mantener la cabeza erguida y dar un paso atrás. Puedo terminar lastimada. Mucho más lastimada.

La teoría es fácil, pero mis dedos abren la ubicación y mis ojos se iluminan al ver que no queda muy lejos. Diez minutos en coche.

Necesito saber quién esta detrás de estos mensajes, necesito saber qué ocultan esos cinco chicos y, por sobre todas las cosas, quiero saber qué cojones quiere Declan Devereaux de mí.

¿Es él quien está detrás de esto?

Me dejó claro que me mantenga alejada, que no haga preguntas, que no me inmiscuya, pero… ¿es esto una prueba? ¿Intenta castigarme de nuevo por culpa de mi curiosidad, o de verdad ha llegado el momento en que podré obtener algunas respuestas?



CAPÍTULO 35

El miedo es como el dolor, hay que sentirlo para acabar con él.

Toronto, 23 de diciembre.

El corazón me late muy deprisa mientras atravieso la cancela.

Sé que no debería hacer esto, pero, aun así, lo hago, y no creo que haya forma humana de evitarlo. La oferta parece un poco suicida, pero también demasiado tentadora. Conocer lo que pasó en ese programa es conocer la razón por la que Declan está tan cerrado, es una forma de ayudarlo, de llegar hasta él.

La entrada es grande y me lleva a conducir a través de un camino boscoso y poco iluminado. Según las indicaciones del GPS, debo girar en la siguiente esquina, a la derecha.

Me sudan las manos y se me resbalan del volante. Es frustrante. Me estremezco al pensar que me pongo a mí misma en medio de esta situación tan bizarra y no ayuda nada ver cómo la indicación del mapa termina del todo y desaparece mientras indica el acantilado que reposa al fondo de la

propiedad. No me gusta ese detalle. Una caída así te puede hacer desaparecer de formas en las que nunca jamás nadie podría encontrarte.

Debería irme, me lo digo demasiado tarde, porque escucho el sonido escalofriante de la puerta al cerrarse de forma automática.

Esto es una decisión estúpida, como todas aquellas que comenten los actores en las películas sangrientas de terror en las que acaban asesinados de las formas más espantosas. Al igual que cuando los veo a ellos a través de la pantalla, escucho a esa vocecita que me susurra con desespero que alguien va a morir y que no será nada bonito de presenciar.

Mi instinto me grita que huya, pero hay otra parte de mí que me dice que el mensaje es importante, que puede ser de Terry, o de cualquier otra persona que se interese de verdad por Declan y quiere poner a mi disposición aquello que necesito para comprender qué lo atormenta. No sé si quiero saberlo, no sé si me corresponde, por todo en lo que ello puede traer consigo, pero soy incapaz de no intentarlo.

Aparco el coche en mitad de la nada. La hierba está un poco más alta y descuidada por esta zona, pero no dejo que eso me obligue a retroceder. La oscuridad lo engulle todo en cuanto se apagan las luces del coche y salgo decidida mientras empuño en la mano la linterna del móvil como si fuese un salvavidas.

Según la ubicación, este es el lugar, pero aquí no hay nada.

Me muerdo el labio inferior y reprimo el llanto. La angustia me carcome por dentro mientras entiendo que este es un lugar perfecto para cometer un asesinato, el lugar perfecto para citar a una víctima estúpida e ingenua y acabar para siempre con ella. Tengo el arma que me dio Briana, y la palpo en la parte trasera de los pantalones, mientras me recuerdo su presencia y repaso mentalmente como se utilizaba. Una brisa fría eleva hojas en el viento y hace que algo tintinee. Levanto la mirada deprisa y encuentro una verja escondida entre la maleza, cierra una especie de cueva entre las rocas y, cuando ilumino el interior, me doy cuenta de que parece una catacumba. La puerta vuelve a

tintinear y bajo la mirada hasta el manillar, es uno de esos antiguos en los que puedes acoplar un candado, pero ahora mismo, permanece sin nada, del todo abierta, como si me esperase para que entre.

Respiro profundo y echo un último vistazo a mi espalda. No hay nadie a mi alrededor, nada, aparte del viento, mi miedo, la oscuridad y el silencio.

Abro con decisión, pero procuro no hacer ruido, me adentro en un pasillo rocoso y estrecho, con rocas del color de la caliza que desemboca en una estancia de mayor amplitud, pero completamente vacía. De esta sala nacen tres pasillos más y me pongo muy nerviosa al no saber hacia dónde llevan.

Un ruido estridente me roba el aliento, soy incapaz de no gritar y me agacho con las manos en los labios durante un par de segundos. Trago en seco y procuro respirar, es entonces cuando apunto la linterna en dirección a la verja que acaba de estamparse contra la piedra por la fuerza del viento. Me pongo de pie y corro hasta ella, meto la mano y consigo cerrarla sin ejercer demasiada fuerza para asegurarme de que, si necesito salir rápido, no se me haga difícil.

—A la mierda —me digo a mí misma al volver y tomo el pasillo del medio, veinte metros después veo luces al final. Saco mi arma y la empuño, tiemblo.

Delante de mí se abre una estancia imponente, es enorme y esta muy bien iluminada. Las rocas brillan con formaciones naturales de estalactitas y estalagmitas, todo rodeado de un alucinante blanco cal natural y exquisito. En medio de la estancia, como si fuera la protagonista, hay una roca grande y redonda con una superficie plana similar a una mesa con una carpeta oscura que reposa sobre ella.

Esa debe ser la respuesta que buscaba.

Camino despacio, atenta a cualquier sonido, apunto el arma en todas las direcciones y miro a mi alrededor. No hay nadie, por eso me adentro del todo. Dejo el arma sobre la roca y me hago con el informe.

«Denuncias archivadas».

La primera página me sorprende con una foto de Gideon. Alumbro las letras pequeñas con el móvil mientras leo en ellas que confesó haber sufrido abusos sexuales por parte del entrenador Marcus Hallaway en cada campamento de verano desde que tenía once años.

Ahogo un grito y noto como se me encoge el corazón, es doloroso, pero es mucho más sorprendente entender por qué tengo acceso a esto.

¿Quién pondría esta información en mis manos? ¿Por qué? ¿Es cosa de Declan? ¿Es él quien no se atreve a decirme esto a la cara y, por tanto, necesita que lo descubra?

Avanzo las hojas hasta que veo la cara de Kirian, abusos físicos, lo obligaban a participar en peleas clandestinas y hay informes médicos internos de palizas y fracturas interminables.

—Dios mío —murmuro y avanzo hasta llegar a la imagen de Lucien.

La mujer del entrenador y entrenadora suplente, Helena Hallaway, ella… Joder.

Avanzo las páginas con mayor brío y descubro una foto de un Declan mucho más joven, como los demás. Aparece semiinconsciente y atado a una silla, completamente desnudo, y en sus ojos se puede ver la más absoluta nada.

«Abusos psicológicos y sexuales bajo sedación inducida. El chico no era capaz de recordar nada al día siguiente y para él ha sido un *shock* verse en los vídeos de Helena».

¿Los vídeos de Helena? ¿Es qué había más? ¿Por qué esta información no salió a la luz pública?

El móvil me vibra en la mano y me sobresalto, pero, al abrirlo, veo que el usuario me ha envíado un archivo de vídeo. Lo abro y la voz desgarradora de Declan llena el espacio mientras suplica por piedad y arrastra las palabras.

La persona que lo ataca no se detiene.

—No.

Es asqueroso, deplorable.

Se me caen las lágrimas de pena por él y pienso en las palabras de Taylor.

«Algunas personas piensan que ellos los mataron».

Joder.

¿Este lugar? Lo he visto antes. Abro el buscador de Google y le pregunto donde estaba situado el antiguo The Hallaway Program. Un escalofrío me recorre cuando el punto rojo que señala la llegada a destino engulle por completo al azul, que me representa en el mapa.

¿Ese es el secreto que comparten? ¿El que hace que echen de aquí a todos los psicólogos? ¿El que hace que muchos de ellos desaparezcan? ¿Ellos los asesinaron?

Me estremezco al pensar en ese detalle. Tengo que salir de aquí.

En el mismo instante en el que doy un paso atrás, las luces se apagan por completo. Me sobresalto y el sonido de mis propias respiraciones amenaza con ensordecerme. No puedo respirar, paseo la linterna en todas las direcciones en busca de la amenaza, a la vez que doy un paso atrás y aseguro el informe contra mi pecho. Me doy la vuelta para empuñar de nuevo mi arma, pero se me cae el alma al suelo al percatarme de que no está. Se me escapa un sollozo cargado con mi propia frustración, apunto la linterna en dirección a la mesa, pero nada.

Este es justo el momento en el que me doy cuenta de que la he cagado. Todo se ha ido a la mierda, he caído en una trampa y este es mi final.

Una aclaración de garganta me toma por sorpresa y apunto la linterna del móvil en esa dirección con un sobresalto. Una máscara terrorífica, pero familiar, me enfrenta. La máscara, en su base, es como la de Declan, por eso tengo claro que es uno de los chicos, pero, a la vez, es diferente, y por eso tengo claro que no es él. Esta máscara es roja, brilla en una sonrisa maquiavélica y puedo ver ciertos detalles pintados alrededor de las líneas de neón. Un parche de pirata cubre uno de los ojos de la máscara, y está bañada por gotas de sangre. En un lado, tiene pintadas una especie de zarpazos de garras y, en el otro, una brújula abierta y un catalejo. Solo sé de cuál de los chicos se trata cuando veo pintada sobre ella el número veintiocho.

El peor de todos.

Lucien da un paso adelante y un grito de angustia me sube por la garganta y brota a la superficie mientras correspondo con uno atrás. La mesa me hace de tope y siento la imperiosa necesidad de encontrar una salida, de echar a correr, ponerme a salvo y alejarme de este psicópata.

¿Lucien me cito aquí y puso esto a mi disposición para que yo descubriera sus secretos? ¿Los secretos que guardan con mayor recelo y que pueden destruirles la vida para ayudar a Declan o para tener una excusa por la cual asesinarme?

Camino despacio y de lado en busca de una oportunidad real para escapar, pero la máscara roja me cerca en cada paso que da en mi dirección sin hacer mucho esfuerzo.

—¡¿Qué quieres de mí?! —grito. Él ladea la máscara, como si me mirase con curiosidad, y camina hacia mí mientras empuña en una mano lo que, ahora veo, es un *stick*—. Sé que eres Lucien, ¡¿por qué me has dado esto?! ¿Quieres que os ayude? ¿O quieres que conozca las razones por las que piensas matarme?

Toda mi valentía fingida se derrumba cuando me acorrala contra la roca con un par de zancadas y me presiona el *stick* contra el cuello.

—No se lo diré a nadie —confieso como una súplica—. Lucien, por favor, lo prometo.

—¿Por qué?

¿Por qué?

—Porque ellos eran personas horribles y vosotros solo unos niños que se defendieron…

Presiona con mayor potencia el *stick* contra mi garganta y carraspeo.

—Somos unos asesinos, psicóloga —confiesa mientras ladea el rostro enmascarado y me transmite mayor terror.

—No diré nada —consigo farfullar y lo siguiente que noto es un dolor atroz en la garganta mientras mis pies se elevan del suelo y lucho para poder soltarme de la trampa mortal—. ¡Lucien! —suplico.

—¡No digas mi puto nombre! —grita y me confirma su identidad antes de dar un paso atrás y dejarme caer en el suelo —. Di el suyo —musita despacio mientras me agarra del pelo y me mira a través de la máscara—. Tengo que reconocer que tienes mérito, psicóloga, eres la primera tía que ha conseguido desestabilizarlo de esa manera.

¿Desestabilizarlo? ¡¿Yo?!

—No podría hacer eso, aunque quisiera —le aseguro—. Solo fue sexo, el mismo lo dejó claro…

Grito de dolor cuando me arrastra del cabello al centro de la habitación, me deja en mitad de ella, desorientada, y se aleja despacio mientras se ríe como un maníaco.

—Ese es precisamente el problema, Martina. Declan nunca se folla a nadie, no después de…

—¡¿No después de qué?! —Lo enfrento y me yergo porque tengo una teoría—. ¿No después de que vio los vídeos en los que esa mujer lo tocaba mientras estaba inconsciente?

—¡Cállate!

—Abusaron de él, Lucien, y también de ti…

—¡No sabes nada!

Me atropella con su cuerpo y forcejea conmigo hasta que pierdo por completo el control de todo. Mi móvil vuela en una dirección y la luz de la linterna apenas nos alumbra mientras Lucien me tumba sobre la roca, se posiciona en medio de mis piernas y me aprisiona las manos.

—No tienes por qué hacerme daño —le explico y se me caen las lágrimas que luchaba por reprimir—. No voy a delataros, jamás le haría eso a él…

—Él, él y solo él. El bueno de Declan siempre se lo lleva todo, pero bienvenida al mundo real, Martina. Él no lo quiere, no te quiere a ti ni a tu jodida condescendencia, nosotros somos su familia, somos todo lo que tiene y a los únicos que puede querer.

Se me eriza la piel cuando comprendo el trasfondo de sus palabras, en mi interior, se enciende una bombilla que envía

señales de alerta y grita peligro, pero también se escucha una voz persistente y molesta que me pide que indague.

—¿Estás celoso de mi relación con Declan? ¿De su relación con cualquiera que no seáis uno de vosotros? ¿Temes que de aleje…? —pregunto con cautela, pero no sirve de nada porque eso parece activarle. Lucien lucha contra mí y me desgarra las medias—. ¡No!

—¿Por qué eres tan especial para él, psicóloga? ¿Por qué eres la única que ha conseguido borrar esas visiones de su cabeza durante la intimidad?

—Lucien, no tienes que hacer esto, no soy nada…

—Tienes razón. —Se detiene de golpe y presiona su bulto contra mi sexo—. Nosotros siempre seremos más importantes para él que nadie, y te lo voy a demostrar.

Grito cuando las luces se encienden y Lucien me pone de pie y me arrastra consigo.

Siento que estoy hecha un desastre, noto la falda subida, las medias rotas, la chaqueta a medio bajar y la camiseta destrozada. Creo que estoy llorando, pero no soy del todo consciente. El momento es surrealista y apenas puedo respirar, el aire helado que se condensa a mi alrededor.

—Esta zorra lo sabe todo —sentencia Lucien y me empuja hasta que caigo de rodillas contra el suelo—. No sé para quién trabaja, pero la han guiado hasta aquí y ahora sabe nuestro secreto.

Levanto la cabeza y me encuentro con cuatro máscaras que brillan despacio bajo la intensidad de las luces. Ignoro todas las demás y me centro en la de color azul glacial.

Declan.

—¿Cómo? —pregunta, y no sé si se dirige a mí o a Lucien.

—¡Contesta a su pregunta! —grita Lucien y sollozo cuando me agarra del cabello.

—¡Recibí un mensaje! —confieso—. Los he estado recibiendo desde mi primer día de trabajo.

—¿Esperas que nos creamos eso? —Creo que es Kirian quien habla. Máscara naranja.

—¿Cómo podría yo intuir algo de vosotros? Acabo de llegar aquí, yo…

—Querías vengarte de Declan —sentencia Lucien por mí y entiendo que es él quien lo tenía todo orquestado.

Elevo la mirada y noto que Declan tiene los puños apretados a cada lado del cuerpo. Se me rompe el corazón al pensar que no hace nada para defenderme y que quizá nunca lo hará.

—Querías vengarte de él porque te dijo que era solo sexo.

Noto como Declan se tensa y me doy cuenta de lo que hace Lucien, utiliza mis propias palabras para desacreditarme ante los demás.

Odio esto.

Durante mucho tiempo, fui una persona reprimida bajo la apariencia y la personalidad de otra, creí que podría encontrarme y, cuando al fin siento que lo hago, resulta que me meto en la boca del lobo con el único grupo de chicos que puede destrozarme.

Declan no dice nada.

Nada.

Y eso es mucho más doloroso que cualquier otra cosa.

—¿Por qué querría vengarme? Lo dejamos muy claro desde el principio. —Miro en dirección a la máscara de Declan en cada palabra que digo—. Solo sexo, sin sentimientos.

—Si es así… —farfulla Lucien en un tono sugerente que me revuelve el estómago y me sujeta la barbilla—. No te importará contribuir a que las cosas vuelvan a la normalidad. —Se desliza la cremallera del pantalón delante de mis narices y trago en seco. Nerviosa, triste y asustada, echo la cara al lado contrario a él—. Un secreto por un secreto, psicóloga. Practica eso del solo sexo también con nosotros mientras nuestro capitán mira.

Miro a Declan una última vez, desesperada, mientras siento cómo el mundo se me viene encima y comprendo que él no va a mover un solo dedo para interceder por mí o defenderme.

Yo sola me he metido en esto.

Yo solo pagaré las consecuencias, pero son demasiado duras...

Mi cuerpo pierde la voluntad y mis ojos se quedan fijos sobre el azul glacial de la máscara de Declan.

Se me rompe el corazón y lo comprendo. Comprendo que todos quieren un trozo de mí y utilizarme a su antojo. Mamá, papá, Preston, todos veían en mí a la Martina de la fachada, y les interesaba verla porque ella no se resistía. La fuerza me abandona y me vuelvo ligera y dócil ante la forma en la que Lucien me manipula. Noto sus manos en mi rostro y la forma en la que su tacto me quema. Escucho los pasos de los demás mientras se acercan, me ponen de pie y me tocan en todas partes.

No podría moverme, aunque quisiera.

No podría gritar, aunque lo intentara.

No puedo siquiera respirar.

—Nuestro capitán siempre se ha conformado con mirar —murmura Lucien sobre mi cuello mientras da a Declan un primer plano de mi cuerpo. Mantengo la mirada baja, a sus pies, sobre el suelo—. Pero esta noche vamos a descubrir por qué fue capaz de probarte y mantenerte como un secreto… incluso ante sus mejores amigos.

Estoy rodeada por cuatro hombres con sus manos sobre mí en contra de mi voluntad mientras el único que quiero que me toque mira sin hacer nada.

Entonces, cierro los ojos, me entrego a la nada y me doy por vencida.



CAPÍTULO 36

Mi cerebro lo sabía, pero mi corazón no estaba preparado.

Toronto, 23 de diciembre.

Hace eso de nuevo. Desaparece de su propio cuerpo, su mente se retira, se desconecta, se va. Esa es la razón por la que es capaz de vivir con una fachada, fingir sonrisas y aparentar ser una persona que no es en realidad. También es la razón por la que ignora la conversación con sus padres en lugar de enfrentarla, o por la que acumula mensajes amenazantes de su ex en lugar de denunciarlo. Martina padece un trastorno de disociación, y cuando algo le duele demasiado o la supera, ella, simplemente, se desconecta.

Ojalá yo también me pudiera desconectar.

—Declan, ¿qué coño haces? —pregunta Lucien en cuanto doy un paso adelante y grito que aparten sus asquerosas manos de

ella.

Ella. Es. Mía.

Creí que podría apartarla, hacerla a un lado, liberarla de mí y del yugo que represento, pero es imposible y el hijo de puta de Lucien, en lugar de ganar con su estúpida jugarreta de los mensajes anónimos, ha conseguido ayudarme.

Esta mujer se ha grabado en las paredes de mi alma y, ahora que conoce nuestro secreto, no tengo ninguna excusa para dejarla escapar.

No ha sido cosa mía, yo no nos delate, no traicioné nuestro pacto. Lucien lo hizo y dejé que sucediera. Me ha quitado un peso de encima porque no puedo existir sin Martina. La siento al respirar, al comer, al dormir. No puedo hacer nada más aparte de verla a ella, y ver sus ojos cerrados, su cuerpo blando, las lágrimas que le resbalan por las mejillas y desembocan en su ropa rasgada mientras se evade para no ser del todo dueña de este momento, me mata.

Me recuerda demasiado a mí.

Odio lo que me pasó y, aún así, se lo he hecho también a ella. A la única chica que me ha interesado jamás, la única que me ha devuelto la vida y me ha hecho sentir algo de calor en este corazón de hielo.

—Como no apartes tus manos de ella ahora mismo, te las corto, Lucien.

Los demás ya se han apartado y nos observan de lleno. Debajo de la camiseta de Martina se escurre la carpeta con todos los informes, informes que no deberían existir porque los destruimos nosotros mismos.

—Has jugado bien tus cartas para alejarme de ella —confronto a Lucien—, pero, como no la sueltes ahora mismo, no tendré consideración contigo ni siquiera por nuestra amistad.

—No puedes poner a una puta por encima de nosotros.

—Y no lo he hecho, has sido tú con tus actos estúpidos el que me ha obligado a elegir.

—¿Yo?

—No insultes mi inteligencia, Lucien, sé que esto es cosa tuya.

—Declan…

Agarro a Martina por la cintura y la atraigo hacia mí, se mueve con facilidad, pero con la mirada perdida.

—Martina es mía —digo en voz alta y es reconfortante lo bien que sienta—. A partir de este momento es una más de nosotros, pero no porque sepa la verdad, si no porque yo así lo decido. Quien no esté de acuerdo con eso puede coger su opinión y saber que me importa una mierda. Yo decidí estar con ella, quererla, pero fue este hijo de puta quien decidió revelarle nuestro secreto. Ya sabéis como se castiga eso, chicos, así que no me defraudéis.

—¿Qué coño…?

Ignoro los gruñidos y los gritos de pelea. Cargo con el peso de Martina y salgo con ella en el lugar del que no debería haberse movido jamás, entre mis brazos.

Martina Thompson es mía. Lo sé desde el primer momento en que la vi, y no la dejaré escapar nunca.



CAPÍTULO 37

Sé que nos quisimos, pero lo hicimos mal.

Toronto, 24 de diciembre.

Hace más de media hora que tengo los ojos abiertos. Escucho movimiento, pasos que se acercan, susurros cargados de preocupación. Zoey llora, Brie la consuela e intenta mantenerse fuerte.

He hecho esto a mis amigas. Les he hecho daño, y supongo que esa es una de las razones que me paraliza ahora mismo y me impide volver a la realidad.

Odio hacer daño a los que amo, decepcionarlos. Hacer que se preocupen por mí.

Las chicas se advierten sobre algo la una a la otra, apenas las escucho con claridad, todo parece confuso, interferido, como si vivieran debajo del agua en lugar de la superficie.

Mis amigas se marchan y yo vuelvo a respirar con normalidad.

En la mayoría de mis episodios lucho con todas mis fuerzas por mantenerme consciente, por no irme, por volver, pero, esta vez, ni

siquiera me apetece intentarlo.

¿Y si mi disociación es una bendición en lugar de una desgracia?

Está claro que mi cerebro la eligió como un mecanismo de defensa extremo y, ahora mismo, necesito defenderme de los recuerdos de Declan, de pie delante de mí, sin mover un solo músculo mientras sus amigos me tocaban por todas partes.

Noto un escalofrío y me estremezco, es físico y mi cuerpo se mueve en consecuencia, pero yo apenas registro el movimiento.

No recuerdo qué pasó, ni cómo llegué aquí, ni nada de lo que me hicieron después de haber decidido, de forma consciente, salir mentalmente de allí.

Esa ha sido la primera vez en veintidós años que he anhelado estar sometida a la enfermedad que me jode la vida, y lo sentí por Declan.

—Sé que puedes oírme.

Su voz hace que me tense por completo, pero no rompe la fuerza del entumecimiento. Me he dejado ir demasiado, no he luchado por volver y ahora mi cuerpo se revela, no me lo pone fácil, y estoy segura de que Declan tampoco lo hará.

¿Cómo ha entrado aquí? ¿Qué quiere? ¿Ha venido a matarme?

—Sea dónde sea que estés ahora mismo, tienes que regresar, joder.

Su mano colosal me sujeta la barbilla y me manipula con fuerza, sus ojos cargados de furia me hacen sentir pequeña cuando se enfrentan al vacío que hay en los míos.

—No te permito huir de mí, Martina, no puedes huir de esto.

Desvío la mirada, que es lo único que controlo en su totalidad, y espero que eso le dé un mensaje alto y claro, lo hace, pero parece que no le gusta recibirlo.

—¿Para eso montaste todo esto? ¿Para eso fuiste allí? ¿A averiguar algo que no querías saber, que no podrías soportar? ¿Es eso? ¿Eres una puta cobarde?

¡Que le den! No soy una cobarde. Eso es lo que le grito en mi conciencia, pero supongo que en el exterior solo se traduce como una mirada agrandada.

—Me da igual si esta mierda te funciona con los demás, con tus estúpidos padres que no te conocen en absoluto, o con ese pedazo de mierda con el que saliste e intentó aprovecharse de ti, por cierto, le he cortado las manos, Martina, solo por atreverse a tocarte, así de jodidamente obsesionado estoy por ti.

¿Qué hizo qué?

—Me da igual si esto te funciona con las ciegas de tus amigas, pero no te va a funcionar conmigo, caramelito, eres mía y no puedes escapar de mí ni siquiera dentro de tu propia cabeza.

Pierdo la calidez de la manta que me cubre. Declan se sienta detrás de mi cabeza, con la espalda apoyada en el espaldar, y tira de mí por las axilas hasta que mi espalda está del todo apoyada en su pecho. Mi respiración cambia, se acelera, se torna acompasada, pero el psicópata maníaco que tengo detrás no se lo toma como una reticencia.

¿Le ha cortado las manos a Preston?

Su cuerpo envuelve el mío mientras me abraza y me estabiliza, luego me abre las piernas y descubro que no llevo puesto nada además de unas bragas pequeñas y una camiseta ancha.

—No —farfullo y doy gracias a todas las deidades al notar que me sale algo de voz.

—Eso es, caramelito, regresa conmigo, joder, regresa para mí y dame mi merecido, detenme, porque si no voy a follarte tan fuerte que tus amigas tendrán que tirar la puerta para liberarte de mí.

No.

Sonríe al notar como me tenso y ver mis ojos agrandados. Me ladea el cuerpo y me besa en los labios, un beso rápido, certero, tentativo, pero que me hace estremecer.

—A lo único que tienes miedo de esa afirmación es a saber que al entrar te encontrarían disfrutando de mi polla como una buena chica.

Quiero golpearlo. Joder si lo haría, pero solo consigo mover un poco las manos. El movimiento no le pasa de desapercibido a mi verdugo, que parece fascinado.

—Voy a follarte como a la zorrita que eres —prosigue y mi rabia cada vez se hace mayor—. Voy a destrozarte el coño y, cuando

decida que ya me he dado un festín con él, pasaré a tu culo y lo romperé desde dentro sin que puedas hacer nada.

Un espasmo. Una convulsión, un movimiento coordinado de todo mi cuerpo a la vez. Concentro todas mis energías en salir de mi letargo hasta que él me besa y me toca.

Joder.

Noto su boca caliente. Le importa una mierda que la mía permanezca inmóvil, porque él se sirve solo y se da un festín con mis labios. Me absorbe la vida y me amasa los pechos con gran frenesí.

—Eres una jodida puta, Martina. Tienes los pezones como lanzas deseando que los toque.

¡Que te den!

Me rasga la camiseta de arriba a abajo y el sonido rompe el silencio. Su mano grande se cuela en el interior de mi braga, me abarca el coño por completo y gime al hundir los dedos en mis pliegues y encontrarlos húmedos.

—Que sorpresa, caramelito. Estás empapada por mí, chorreas por todas mis amenazas y palabras sucias.

Hago otro movimiento descoordinado y él aprovecha para inmovilizarme en esa posición ladeada, se prende a mi pezón y se ensaña con mi coño de una forma bestial.

—¿Cómo crees que será el orgasmo mientras estás encerrada en tu mente?

Sé que mi cuerpo tiembla y que en mi mente gimo en alto.

—Shhhh. No quiero que nos interrumpan.

Declan me cubre la boca con la mano y entiendo que, quizá, no solo gemía en mi cabeza.

—Mírate, caramelito, estás a punto de correrte para mí mientras te follo con los dedos.

El placer es una locura.

¿La Martina que era capaz de matarlo hace apenas dos segundos? Apagada o fuera de cobertura. Es increíble la forma en la que mi brújula moral se va del todo a la mierda cuando se trata de este hombre y las cosas que me hace. Pero no, me niego, joder, me niego a romperme entre sus manos si dejó que ellos me tocaran.

—Tus amigos —consigo musitar y Declan se detiene, se tensa y se desprende de mi pezón.

—¿Qué pasa con ellos? —pregunta con seriedad.

—Los dejaste… ¿follarme?

Le cambia la mirada, se le agrandan los ojos y el negro se traga por completo al azul. Sale de detrás de mí, se yergue en una esquina de la cama y tira de mis piernas hasta ponerme a su altura, luego se pone de rodillas y me come el coño como un jodido animal salvaje.

—¿Crees que dejaría que alguno de esos imbéciles estuviera dentro de ti? —Le toco el pelo, lo noto, pero me siento tan ebria que es alucinante—. Todavía no lo pillas, ¿verdad? Puede que tú te conviertas en una puta cuando se trata de mi polla, pero yo me convierto en un jodido maníaco cuando se trata de tu coño, Martina. Ninguna jodida mujer me había hecho sentir lo que tú haces conmigo. Soy un puto adicto a ti, caramelito. Sufro una curiosa, pero maravillosa, obsesión contigo.

A mí me pasa lo mismo.

Y lo odio casi tanto como me gusta.

Su lengua se ensaña en mi clítoris, se prense y succiona mientras presiona con la lengua. No sé cómo lo hace, pero me enloquece y, antes de darme cuenta, su mano me cubre la boca porque estoy gritando mi orgasmo y convulsiono sobre la cama. No tengo tiempo de adaptarme, lo recibo dentro de mí con brío y se me agranda la mirada hasta que solo lo veo a él. A la mierda la bruma, la ebriedad, el letargo. Él es lo único que siento, en cada jodida parte.

—Declan…

—Eso es, preciosa, di mi maldito nombre.

—No soy una puta. —Le lanzó un manotazo al pecho y se ríe.

Se ríe.

Noto el movimiento dentro de mí, pero me desarma ver la sonrisa deformando sus labios. Se tumba del todo sobre mí sin cesar el movimiento, me mira a los ojos y no encuentro forma alguna de rebatir lo que dice a continuación.

—Eres mi puta, caramelito. Solo mía.

—Entonces tú también… solo mío.

—Nunca he sido de nadie más y nunca podría serlo. —Su frente se pega a la mía.

—Declan, esto ya no es solo sexo, no puede ser solo sexo, ¿verdad?

¿Él también lo siente? ¿Siente esto que me desborda el pecho y no me deja respirar si no lo tengo cerca?

—No, caramelito, ambos sabemos que, desde el minuto uno, es mucho más.

Joder.

—Quiero ser yo la que te monte —le suplico y lo empujo hacia un lado. Parece dudar, se tensa, pero cede, muy despacio. Noto su cambio, su reticencia, pero entonces me subo sobre él, me empalo con su polla mientras lo miro a los ojos de forma provocativa y todas las malditas dudas parecen desaparecer de su mirada.

—Joder —gruñe y me acaricia el culo—. Eres una puta fantasía.

—Tu puta fantasía. Tuya para que me folles.

Tira de mi cuello hasta que tengo la cara en el suyo y ataca mi coño de forma bestial con el movimiento vertiginoso de sus caderas. Gimo en su oído, pero pierdo la voz cuando lo escucho susurrar.

—Mía para que te ame.

Me estremezco.

—Mía para curarme, caramelito, para que te adore y te traiga siempre de vuelta como tú me trajiste de vuelta a la vida.

Me corro sin remedio cuando noto que se hincha en mi interior. Ambos terminamos juntos, entre jadeos, y permanezco tumbada sobre su pecho sin decir una sola palabra. Ya hemos dicho suficiente, lo hemos dicho todo.





CAPÍTULO 38

Hizo que vibrara mi corazón mucho más que mi teléfono.

Toronto, 25 de diciembre.

—Entonces, ella…

—Abusó de mí. Sé que fueron varias veces a lo largo de los años, pero no sabría decirte con exactitud. Cinco de esas veces quedaron grabadas en vídeos, es así como descubrí qué pasaba, porque alguien dejó los vídeos en mi cama del campamento aquel último verano.

—¿Alguien?

—Creo que era el mismo chico que la ayudaba a atarme y grabarme en vídeo mientras ella…

—Tranquilo. —Martina me acuna en su pecho mientras ambos seguimos desnudos en la cama. Me acaricia el pelo, me

tranquiliza, pero lo único que me apetece es lamerme el pezón que tengo a la altura, así que lo hago—. Declan —protesta—. Esto es una conversación seria.

—Entonces aparta las tetas de mi cara.

—Me has roto la camiseta —se queja y se cubre con la manta cuando me siento delante de ella.

—He roto mucho más que eso, pero no te escucho quejarte por ello…

—Calla. —Me da un empujón juguetón en el hombro y sonríe de forma abierta.

—Eres preciosa, caramelito.

—Gracias, pero… entonces, tú ¿crees que uno de los chicos del campamento estaba involucrado?

—Lo conozco —confieso mientras asiento convencido—. Sé que lo hago, pero no consigo identificarlo.

—A lo mejor tu mente lo bloquea para protegerte.

—Es mucho más desgastante no saber quien es, ni poder pedirle explicaciones.

—¿De qué te serviría? Lo que hicieron está mal, Declan, y él también era un chaval, a lo mejor lo manipulaba.

—Si me hubiera pedido ayuda…

—Pero eso no pasó, cariño, y no sabemos qué lo detenía. De todas formas, creo que la única razón por la que no lo recuerdas es porque lo bloqueas de manera consciente, y lo haces, además, de forma inconsciente al nunca querer hablar de ello, de tu trauma, de lo que te pasó.

—No es un secreto solo mío, Martina.

—Y lo entiendo, pero ahora yo también formo parte de ese secreto y puedes abrirte conmigo, Declan. Si esto es algo más que sexo, entonces significa que lo es todo.

—Todo, caramelito, no sé sentir nada a medias. Es todo o nada.

—Lo sé.

—Antes de que tú aparecieras, no podía ver a una mujer en el sexo sin verme a mí en esos videos mientras Helena me tocaba. Era muy desagradable y horrible no poder recordar nada

de lo sucedido. Cuando te vi en esa foto, cuando vi esa gran, preciosa y falsa sonrisa, me di cuenta de que eras como yo. Te perdías en tu cabeza y me propuse encontrarte, me propuse salvarte a ti como si, de ese modo, pudiera salvar a mi yo del pasado. ¿Eso tiene sentido?

—Mucho. Al menos para mí.

—También para mí.

—Martina, ¿has puesto el cerrojo a la puerta? ¿Estás despierta? —pregunta Biella.

—Oh, mierda. ¡Estoy bien, enseguida salgo!

—Oh, joder, estábamos tan preocupadas...

—Tienes que irte, te matarán si te pillan aquí.

—Creo que puedo enfrentarlo.

—¿Estás seguro? Son mis mejores amigas, De…

—Y yo tu novio, ¿no?

—¿Mi novio?

—Eso te gustaría, ¿eh?

—Eres un idiota. —Sonríe y me golpea el hombro, pero la atraigo hacia mí y la beso con pasión.

—Te lo preguntaría, pero ambos sabemos que novia es una etiqueta absurda para todo lo que simbolizas para mí. Eres mi puta diosa, Martina, mi felicidad, mi vida.

—Declan —susurra, y puedo ver en sus ojos que mis palabras la han abrumado, pero no pienso reprimirme un segundo más ni esconder la fuerza de lo que siento. Estoy obsesionado con Martina Thompson, loco por sus huesos, y no pienso dejar que vaya a ningún lado que no sea mi jodida cama.

—Vamos a desayunar con tus amigas.



CAPÍTULO 39

Hola

Toronto, 24 de diciembre.

—Entonces, ¿estáis saliendo? —pregunta Taylor, incapaz de contener la sonrisa. Declan me atrae hacia sí y me besa en los labios con posesividad para ofrecer una respuesta.

—Firmaré todo el papeleo que sea necesario cuando estemos de vuelta en el edificio.

—¡Madre mía! ¡Que sales con el capitán!

Zoey parece apabullada ante la emoción de Taylor y Briella pone los ojos en blanco antes de dar un paso amenazante con los ojos fijos en Declan.

—Te asesinaré si le haces daño.

—No tengo ninguna duda —contesta enseguida el aludido—, pero eso no pasará.

—Estoy muy feliz por vosotros, ¡es un milagro de Nochebuena!

—Venga ya, no es para tanto —farfullo y me desenrosco de Declan para probar mi desayuno—. Os habéis esmerado con esto,

muchísimas gracias, qué pena no poder teneros aquí todos los días.

—En realidad… —inicia Zoey con voz taimada y todas la miramos —. ¿Recuerdas el local que te enseñé en la plaza? —Asiento, pero se me entreabren los labios debido a la anticipación.

—¿Te han contestado? —pregunta Brie con sorpresa y casi se atraganta, Zoey asiente—. ¿En Navidad?

—Es nuestro, Brie —sentencia con una sonrisa mientras vuelve a asentir—. Podemos quedarnos e iniciar nuestra vida de empresarias cerquita de Martina. Nunca hemos estado separadas y…

—Lo haremos —sentencia Brie y todas la miramos.

Cambiar su vida de lugar, así como así no es una decisión fácil, y menos para una joven recién graduada en Derecho como ella. Zoey apenas empieza a ser un poco reconocida en su carrera como artista y ser su representante no les generará los ingresos necesarios como para poder mantenerse mucho tiempo en Toronto.

—No es la misma desde que te marchaste, no puedo verla así. Además, ella tiene razón, si vamos a empezar de cero, podemos hacerlo en cualquier sitio. Lo importante es estar juntas. Empezaré a mirar bufetes de la zona para ofrecerme como becaria.

—En realidad… —murmura Declan y atrae la atención de todas—. La abogada del equipo está a poco tiempo de jubilarse…

—Es cierto —secunda Taylor—La señora Philips quiere dejarlo el año que viene y busca a alguien a quien enseñar.

—Creo que Briella es la candidata perfecta —Argumenta Declan.

—¿Y lidiar con todas las cagadas de unas estrellas de hockey subiditas y hormonadas?

—Y con sus certificados de confidencialidad. —Declan se ríe al contestar a Brie—. Esos sí que son unos cuantos.

Le dedico una mirada de reojo y una sonrisa ladeada cargada de intenciones.

—Oh, Dios —se queja Briella al darse cuenta.

—Si no te gusta, no…

—Me interesa. —Brie corta a Zoey en el acto—. Puedo con unos cuantos certificados de confidencialidad a las tres de la mañana.

—¿Estás segura?

—Por supuesto que sí.

Sé que lo hace por ella, todos los sabemos y eso a veces hace que Zoey se sienta culpable, pero no debería. Puede que Zoey sienta mucha dependencia hacia nosotras por su infancia borrada y sus problemas de abandono, pero tanto Briella como yo sentimos la misma dependencia hacia ella y estamos igual de comprometidas con su bienestar.

Me levanto de la mesa, entre saltos, y chillo. s Todos los ojos se dirigen a mí, pero enseguida Brie y Zoey se levantan, me abrazan y saltan y chillan a mi lado.

—¿A qué esperáis? Moved el culo y uniros a celebrar este milagro de Nochebuena.

—En teoría, aún no es Nochebuena —reprende Declan, pero se pone en pie y, al igual que Taylor, y salta junto a nosotras.

—Estoy feliz por tus amigas —me susurra al oído—. Pero el único lugar en el que tienes permitido dormir a partir de hoy es entre mis jodidos brazos.

Oh.

Vale.

Creo que podemos adaptarnos a eso.



CAPÍTULO 40

La fe mueve montañas, el miedo solo las inventa.

Toronto, 24 de diciembre.

—Recuérdame por qué hacemos esto —suplica Briella mientras empuña un cuenco de ensalada con total desgana.

—Porque ellos nos han invitado amablemente a cenar.

Lo de que nos han invitado no es del todo cierto, lo ha hecho Declan y entiendo que ha obligado a los demás a aceptar su imposición. Al principio no estuve de acuerdo, lo invité a que viniera él a nuestro piso y cenara con nosotras, pero dijo que no podía abandonar a sus amigos. Ninguno de ellos tiene una buena relación con sus padres después de lo que les pasó, se protegieron entre ellos en ese entonces, justo como lo hacen ahora.

—No creo que sea una buena idea —farfulla Zoey, que está deslumbrante con un vestido rojo de tela que se transparenta y tacones del mismo color.

—Para mí es una idea excelente. No me puedo creer que al fin voy a saber donde viven los jugadores.

—¿De que te sirve saberlo si te han hecho firmar un certificado de confidencialidad?

Taylor se encoge de hombros, supongo que tampoco lo tiene claro, pero su entusiasmo es más que suficiente para ver el lado positivo de la situación.

Está guapísima, con un vestido lila, cargado con tutú que le hace juego con los mechones del cabello. Además de eufórica por el plan, sus padres se fueron de viaje a Filipinas y creía que le tocaría estar sola en Nochebuena y Navidad. No lo permitiremos.

—Se portarán bien, chicas, no muerden.

No estoy segura, Brie tampoco y por ello pone los ojos en blanco. Va vestida de negro, como siempre, lista para un funeral.

Después de lo de anoche, cenar con los chicos que fueron capaces de arrinconarme debe parecer una completa locura, pero no para mí. Con Declan de mi parte, sacando la cara por mí y haciéndome partícipe, me veo no solo capaz de sobrevivir a ellos, sino de plantarles cara.

No tengo todas las piezas de la verdad conmigo, pero no las necesito, siempre y cuando tenga las que afectan a Declan. Si los demás quieren que les ayude, lo haré, pero él es mi principal y quizá único objetivo.

Me ayudó a regresar… y nunca había sido capaz de dominar mi propia mente al llegar a ese estado.

Con Declan Devereaux a mi lado me siento capaz de todo, invencible, una nueva Martina. Justo como quería.

Ayer cruzaba esta cancela muerta de miedo y, hoy, presa de la felicidad.

No me da tiempo a tocar la puerta cuando esta se abre y unas manos fornidas que reconozco a la perfección me atraen hacia sí. Choco contra un pecho duro y cálido, me empapo del mejor olor y luego saboreo los mejores labios que he probado en mi vida. Gimo debido a la intensidad, pero Declan se aparta del todo justo en ese momento y me lanza una mirada de advertencia.

—Hola a ti también —musito entonces.

—Qué asco —sentencia Briella.

—¿Al final sí que podemos mirar? —pregunta Sterling con tono gracioso—. ¡Será una cena con espectáculo! Menudo regalazo por Navidad.

—Ni en tus mejores sueños —le contesta Declan y me arrastra dentro para dejar paso a las chicas.

Me pierdo en los detalles de la entrada. Es preciosa y apabullante.

—Joder —escucho silbar a Sterling—. ¿Quién eres tú y por qué no nos han presentado?

Lo busco con la mirada para saber a quién se dirige, pero antes de llegar a él me detengo en Lucien y en su cara distorsionada. Le han dado una paliza en condiciones, pero en lugar de dolorido, parece enfadado, un ser endemoniado, un engendro del mal, y casi creo que es por mí, por no haber logrado su cometido y haberme erradicado, pero, cuando sigo su mirada, veo que observa a Sterling junto a Zoey, mientras ella intenta mantenerse un poco escondida detrás del cuerpo de Briella.

—A dos metros de distancia —le advierte Brie y a Sterling se le expande la sonrisa.

—¿Vienes con guardaespaldas, muñeca? Dos por el precio de una —celebra y Kirian le da una colleja—. ¿Por qué cojones fue eso? —se queja y Kir pone los ojos en blanco y lo da por perdido.

—Bienvenidas —dice a las chicas y Taylor, rápida como una bala, da un paso adelante y le estrecha la mano, aunque no la tenía extendida.

—Muchísimas gracias por invitarnos.

—No te invitamos, pero de nada. —Eso fue cosa de Gideon, y la verdad me sorprende, siempre es tan amable con todos, incluso conmigo. Fue el único de ellos que intentó defenderme, me extraña escucharlo utilizar ese tono mordaz contra Taylor, pero no puedo dejarlo pasar.

—La invitamos nosotras, es nuestra amiga, si tienes algún problema con que se quede, entonces nos vamos todas —argumento y doy un paso delante de ellos.

—¿Tienes algún problema, Gideon? —Declan se yergue tras mi espalda y noto como Gideon se encoge sobre sí mismo y niega con

la cabeza—. Lo suponía.

—Oye, Taylor —dice Kirian con un tono meloso que no le había escuchado utilizar jamás—. A mí sí me mola que hayas venido.

—¿Enserio?

—Por supuesto, sé que eres una gran fan. Si vienes conmigo te muestro un poco la casa.

—Me encantaría —dice emocionada, tengo un mal presentimiento de repente, pero no quiero cortarle la ilusión.

—Yo puedo enseñarla a ti —dice Sterling a Zoey en tono seductor —. Te aseguro que es enorme. —Lucien le da un golpe en el hombro al pasar por su lado y se escucha un sollozo de estupor proveniente de Zoey—. Me refería a la casa, joder.

Da igual lo que Sterling diga, Lucien no le presta atención. Mantiene los ojos fijos en mi amiga y es tan intenso que me siento en la obligación de intervenir.

—Declan nos la enseña.

Agarro a Zoey de la mano y la alejo del radar de cierto psicópata pirado, con la mirada que me lanza me demuestra lo poco que le agrado, y me da igual porque es totalmente recíproco.

***

—La casa es preciosa —le digo a Declan por lo bajo y coloco la barbilla sobre su hombro mientras los demás toman asiento en la mesa.

—Es acogedora —coincide.

—Cuando te referías a que debo dormir entre tus brazos, ¿hablabas de hacerlo en la cama que tienes en la cuarta planta, en mi piso, o el piso que tienes en la ciudad? —Arquea una ceja de forma pícara y sonrío—. No es que no puedan ser los tres, pero…

—Pero viviremos en el piso de la cuidad, si es lo que te apetece saber, *ma petite curieuse*.

—Agradezco la información —me río mientras asiento.

—¿No tienes objeciones?

—Ninguna.

—¿Por?

Lo miro a los ojos y decido ser sincera.

—No creo que este lugar sea del todo bueno para ninguno de vosotros.

—Y no lo es, pero esa es la idea, no estar lo suficientemente cómodos como para permitirnos olvidar.

—Declan.

—Cenemos, caramelito. A menos que quieras volver a subir a mi planta y convertirte en mi cena.

—Suena tentador —farfullo—, pero no dejaré tiradas a mis amigas en Nochebuena. Los tuyos me dan un poco más igual.

El comedor es increíble y me deleita ver el poderío que te otorga ser un Bloodhawks, tanto como para encontrar un catering de última hora en plena Nochebuena.

—Al fin vienen los tortolitos —bromea Sterling, es tan mono—. Entre nosotros dos, Martina, ¿cómo folla el capitán? ¿Es bueno o solo dura unos segunditos?

—Sterling —lo reprime Declan.

—Tengo curiosidad, no lo he visto follar con nadie desde el instituto.

—Eso es porque mi polla no es propiedad pública, como la tuya.

—Nada de propiedad pública, solo es sociable, como yo. Sea como sea, si necesitas que te hagan apoyo, me presento voluntario.

—¿Para morir? Claro, hombre, enseguida.

—No, joder, no puedes matar a la estrella del equipo.

—¿Puedes dejar de hablar de ti, para variar? —escupe Lucien con letanía.

—¿Cómo si no voy a impresionar a esta señorita?

—Ya me tienes muy impresionada —bromea Zoey, pero el golpe seco de Lucien sobre la mesa nos borra a todos la sonrisa.

—¿Esto es una cena o un puto circo?

—Cállate, payaso.

—Ese es Sterling.

—Que os follen —responde el aludido y sujeta con fuerza la figurita de payaso que siempre le cuelga del cuello.

—¿Querrás hablar algún día de eso conmigo? —señalo el colgante con una mirada acusatoria y él se encoge sobre sí mismo. Se decae

y, por unos segundos, parece triste, perdido, melancólico, pero entonces pasa algo que no espero, y asiente.

—Ayudaste al capitán —murmura y sus palabras me reconfortan —. Ahora eres de la familia, caramelito, quizá también puedas ayudarme a mí.

—Puedo intentarlo —le aseguro.

—Si vuelves a llamar caramelito a mi caramelito, seré yo el que necesitaré ayuda, pero para enterrarte.

—Pero ¿qué coño os pasa? ¿Es que todos estáis celosos de mí y por eso amenazáis con matarme? No contestéis, lo tengo bastante claro.

—Estás increíble con ese traje, Sterling —lo anima Taylor y Gideon hace una mueca.

—Y también sin él, cariño.

Un canapé vuela desde algún punto de la mesa y aterriza sobre el cabello rizado de Sterling.

—¡Maldita sea! —grita—. Intento de asesinato a mi precioso pelo.

Todo es un espectáculo, y hay algunas asperezas, pero se siente bien tenerlos cerca y sé que podemos limarlas.



CAPÍTULO 41

O dominas tus demonios o ellos te dominaran.

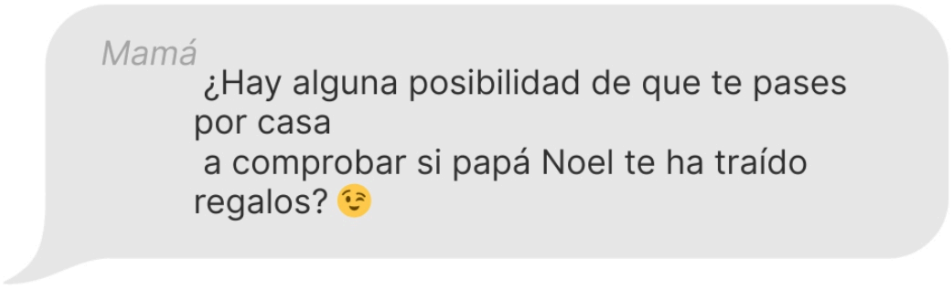
25 de diciembre, Navidad.

Taylor entona *All I Want for Christmas is you,* de Mariah Carey, de forma muy desafinada, pero Sterling la sigue mientras se ríe a carcajadas. Ambos están pedo y ambos hacen tonterías. Zoey mueve la cabeza animada, al ritmo de la música, sin ser del todo consciente de las dos personas que son incapaces de quitarle ojo de encima, una de ellas, no me preocupa. Gideon se ha retirado a su habitación dos veces, pero termina volviendo porque Kirian se encarga de levantar lo suficiente la voz como para que este lo escuche invitar a bailar a Taylor.

Menudos niñatos están hechos.

Martina permanece en mi regazo, pero también desentona las notas agudas de la infernal canción.

Noto una vibración intensa y miro el móvil, Martina hace lo mismo. Me doy cuenta de que ya pasan de las doce y recibimos felicitaciones por Navidad.



Creo que ninguna.

Elevo la mirada y veo cómo tiembla la pantalla del móvil de Martina. En ella hay abierta una conversación con su madre, una foto, en la que aparecen cenando junto a la familia de su ex, con él y sus muñecas vendados en la mesa mientras le explican que ha sido víctima de un vil asalto.

A la mierda.

Le quito el móvil de las manos y me levanto de un salto, camino hasta la puerta, salgo de la casa y respiro algo de aire puro. Martina no tarda en salir detrás de mí, pero ignoro su presencia y camino con rapidez bosque adentro, a grandes zancadas.

—¡Declan! ¿Qué haces? —me grita, pero soy presa de la euforia, incapaz de detenerme.

Localizo el botón de videollamada en el lateral de la pantalla, me detengo en seco y pulso llamar, solo suena un par de veces antes de que una mujer de cabello oscuro me conteste con la voz rota por el llanto. Martina se posa a mi lado, la atraigo hacia mí con posesividad y la beso delante de la pantalla ante el jadeo de sorpresa de su madre.

—Santo Dios —murmura esta.

—¿Es Martina? —Esa es la voz del gilipollas, la reconozco por la forma en la que suplicaba piedad en el vídeo que recibí, también puede que lo haya *stalkeado* durante un tiempo con el fin de planear su funeral, pero estoy seguro de que estas vistas, para él, serán peor que lo de las manos, mucho peor que la propia muerte—. Joder, ¿quién cojones es ese hijo de puta?

Martina aparta sus labios de los míos y se lo permito. Mira a la pantalla con ojos brillantes, donde tres personas a las que desea olvidar le devuelven una mirada cargada de consternación.

—Es mi novio, Preston —contesta antes de que pueda hacerlo yo—. El de verdad, no como tú, que solo fuiste uno de mentira al que solo le interesaba mantener contento a papá.

—Martina Thompson —interviene su padre en tono severo y ella aparta la mirada y vuelve a buscar mis labios.

—Feliz Navidad, familia. ¿No queráis que os diera una prueba de vida? Pues lo he hecho.

Me quita el móvil de las manos y cuelga la llamada mientras ambos nos reímos en medio de los besos.

—Eso ha sido jodidamente erótico, señorita Thompson.

—¿Ah, sí? —bisbisea y su mirada lujuriosa me pone casi al límite. Intento atraparla, pero da un paso atrás—. ¿Crees que podrías atraparme como lo hiciste en el aparcamiento?

—¿Es que quieres que lo haga?

—Creo que puedo ganar.

—¿O solo crees que podría follarme tu coño con fuerza esta vez en lugar de tu garganta?

—Bla, bla, mucha palabrería.

Me río sin poder evitarlo, pero con malicia.

—Solo te daré diez segundos de ventaja y acaban de pasar cinco.

Se da la vuelta y corre bosque adentro sin siquiera pensarlo dos veces.

No puedo respirar mientras veo su cabello ondular en el viento, no puedo ver con claridad y no puedo pensar en nada que no sea lo húmedo que estará su coño cuando me acoja dentro y la haga chillar.

Diez.

—¡Ahora voy a devorarte, caramelito!



CAPÍTULO 42

El silencio también enseña cuando aprendes a escucharlo.

Toronto, 25 de diciembre.

Me arden los pulmones.

Las ramas crujen a cada paso que doy y lo odio, pero no tengo tiempo para reprimirme por ser tan ruidosa, tengo muy poca ventaja y debo aprovecharla para alejarme.

—¡Me voy a dar un festín contigo, caramelito!

¡Joder! Eso ha sonado muy cerca. Acelero el paso, presa del frenesí, la adrenalina me corroe las venas, me dilata las pupilas, me tensa la piel. Noto que se me aguzan los sentidos, que veo mejor en la oscuridad del bosque a medida que avanzo, que intuyo donde debo dar mi próximo paso y que siento mucho menos el aire frío.

—¿Ya estás chorreando elixir para mí, *ma petite*?

—¡No podrás atraparme!

Giro a la izquierda a toda velocidad y mis gemelos se quejan por el esfuerzo, pero no les hago caso y continúo corriendo como puedo subida a mis tacones. Joder, sabía que era una experta sobre ellos, pero esto es otro nivel. Podría quitármelos y dejarlos en el camino, pero estoy segura de que los echaría de menos y acabaría con unos cortes bastante feos que luego no sabría como explicar.

Siento que Declan me pisa los talones, así que levanto el brazo, recojo una rama suelta que cuelga de un árbol del camino y lo lanzo en su dirección.

—Eso es jugar sucio, caramelito —gruñe—. Eres una chica mala y mereces una penalización.

¿Por qué demonios eso me excita en lugar de asustarme?

Declan me derriba con un golpe seco muy parecido al que otorga a su rivales en el hockey, y me arrastro varios metros por la tierra después de caer. No tengo tiempo para reaccionar, intento arrastrarme, pero enseguida lo tengo de rodillas a mi lado y, un par de segundos después, noto como me manipula con desde el pelo hasta introducirme del todo su polla enorme en el interior de la boca.

Me atraganta con su envergadura, me da palmadas en el coño y me retiene cuando intento moverme mientras me impide gritar.

—Lanzar cosas al chico que solo quiere hacer que te corras como nunca está muy feo, caramelito.

Me saca la polla de la boca, se mueve con rapidez y se coloca en medio de mis piernas antes de darme la vuelta y ponerme a cuatro patas.

—Es hora de pagar.

—¡Declan!

Emito un grito gutural cuando lo recibo dentro.

Es una sensación totalmente nueva. Placentera, cegadora, pero acompañada de dolor. Es inevitable sentir algo de dolor cuando se trata de manejar a Declan, su ímpetu y su tamaño no dejan lugar a dudas, pero me hace sentir poderosa saber que soy la única capaz de hacerlo.

—Joder —gruñe y me da una palmada muy fuerte en el culo. Luego se retira y lame el punto en el que acaba de golpearme antes de hacer lo mismo con mi ano—. Eres perfecta para mí, caramelito.

—Declan, por favor.

—¿Por favor qué, Martina?

—Fóllame… por favor, Declan. Húndete dentro de mí y fóllame sin piedad.

El silencio es abismal en el bosque después de que recito esas palabras, incluso para mí misma, es una locura.

—¿Quieres que te destroce el coño a embestidas mientras te tengo a cuatro patas, cariño? —pregunta mientras restriega la punta de su polla por mis dos agujeros y ejerce presión en ambos, como si no supiera por cual decidirse—. ¿O prefieres que lo haga con tu culo virgen?

Me estremezco sin siquiera pretenderlo, pero es una reacción natural. Sé que Declan nunca me haría daño, pero es grande y ancho, nunca me he metido nada por ahí y sé que el dolor será inevitable si decide hacerlo ahora.

—Aún no estás lista para mí ahí, cariño, lo sé, pero lo estarás.

Noto como me introduce un dedo y lo retuerce en el interior de mi ano. La sensación es tan nueva que me hace convulsionar.

—Imagina eso multiplicado por cinco cuando lo que tengas dentro sea mi polla —murmura antes de hundir la polla dentro de mi vagina, con el dedo aún en el ano y follarme duro y con prisa, empellón tras empellón.

Jadeo tan fuerte y siento tan intenso que temo perder el sentido.

—Mía —musita Declan y me siento orgullosa.

Me saliva la boca, se me ponen los ojos en blanco y se me abren los labios, jadeantes cuando se hunde en mi tope y se mantiene ahí un rato.

—Declan, no puedo, vas a romperme —gimoteo.

—No más de lo que tú me has roto ya, caramelito.

—¡Declan!

Me corro a gritos y él retrocede. Menos mal, porque, con lo fuerte que se contraen los músculos internos, apenas podía acogerlo y no morir de dolor.

No paso mucho tiempo vacía, me rodea la cintura con las manos, tira de mí hacia atrás y me carga mientras se mantiene en pie. Sus brazos descienden a mis rodillas y me abre casi del todo para volverme a penetrar.

—Joder —bisbiseo porque es una posición intensa.

Declan busca mis labios y nos besamos. Jugamos con nuestras lenguas, con nuestra humedad, mientras él me enloquece con el mando que mantiene en el movimiento desenfrenado de sus caderas.

—Fóllame así para siempre, Declan —le suplico—. Fóllame de esta manera y nunca dejes que me pierda.

—Te encontraría y te traería de vuelta de a donde quiera que vayas, caramelito. Eres mucho más mía que de tu propia cabeza.

Y aunque eso parece una locura, y la Martina feminista que vive dentro de mí tiene mucho que rebatir, no puedo negar que me encanta como suena. Suena tan bien que me lleva al orgasmo y me hace sentir plena.



CAPÍTULO 43

Me enamoré de un amor que era mío.

Toronto, 25 de diciembre.

—Te quiero —murmura entre mi cuello mientras la cargo a horcajadas de regreso a la mansión.

Me paralizo.

Una lluvia de emociones y sentimientos que no recuerdo haber experimentado antes me abruma, me envuelve y me golpea sin piedad, todo de golpe, todo a la vez.

Me quiere.

Claro que me quiere, joder, no le he dado otra opción, lo único que puede hacer es quererme como yo la quiero a ella.

La quiero.

Quiero a Martina Thompson.

Me he enamorado de la curiosa psicóloga a la que me propuse alejar, le tendí una trampa y fui yo quien cayó en ella.

—Vuelve a decir eso —le suplico y ella levanta la cabeza y me mira a los ojos.

—Te quiero, Declan Devereaux. No sé lo que hicisteis, pero me da igual. Te quería ayer, te quiero hoy y te querré mañana. Y no hay en el mundo que pueda cambiar eso.

—No tienes idea de lo que dices.

Y no la tiene. Nadie en su sano juicio diría eso después de saber que somos unos asesinos, ni siquiera nuestros padres, y por eso los mantenernos lejos.

—Sí que la tengo y me reitero.

—¿Me quieres a pesar de todo?

—Te quiero.

—¿A pesar de saber que estoy obsesionado contigo?

—Te quiero.

—¿Qué te follé en ese club sabiendo quién eras para después chantajearte?

—Te quiero —murmura, pero esta vez le falla la voz. No sé qué coño hago, ¿intento que se retracte? ¿O solo quiero que sea del todo consciente para que se dé cuenta que no puede quererme?

—¿A pesar de que tengo cámaras en tu piso y me pajeo con tu imagen cada noche?

—¿Tienes cámaras en mi piso?

Se desenreda de mí y la dejo en el suelo.

—Sí, joder, esto no es ninguna broma. —Le sujeto la barbilla y ella jadea por la sorpresa—. No tengo control cuando se trata de ti, Martina, incluso a mí me sorprende el alcance de mis actos.

—Tienes que quitarlas, las chicas están conmigo…

—Solo están en las zonas comunes y tu habitación.

—Eso no me consuela.

—No intento consolarte, intento que veas el monstruo que soy.

—i¿Y de qué me serviría?! ¿De verdad crees que soy capaz de retirarme ahora? ¿De verdad no ves que estoy tan obsesionada contigo como tú lo estás de mí?

—¿Tú?

—Corrí para que me atraparas, Declan, siempre he querido que me atrapes.

Nos miramos a los ojos el uno al otro durante demasiado segundos, con desafío, con intensidad, pero ninguno de los dos se echa atrás, ninguno de los dos aparta la mirada.

—Seguí esos mensajes a pesar de saber que me ponía en peligro solo porque quería llegar a ti. Yo también siento una curiosa obsesión por ti, Declan, y es inevitable.

—Somos inevitables, porque yo también te quiero, Martina.

La beso y ella jadea mientras se adapta a mi ataque.

—Nunca podrás escapar.

—No quiero que dejes que escape.

—Mi pequeña curiosa, mi caramelito, mi mujer. Mía.

—Tuya. Tan tuya como tú eres mío.

Algo estalla en mi interior y entonces lo siento, es como fuegos artificiales, pirotecnia descontrolada que me implosiona desde dentro. Es maravilloso y me siento curado. No importa lo ocurrido en el pasado, porque el amor que siento por Martina es lo único que ocupará toda mi jodida cabeza a partir de ahora.

—Vas a ser la señora Devereaux y no te lo estoy preguntando.

—No esperaba una propuesta menos romántica de ti.

Ella se ríe y me contagia. Me sale natural, automática, y acompaña a la suya. Me gusta la Martina que se ríe, y me gusta la persona que soy cuando estoy con ella.

No pienso dejarla escapar.

Martina Thompson es mía para el resto de la eternidad.

Fin.





EPÍLOGO 1

Hay que ser intensos, porque el desinterés, da asco.

Febrero.

—Entonces, la perdí.

Creo que esta es una de las cosas más fascinantes de ser un psicóloga, ver la transformación y la verdadera cara de las personas. Sterling McAllister es un *play boy*, un chico mimado, una estrella egocéntrica y a la que le encanta sentirse alabado, verse reflejado en los lentes de la cámara y mirarse en un espejo; pero también es un chico roto y muy perdido que esconde un secreto, incluso de sus mejores amigos de años.

Ella, la chica a la que perdió y cuyo fantasma no lo deja vivir tranquilo.

—Ahora no paro de encontrar esas figuritas de payaso, que era nuestro símbolo, y estoy desesperado. Sé que no lo parece, Martina, pero me desmorono en pedazos desde que encontré la primera y no parece que vaya a parar.

—Pero ella está muerta —le recuerdo.

—Y con ella cualquiera que sepa nuestro secreto. Bueno, menos tú ahora, pero tranquila, no pienso matarte.

—Gracias, Sterling, eso es muy considerado.

—Ya sabes, lo que sea por mi capitán y mi psicóloga favorita.

—No te desvíes del tema —le advierto y miro en dirección al espejo para confirmar que sigue tapado con la manta.

Odio cuando empieza a hacerse *selfies* en mitad de la conversación, y odio mucho más cuando quiere agregarme y me etiqueta en sus *stories.*

—La cosa es que empiezo a estar desquiciado. Si Maddox está muerta y no es ninguno de los chicos, entonces, ¿hay alguien más que conoce mi secreto?

—¿Por qué es tan difícil para ti confesar esa parte de la verdad a los chicos?

Sterling permanece en silencio durante demasiado tiempo, pero puedo notar como lo abandona cualquier atisbo de energía, de dudas, y su semblante se relaja al punto de llegar a decaer.

—Porque ella es lo único solo mío que he tenido jamás, ¿eso tiene sentido? Ni siquiera tengo tanto miedo de lo que piensen los chicos o sus posibles represalias, solo temo que, al hablar de ella, al dejar de ser un secreto, deje de ser mía y perdamos ese toque especial.

—Sterling…

—Sé que no tiene sentido.

—Lo tiene —reconozco—, pero Maddox está muerta, y la única forma que tienes de honrar su memoria y hacer que la persona que te acosa pierda poder sobre ti, es contárselo a tus amigos y honrar su memoria tal y como te lo dicta tu corazón.

—Ya honro su memoria…

—Pasar horas muertas al borde de ese acantilado no te hace ningún bien, Sterling. —Me mira con ojos brillantes, cansados—.

No la conocí, aunque por como la describes sé que me hubiera encantado. Ella también sufrió mucho, pero tomó su decisión, Sterling, y es momento de que la dejes ir.

—Tomó esa decisión porque fui un cobarde, porque la dejé sola.

—Tampoco hubieras podido estar con ella veinticuatro horas al día.

—O sí, si le hubiera contado lo que pasaba a los chicos, si no la hubiera mantenido en secreto, podría haberla llevado conmigo, sacarla de allí, de donde yacía el cadáver muerto de la mujer que la torturaba.

—Sterling, a veces es imposible detectar si una persona es suicida o no…

—Pero tendría que haberlo hecho porque ella era mía. Es mía, aunque no esté, sigue siendo todo lo que tengo.

Se pone de pie dispuesto a marcharse y me preocupo por su estado. Lo intercepto en la puerta para impedirle el paso.

—Tienes que decírselo a los chicos —le suplico, pero antes de que pueda contestar, escuchamos un grito entrecortado que nos deja estoicos a ambos.

Un golpe lo acompaña y me sobresalto. Sterling adopta una posición defensiva y ambos miramos en dirección al otro lado de la pared que es de donde vienen los ruidos.

—Por favor —suplica Taylor, su voz se oye baja por la amortiguación de las paredes.

—Llámalo —le ordena una voz masculina colosal que identifico como la de Kirian.

—No pienso hacerlo —lloriquea mi amiga y soy un paso adelante para correr en su ayuda, pero Sterling me intercepta—. Sea lo que sea esto que te traes entre manos con él, mantenme fuera, no quiero estar en su radar.

—El problema es que siempre lo has estado, pero no es su radar el que debe preocuparte, conejita, es el mío.

¿Conejita?

—Dijiste que me protegerías —gimotea TayTay.

—Y lo hago.

—¡¿Qué cojones pasa aquí?!

Esa es la voz de Gideon, acompañada del golpe de una puerta.

—No deberíamos escuchar esto —murmura Sterling en modo broma, porque pega la oreja contra la pared que da al despacho de al lado—. Menos mal que me tocó la psicóloga más curiosa.

—Que te jodan.

—Más tarde —dice mirando el reloj—. Sobre las cuatro.

Pongo los ojos en blanco, me hago con el mando del aparato reproductor y pongo música ligera.

—¿Qué coño haces? —chilla Sterling y me fulmina con la mirada—. Creo que esos tres van a follar a saco.

—¿Es que quieres oír eso?

—¿Por qué cojones no? —Se encoge de hombros—. Los he visto follar varias veces…

—¿A solas conmigo en una habitación?

Se le agranda la mirada y sé que lo comprende.

—Me largo de aquí antes de que ese hijo de puta aparezca y corte mis preciosas bolas. Ahora entiendo por qué lo volviste loco, igualas su energía sádica.

—Próxima sesión el miércoles que viene.

—Solo si controlas a tus vecinos. —Sonríe y me contagio.

—Llámame si me necesitas, ¿vale?

—Lo haré, y lo intentaré, Martina, al menos a Declan. Intentaré contárselo a él primero.

—Es un gran inicio.

—Y una mierda, solo lo haré porque has prometido rebotar sobre su polla hasta calmarlo y que lo olvide.

—Eso puedo prometerlo.

—Joder, no, ahora lo estoy imaginando…

—Fuera de aquí, Sterling.

Lo echo de una patada. Me siento en el escritorio y subo un poco más la música cuando suena el primer gemido, un par de segundos después cojo el portátil y mis cascos para trabajar desde el despacho de Briella, porque las paredes se tambalean.

Menudo aguante el de Tay, le encargaré un cojín mullido para la silla ahora mismo en Amazon.



EPÍLOGO 2

Preferiré siempre las consecuencias en lugar de las dudas.

Febrero.

—No me gusta esto.

—Declan —se queja—. Lo prometiste.

Lo hice, pero tener a mis padres animando en mis partidos e ir a comer con ellos una vez a la semana me parece raro. Aunque, en el fondo, lo agradezco.

Mi relación con ellos se averió por algo que no funcionaba en mí, no en ellos. Fueron unos padres increíbles, trabajaron duro, se partieron el lomo y, si me pasó lo que me pasó en ese campamento, es porque ni siquiera yo, el gran observador, pudo verlo venir.

—Señor y señora Devereaux.

—¡Martina, querida!

Mi madre es la primera en abrazarla y luego lo hace mi padre, tiene una sonrisa enorme reprimida en los labios y le da

golpecitos en el hombro como si ella fuera uno de sus colegas del club de cartas.

—Oh, mírate. —Mamá me oprime la mejilla, como siempre que me ve—. Listo para salir a marcar goles.

Asiento y le devuelvo la sonrisa antes de que ella me rodee en un abrazo.

La verdad es que no se siente tan mal después de todo. Ver a mi grupo de apoyo, las personas más importantes de mi vida, junto a mis amigos, vistiendo los colores de mi equipo y llevando mi apellido y número en la espalda.

Me hace sentir que gané. No importa el pasado, ni como The Hallaway Program lo perturbó, ni lo que hicieron Marcus, Helena y ese chico al que no logro identificar. Yo gané. Cumplí mi sueño. Salvé a mis amigos. Lo conseguí.

—¿Vas a regalarme el disco si te lo dan esta noche? —pregunta Martina con inocencia y la elevo entre mis brazos.

—Te regalé mi puta vida en una bandeja, caramelito. Tendrás todos mis jodidos discos a lo largo de mi vida.

—Suena a utopía cuando dices esas cosas, D.

—Tu coño húmedo mientras mi polla lo destroza, eso si que suena a utopía.

Se sonroja y se encoge sobre sí misma cuando le susurro esas palabras. Me fulmina con una mirada demoledora, pero que deja entrever su lujuria y, un segundo después, cuando mis padres nos miran, sonríe como si no hubiera pasado nada.

Esta mujer será mi perdición.



Ganamos seis sobre cuatro contra los Bulls de Boston. Recibo el disco del partido, tal y como esperaba, y todos los ojos se posan sobre mí. La gente contiene la respiración y los *flashes* de las cámaras aguardan para ser disparados.

Me acerco al plexiglás y la señalo. Le pido que baje a la pista y sus amigas la animan. Cuando pone un pie sobre el hielo, se hace el silencio y la oscuridad.

—Declan —la escucho musitar después de varios segundos y patino a su encuentro. Me quito el casco y lo lanzo contra el hielo, luego los guantes y la beso con voracidad mientras le elevo entre mis brazos—. Declan —jadea y le chisto.

—Guarda eso para un lugar más privado, caramelito, ¿o es que sientes curiosidad de saber cómo será que te folle delante de miles de personas?

—Ni de coña —bufa.

—Bien, entonces me conformaré con pedirte matrimonio.

—¿Qué?

Las luces se encienden y su mirada se transforma mientras mira a su alrededor y lo entiende. El hielo está lleno de los jugadores, también están sus amigas y su hermana con sus hijas y su esposo. Su hermano mayor junto a su novio, y algunas personas más que no recuerdo, pero que sé que son familia. Los chicos sostienen ramos de lirios celestes en las manos y una pancarta enorme que dice: «¿Cuándo te casas conmigo?». Es una pregunta importante, solo me interesa

confirmar el cuándo, porque el sí ya sé que lo dirá. El público enloquece en vítores, Martina se lleva las manos a los labios sonrientes, sus amigas saltan y chillan de felicidad. Entonces hinco una rodilla, le entrego el disco y abro la caja.

—Te dije que tendrías todos mis discos por el resto de nuestras vidas, señora Devereaux.

—Aún no he dicho que sí —bromea, me levanto, le pongo el anillo y le devoro los labios dominando su cuerpo para no darle lugar a dudas.

—Ambos sabemos que no hace falta.

—Pero es un sí, Declan —musita sobre mi boca—. Y también un para siempre.

—No puedo esperar a casarme contigo. Deberíamos hacerlo mañana, en Las Vegas, podemos hacer un viaje rápido…

—Para. —Se ruboriza y, de repente, es como si estuviéramos solos en el lugar—. Lo haremos bien, me casaré contigo, porque es lo que quiero.

—¿Ah, sí?

—Sí.

—¡Ha dicho sí! —chillo y, tanto el público como mis amigos enloquecen—. ¿Puedes repetirlo esta noche en la cama mientras te pregunto si puedo entrar por detrás?

—Puede. —Me besa despacio y siento que me pongo duro—-. Creo que ya ha sido suficiente preparación.

—Joder, caramelito, no me digas eso ahora.

—¿Por qué no? ¿Es que no tienes curiosidad de saber cómo se siente sonrojarse y tener una erección delante de miles de personas?

—Serás…

—Tu esposa, porque tu mujer ya soy.

—Joder, sí, sí que lo eres. Eres mía para siempre, caramelito, para toda la eternidad.

—Estoy de acuerdo con eso.

Su respuesta viene acompañada de besos, besos que nuestros amigos, al rodearnos para felicitarnos, interrumpen y nos recuerdan que no estamos solos, pero lo estaremos, en

cuanto salgamos de aquí la tendré solo para mí, como cada noche en nuestro piso del centro de la ciudad.

Siento una curiosa obsesión por esta chica, y he decidido hacer algo al respecto.

Llamarla mía para el resto de la eternidad me parece el mejor de los comienzos.

CARTA DE LA AUTORA.

Hola, amores.

Gracias por llegar hasta aquí.

Curiosa Obsesión es el inicio de una serie que, estoy segura, no os dejará indiferentes.

Hay muchas que aún no han sido contadas aquí, muchos secretos por descubrir. Si después de leer esta novela tienes algunas teorías sobre cuales pueden ser alguno de esos secretos ocultos, no dudes en dejarme un mensaje en cualquiera de mis redes sociales y lo comentamos juntas.

En fin.

Espero que os guste este nuevo inicio, y que os anime a querer saber más.

AGRADECIMIENTOS .

● A todos mis lectores.

● A Lydia. Que es la mejor mentora y correctora que podría haber encontrado jamás.

● A Rebeca, Luzmery y Andrea por hacer de lectoras betas de esta novela.

● A todas las que dedican un poquito de su tiempo para disfrutar de mis historias y mostrarme su apoyo en redes.

Estoy eternamente agradecida ??

Redes de mis colaboradoras de confianza.

Lydia: @soylydiachas Raquel: @lanenadelega_books Esther: @estela_reading

Rebe: @bookish.sora Palmira: @Palmi.books Andrea: @booksby.andrea8

Vanessa: @vanessahale Brenlys: @_corazon.literario

OTRAS OBRAS DE LA AUTORA.

★ Serie: *Hasta que la Bratva nos separe* vol.1, *Turista*: Vive de lleno la historia de Briana, Stepan y la estrella que los unió.

★ Serie: *Hasta que la Bratva nos separe* vol. 2, Novicia: Rompe las creencias impuestas junto a Ilya y Natalia y déjate atrapar por un tabú religioso.

★ Serie: *Hasta que la Bratva nos separe vol. 3*, Sed de Venganza: Disfruta de la persecución de un fantasma y de la mano dura de una verdadera princesa de la Bratva.

★ Trilogía *Hasta que la mafia nos separe*: Descubre la historia de Rodrigo y Amaya.

★ Serie: *Hasta que la mafia nos separe* vol. 4 y 5, Bilogía Dejavu: Descubre junto a Vandor y Leire, una historia que te romperá el corazón, pero que amarás con cada trozo.

★ Bilogía *El lado oculto de la luna* y *El faro de la leyenda*: Hombres lobo, fantasía y *spicy*.

Relatos eróticos:

-Gardener: un robo en casa nunca había salido tan bien.

-*SWAT y SWAT Christma's edition*: Una chica encerrada en un sótano durante toda su vida y un Swat que recita las palabras indicadas para crear una obsesión. (Pronto novela extensa)

-*Purge Dirty Night*: Purga tus fantasías o muere en el intento.

Sígueme en redes @lgescritora para estar siempre al tanto de todos los detalles o publicaciones.

[1] Traducción literal del francés: dulce caramelo.